Obras

DE

José M.ª Izquierdo

TOMO I

Edición costeada
por subvención del Excmo. Ayuntamiento, del Ateneo
y por suscripción pública.

DIVAGANDO POR LA CIUDAD DE LA GRACIA

VOLUMEN I

SEVILLA
Tip. Zarzuela, Alvarez Quintero 72
1923

DIVAGANDO POR LA CIUDAD DE LA GRACIA

ESCRIBIÓ ESTE LIBRO JOSÉ M.ª IZQUIERDO

SEVILLA

EL ATENEO DE SEVILLA
AL LECTOR

«Un alma buena, que pasó por la vida sin rozar con nadie, no podía peregrinar mucho. Era su deslizar tan suave, tan callando, que ahora le habrá costado muy poco remontar su vuelo». Estas palabras escribía José María Izquierdo, en 1909, con ocasión de la muerte de un su amigo y compañero, y hoy nos parece que al trazarlas hizo una profecía, que había de cumplirse en él trece años después de escrita. Porque José María fué otra alma buena, que con nadie se rozó, que vivió ocultándose, como hace la violeta; que, por no atraer sobre sí las miradas de las gentes, hablaba tan bajo, que, como ha dicho de él un genial escritor, más que hablar susurraba; y porque su muerte fué como su vida «calladamente, de improviso», como escribió uno de sus mejores amigos.

En una vida corta—falleció a los treinta y cinco años de edad—y tan callada, realizó una labor titá-

nica en pro de la cultura de Sevila, su patria, y si la ciudad le debe por ello eterna gratitud, así como por haber sido su gran enamorado, elegante cantor de su peculiar gracia, y maestro que enseñó a muchos a conocerla, respetarla y amarla, débesela el Ateneo de manera singular, no sólo por haber sido durante muchos años, alma, guía y espíritu director de esta Sociedad, sino porque acaso ningún otro socio haya trabajado por esclarecer su historia, afianzar su prestigio y divulgar sus glorias, como él lo hizo.

Para honrar su grata memoria ha creído el Ateneo de Sevilla, que uno de los medios más eficaces era la publicación de sus obras, impresas antes unas en ediciones cortísimas, diseminadas otras en artículos de periódicos y revistas, inéditas algunas, y en general poco conocidas. Así aquel hondo pensar podrá iluminar muchos espíritus; así aquella voz apagada podrá ser oída en muy distintos lugares. Sin la generosa cooperación del Excmo. Ayuntamiento de esta ciudad, no hubiera podido esta Sociedad acometer tal empresa, y al iniciarla, se complace en rendir al Municipio sevillano el testimonio de su gratitud, extensivo a cuantos de cualquier manera que sea, con donativos o con su trabajo personal, cooperan a ella, así como al señor D. Pascual Izquierdo, por la generosidad con que ha autorizado la publicación de las obras de su hijo, nuestro inolvidable José María Izquierdo.

DEDICATORIA

Por los claros espacios de este libro—que antes fueron tembladores puntos suspensivos—el alma de Jacinto Ilusión divaga y vuela hacia el alma de

Alejandrina Guichot...

...Por la Ciudad de la Gracia

(Perífrasis y paráfrasis del título)

LOS EPÍGRAFES DEL LIBRO

Capítulo de citas

La Ciudad

Ahora que la ciudad nuestra quiere gobernarse por sí misma, será bueno detenerse a contemplarla. La ciudad es la síntesis de la patria. Es la *casa payral* a donde acuden las más lejanas comarcas que sienten que su alma está en ella... La ciudad es un mundo, el compendio de un mundo, una síntesis viviente. No es una cosa distinta de la montaña solitaria, ni del llano risueño y cultivado, ni de la pequeña población activa, ni del yermo miserable; sino que recibe la vida de todo ello y le da alma y sentido. Todos los que de cerca o de lejos la amen, son sus ciudadanos, porque le dan su espíritu.—*Juan Maragall.*

La Gracia

Muchísimos autores han combatido ese nombre de *Estética,* rechazando fundadamente su significación sensualista... Háblese, por tanto, de *Extética,* de la ciencia (de la emoción) de la moción hacia el éxtasis, de la ciencia de las cosas que sugestionan, que encantan, que atraen o transportan al espíritu... Estas cosas, estas categorías *extéticas,* ¿cuáles son? .. Son la *belleza* y la *gracia.* Pero aquélla, la belleza, amortiguada o desterrada, no es lo que transporta, lo que encanta, lo que sugestiona, lo que extasía; lo que produce todo esto es la *gracia,* gráficamente manifestada en el arte. La *Extética,* ciencia del éxtasis, es la ciencia de las *gracias:* y en la idea de gracia está ya indicado el éxtasis, pues siendo la gracia un bien no propio de una naturaleza, la naturaleza agraciada queda *ipso facto* como fuera de sí.—*Manuel Sánchez de Castro.*

La Gracia de la Ciudad

Toda la gracia está en un cierto olvido de sí mismo. Para ser gracioso es menester saberse y olvidarse, porque no es la gracia una absoluta inconsciencia; es un saberse y no saberse que no sé cómo decirlo... ¿Qué importa la ciudad ni la civilización,... al lado de la gracia de Dios, que movió mi corazón?... ¿Son las ciudades las que han de regir la gracia de Dios, o es la gracia de Dios la que hace y deshace las ciudades?—*Juan Maragall.*

La Ciudad de la Gracia

Del interesante viaje por España de Egren Lundgren se destacan con gran relieve sobre las demás las dos ciudades andaluzas, Granada y Sevilla, cada una con su carácter propio: Granada es la ciudad que encanta por el color, y Sevilla la que seduce por la gracia.—*Angel Ganivet.*

Por todos y cada uno de estos títulos merece nuestra patria llamarse el *país de la gracia* por excelencia, y con el mismo título bautizamos nuestro libro.—*P. J. M. Castillo.* (*)

El libro de la Ciudad de la Gracia

Voy a escribir... unos cuantos artículos para exponer ideas viejas con espíritu nuevo, y acaso ideas nuevas con viejo espíritu; pero desde el comienzo dése por sentado que mi intención no es cantar bellezas reales, sino bellezas ideales, imaginarias... Para entendernos diré sólo que este arte nonnato puede ser definido provisionalmente como un arte que se propone el embellecimiento de las ciudades por medio de la vida bella, culta y noble de los seres que las habitan.—*Angel Ganivet.*

(*) Esta cita no tiene otra razón que esta nota—la única del libro—. Hasta el 24 de mayo de 1914, es decir, cuando ya este libro estaba en la imprenta, no tuvo el autor noticia de la colección de cuentos del P. Castillo, titulada «El País de la Gracia».

Divagando...

(Prólogo que parece epílogo)

...Tiene a la emoción por rosa
y a la divagación por estrella.

Juan Ramón Jiménez.

...La divagación nos la representamos y titulamos como si fuera un nomadismo psíquico.—*Rafael Salillas.*

Me preguntaron en cierta ocasión:—¿Por qué no inicias el saludo: por qué no saludas hasta que no te saludan? ¿No ves que así te expones a pasar por descortés?... Y no supe qué contestar. Y una mujer—a quien estoy obligadísimo—respondió por mí:—Porque éste no ve a las personas hasta que pasan. Y decía verdad.

No veo a los seres, ni las cosas, hasta que pasan... como no los lleve dentro del alma. Hasta que no pasan por mí, y se convierten en recuerdos, y los tengo presentes, y los proyecto fuera de mí, no veo a los seres, ni las cosas. Voy por el mundo como un distraído... Mirando sin ver, escuchando sin oir... Sólo cuando el corazón me advierte, «por ahí pasa un alma amiga de la tuya», levanto la cabeza, como en atención, y la vuelvo a inclinar, como en saludo. En este espejo móvil de la inmóvil eternidad, no he acertado nunca a fijar el punto de partida ni el punto de llegada. Por donde quiera que he ido no he visto más que el camino. Los hechos y los paisajes han pasado—ellos por mí o yo por ellos—y se han desvanecido, y se han esfumado, como no hayan hecho vibrar al corazón.

El pensamiento ha permanecido mudo, mientras el sentimiento no le ha dicho «piensa»; la voluntad ha permanecido quieta mientras no la haya movido la ilusión. Y así el pensar ha sido un fantasear, y el

querer una delectación, y el vivir un ensueño, y el hablar un divagar. Y así no me han entendido los doctos y los doctores, los políticos y los semi-cultos; y únicamente he comprendido, y me han comprendido, los niños muy niños, las niñas muy niñas, los viejos muy viejos, los tristes muy tristes...

Para considerarme ciudadano—visitante o habitante—de una ciudad, he necesitado percatarme del plano interior de su alma y de su historia, del plano exterior de su ambiente y de su arquitectura, y del plano superior de su destino y de su ideal. Y para poder gozar y gustar del campo he tenido que urbanizarle; esto es, mirar, remirar y admirar en la naturaleza el símbolo de una fe, de un deseo, de una idea; hallar en ella una promesa de salud o la realidad de un amor, dotarla del alma de las tradiciones, de las leyendas...

No he podido hablar—y decir *hablar* es decir lo supremo de la vida—, no he podido hablar con una mujer o con un amigo como no haya sentido o adivinado el drama o la novela de su existir. Y hasta que mi espíritu no ha penetrado en el espíritu de los seres o en el alma de las cosas, no he podido ver y recordar su fisonomía—esa fisonomía que es lo primero que se ve en este mundo de las apariencias...

He aquí por qué yo quiero dedicar un recuerdo a todas las personas que encontré en el vial de mi vida... y no las vi... y no las saludé... hasta que pasaron...

Toda ciudad—sobre todo la ciudad que aspira a ejercer su capitalidad y a ser corte de una realeza—debe tener una altura—una montaña, una torre...—para mirar al cielo, y a la tierra desde las cumbres, y verse en su unidad, y sentirse aérea, y rezar; un espejo—un lago, un río, un mar...—para mirarse a sí, fuera de sí, en una apariencia fugaz y profunda, y verse diversa, y sentirse flúida y reflexionar; y un *quid divinum,* un no sé qué, que sea como la flor de su vida, y le haga ser lo que es, y saberse cómo es...

Y Sevilla tiene la Giralda, el Guadalquivir y la Gracia...

Pero es destino de este divagador no dejar nada acabado. Divagando, divagando... en la mitad del camino de su vida... se halló perdido en el laberinto de las sensaciones peregrinas... en el dédalo de las imprecisas impresiones... Y así fueron desgranándose las ideas que cada día le inspiraba la maravilla de la ciudad, sin hallar nunca el ideal que les sirviera de engarce. Y asi fué deshojándose la flor de la emoción, tras de haber gustado el encanto de sus matices y de su fragancia, sin penetrar jamás en el milagro de su florecer. Y así fué desvaneciéndose la perspectiva del ensueño matutino, a la viva luz del medio día, y sin

que llegue a descubrir la estela de la estrella guiadora en el misterio de la ciudad.

La gracia de la ciudad no se le reveló en su integridad. sino cuando la vida le exigió el sacrificio del ensueño—como antes le impuso el del amor, cuando... había comenzado a sentirlo—. En vano fué hallado el sartal de las perlas...

De la Ciudad de la Gracia sólo puede ofrecer ya un rosario de divagaciones por el orden de las estaciones en que su alma se sintió conmovida por la gracia ciudadana.

De un otoño

(1908)

Hacía dos primaveras que los ojos de la amada no encelestiaban al alma, cuando el alma puso todo su amor en la encelestiada ciudad que con ella y para ella soñara de un otoño preñado de promesas. Por esta transfusión de amor, por esta renovada *inspiratio dilectionis—lucem qua illuminantur tenebræ*—el arabesco sensorial que antes le ofrecía la ciudad, hecha para el regalo, la no vista maravilla, se convirtió en éxtasis ante el *quid divinum* de la que entonces fué saludada con la invocación angélica: Sevilla, llena eres de gracia... Ciudad de las Gracias... de «la Grecia en Gracia de Dios...» Tierra de María... Ciudad de la Gracia.

Ello fué hace dos años. Al pasar por la Plaza del Triunfo, en la noche del Jueves Santo, no sé por qué los versos de un poeta me trajeron a la memoria el título de un libro amigo... En la mañana del Sábado de Gloria, Sevilla era saludada como la ciudad de la Gracia...

Divagando por la Ciudad de la Gracia, Jacinto Ilusión llegó a vivir con la ilusión de hacer su libro...

El libro de la ciudad había sido concebido, no como un libro de divagaciones, sino como una obra

de meditaciones y de «santa contemplación». Un estudio de los problemas y una estilización de los aspectos que entraña y presenta esa naturaleza humanada, ese campo cultivado, ese agro urbanizado—testigo de la civilización, luz del culto... divino y heroico, vida de la ciudadanía, maestra de la civilidad y nuncio de la cultura—que es la ciudad. La síntesis expresiva que de nuestra ciudad se hiciera, habría de estar en armonía con la gracia de ella—informada por la alegre y grata disposición de ánimo que goza un alma en éxtasis, en un éxtasis religioso y artístico al par. Este misticismo estético nos daría la clave de las categorías y postulados de la representación—y ¿de la realidad?—ciudadana.

El libro así imaginado debería ofrecer quintaesenciada—en una intuición sensible, en un esquema conceptual, en un símbolo ideológico—toda el alma y la vida, el genio y la figura de la ciudad.

...Mas el libro que ofrecemos no es el ideado, el que nos propusimos como ideal. El presente no es un libro inédito. Nada hay en este libro que antes no haya sido publicado; nada es nuevo en él, sino el libro mismo: es decir, el volumen, la forma de libro. El verbo de la divagación está conjugado en él de un modo adverbial...

Este no es el libro de la Ciudad de la Gracia. Es una obra escrita divagando por la Ciudad de la Gracia.

De la Ciudad de la Gracia

...Y he aquí que un romero—visionario y vagueador—se detiene para divagar en torno de lo que ha visto y entrevisto en esta ciudad, sobre la que el espíritu ha ido levantando una *ciudad de ensueño*.

LOS JARDINES

Si queréis apreciar el grado de cultura de un pueblo, visitad sus jardines. Y cuando los hayáis contemplado secos, polvorientos, sin aromas, en un triste abandono y en un completo olvido; sembrados de fragmentos de estatuas los paseos, y los árboles deshojados, desenramados... Cuando hayáis visto a los jóvenes (aun a los instruídos) romper los faroles y los alambrados y los herrajes de un típico balcón sobre el río, y a las jóvenes (aun a las distinguidas) penetrar en los sembrados para saquearlos... Cuando hayáis presenciado todo esto, bien podéis exclamar con el corazón angustiado: ¡este pueblo no tiene sentimiento, no tiene arte ni amor, carece de cultura!

Y cuando alguien os enseñe: «Hace tiempo un hombre de buena y bella voluntad (Ruskin), en medio del pueblo tachado de más egoísta y de más uti-

litario (a pesar de ser hoy el más heleno y el más medieval y el más modernista), alzó su voz para predicar, como un medio de resolver la cuestión social, el reparto de *flower's pots* entre los obreros...» Cuando oigáis esto, creedlo; porque quien así os habla, habla con verdad.

Mujeres de ojos misteriosos y de grácil andar, ¿queréis policromar vuestros cabellos de endrina? En vuestros patios, en vuestras azoteas, en vuestros balcones debéis tener macetas. Respetad los encantos del paseo.

Varones de hablar ceceante y de ingenio fecundo, ¿deseáis expandir vuestros músculos, anheláis entretener vuestros ocios? Recordad los juegos olímpicos de la antigua Hélade, y los días lúdicros del cantor de Itálica y Sevilla...; aprended los deportes de hoy, y en los libros de siempre... No destrocéis las obras de la industria y del arte...

Hombres y mujeres, cultivad vuestras almas y vuestros jardines se llenarán de flores... Y la Poesía —la eterna Poesía—será con vosotros.

LAS CALLES

Decid «las calles son para pasar, no para posar», y se reirán de vosotros, porque creerán que habéis dicho una perogrullada, cuando tal vez sólo hayáis expresado una verdad a medias, inexacta como toda generalización.

¿No habéis observado—en tierras de ensueños y somnolencias, de luz y de calor—cómo las calles sirven para tomar el sol, para matar el tiempo, para perorar, para echar flores, para estorbar el paso, para todo, menos para transitar... o dejar transitar, especialmente, a las señoras? ¡Oh, qué gran espectáculo!... ¿No es verdad que tiene mucho colorido local?...

Las calles han servido para separar las casas *(ambitus)*, y para enlazarlas (avenidas), como los pasillos, como las galerías de un gran hogar, la ciudad; y según las necesidades y aspiraciones del alma colectiva, su aspecto habrá sido diverso; porque ya sabéis (es un hecho general de la Naturaleza) que la vivienda es como el viviente, que las energías se exteriorizan en las formas, que las superficies no cierran, contienen. Y al cambiar la vida se modifican las prácticas y los ideales—intereses creados e intereses creadores—y con ellos el medio; que no es lo típico una cristalización, algo como petrificado, fosilizado, sino plenitud de vida propia, lozana, fecunda.

¿Queréis conservar calles tradicionales, que tal como hoy se muestran ni son típicas ni higiénicas, ni artísticas? Pues no viváis la vida moderna, o abandonad esas calles, rodead con una baranda las que sean más bellas y más genuinas, y colocad, como en los museos, un cartelón, diciendo: «Prohibido tocar los objetos». Pero por nada del mundo permanezcáis en la insana, en la desilusionante interinidad presente.

¿Queréis respirar auras nuevas? Pues espaciad y entoldad para armonizar el ambiente de los tiempos con el ambiente de los lugares. La vida contemporánea es de expansión. ¿Que vuestro sol deslumbra y abrasa? No importa; vuestra tierra es próvida. Y las capas de las palmeras, de los álamos, de los naranjos, serán la sombra, el aroma, la poesía misteriosa y encantadora de vuestras calles...

¡Oh ciudad del ensueño! Abre tus calles hacia el río, que te abraza: por su corriente ascienden brisas marinas; y allá, por el Oriente, por donde calcinante sopla el solano, levanta el antemural de un bosque...

LAS CASAS

No temáis que sea indiscreto. El romero, en todas sus peregrinaciones, ha sabido agradecer la hospitalidad, siempre ha procurado respetar lo que es intangible, sagrado, inviolable: las conciencias, los hogares... No quiere hablar sino de aquello que pueda hablar un romero: de lo que se ve al cruzar... las líneas, los colores...

¿Anheláis ser propios, de vosotros mismos, en vuestros lares y en vuestros haceres?

Desechad la *mimesis,* artificiosa y barroca, cosa estéril, propia de las decadencias. Cuando los pueblos son jóvenes y sanos (no olvidéis que para una voluntad hermosa y heroica nunca se agota la fuente de Juventa), su obra—la obra que todos realizamos, la obra de nuestra vida, a la vez ética y estética (la pirámide de Goethe, la melodía de D'Annunzio, la cruz de Cristo)—su obra es propia y plena, y brota natural y espontáneamente, como una flor, del misterioso acoplamiento de su savia y de su ambiente. Construyen por intususcepción; y es su edificar como el perfume, como la aureola de su vida.

En una atmósfera transparente, vive un pueblo armónico y sereno, escultural; pues la línea de la sophrosyne triunfa en la diafanidad.

Hay ebriedad de sol, los cuerpos son cansinos y las almas ardientes; pues ved la apoteosis de la línea mórbida en el seno de la voluptuosidad.

Es un cielo azulado y frío; y la ley de los colores complementarios, y la ley de la propagación del calor tiñen las fachadas de rojo, y de plomo las techumbres. Una luz rubea, ignescente, cual llamarada de horno, estalla y flagela; y el Arte y la Industria deben refrescar los cuerpos y purificar las almas con una sensación de albura.

La tierra es húmeda y calda; y los pulmones y los músculos y los nervios buscan las anchuras y las alturas para ensancharse, para serenarse. Los patios, las azoteas, la balconería orean. Los azulejos avivan y hacen chispear los ojos, y evitan el salitre decolorante y entristecedor. Aparatos hay para desecar los subsuelos; materiales existen para levantar el piso; ¿por qué no ha de alzarse el nivel de las viviendas, como se está elevando el de las vías?

Alguien piensa: «la concentración de gentes en las urbes modernas y los ensanches de las calles, han motivado la estrechez, el hacinamiento, la elevación de las casas». Cuando en los espacios hay elación, las almas entonan un sursum radiante. Pero ¿y la angostura y la acumulación? A unos le falta lo que a otros sobra. No destruyamos lo superfluo, el lujo verdadero es signo de rica y expansiva potencialidad; distribuyámoslo convenientemente, y dejará de serlo, y será útil.

A vosotros, descendientes de árabes, que hoy sois cristianos y europeos, yo os digo: Conservad la línea muelle y graciosa del arco de la caravana, y aprended la elegancia de la parábola moderna. Dad a vuestras fachadas un tinte suave, claro, delicado; y en el interior, sobre el nítido mármol, rebrillen los azulejos multicolores. Guardad el encanto misterioso y señero de vuestras existencias bajo las arcadas del patio y entre las flores de la azotea; pero asomáos también a la vida moderna, que pasa; convertid las celosías en verandas, que la cristalería es alegre y es buena. Sean vuestras casas miradores, no sótanos; que de las calles se suba a las casas, y no al revés, como sucede en algunas partes...

Y es probable que el destino os tenga reservada la efectuación de aquella paradoja sublime: «¿Por qué no han de levantarse las ciudades en medio del campo?»

LOS BAÑOS

Una vez, al romero le contaron lo que sigue: «Por culpa de una compañía inglesa, explotadora del servicio de agua, el pueblo de la sal y de la alegría, muere de sed». Y el romero, en aquel entonces, creyó que aquello era un cuento. ¿Es posible que ciudadanos de un Estado—guardador e intérprete fiel del espíritu eurítmico de la Hélade, que idealiza el cuerpo y sublima al hombre, que adora el agua y con ella ríe y vence, que se baña, no como germanos, porque lo manda la higiene (¡oh imperativo categórico y... prusiano!), sino porque es agradable y es bello y es sano, y es moral *(mens sana...)*—es posible que tales ciudadanos nieguen el agua a este pueblo que muere de sed... de goces infinitos y de eternas quimeras? No; y no. Eso que le contaron al romero era una broma, propia de gente de buen humor, que todo lo toma a guasa, hasta lo más serio y estirado (que lo personifica en un inglés, por creer que todo extranjero rígido y grave ha de ser un anglosajón y que quizá por eso, llama ingleses a todos los hombres por quienes siente ojeriza).

En otra ocasión, el romero oyó decir al director de un instituto de hidroterapia: «Aquí (en la ciudad) casi nadie se baña». Y el romero, con un comento irónico, replicó para sus adentros: «¡Estás fresco! Un pueblo, que tiene por antepasados a los romanos y a los árabes, por culto la mujer y el sol, por ideal el arte y el amor, ¿no ha de bañarse?» Mas la lógica de los hechos dió la razón al director y desbancó de su ilusión al romero (el romero vive de ilusiones). Había olvidado que tras los romanos vinieron los bárbaros, con los árabes los moros, y tras ellos la Casa de Austria...

Y entonces comprendió que bien podía ser un

castigo (venganza o justicia, lo mismo da, porque todo es igual o distinto, según como se mire), un castigo de los ingleses el negar el agua a un pueblo que ni riega sus jardines y sus calles, ni baña y purifica sus cuerpos...

Por lo que más queráis en la vida yo os suplico que no digáis: «Nosotros no nos pagamos de las apariencias, nosotros sólo apreciamos las intenciones, nosotros únicamente buscamos la comodidad».

Ya sabéis cómo está empedrado el infierno, y cómo, apesar de las envidias y los convencionalismos, un alma virtuosa logra actuarse, y encuentra, más tarde o más temprano, una forma adecuada para exteriorizarse. Y también debéis saber cómo lo que se llama comodidad no es, la mayoría de las veces, sino dejadez, ramplonería, vulgaridad, egoísmo puro, nada más que egoísmo.

Cierto que lo aparencial (el exterior de nuestras personas, la fachada de nuestras casas), no debe ser ni como las buenas maneras de la hipocresía, ni como las decoraciones de un teatro; pero tampoco debe ser deforme, inverecundo: basta que sea sincero.

Pero, he aquí, que para mostrarse lo verdadero de una manera grata y amable (oh, gran Platón, que intuíste la inseparable trinidad), tiene que ser, al mismo tiempo, bello y bueno.

Fortaleced y purificad el cuerpo en los gimnasios y en los baños; que no son el ejercicio y la limpieza cursilerías o vanidades (como tal vez lo sean los concursos deportivos y los afeites de la moda), sino cosas muy útiles y muy santas.

En un cuerpo así dispuesto, el ánimo estará sereno y templado, y la vida sera ecuánime y dichosa.

Bañáos, y seréis limpios de corazón... y seréis bienaventurados, porque tendréis un pretexto más para pedir agua a los ingleses.

LAS BIBLIOTECAS

Cuando el romero no era todavía ni bibliófilo, escribió lo que sigue de las bibliotecas. Ahora, después de haber sido bibliotecario, escribiría de otra manera...

De una casa maculada, en calle sucia y estrecha, se insinúa un siseo codicioso y acariciante. Junto a una fuente de vecindad, dos mujeres desaliñadas fuman en actitud provocativa. Por encima de un aguachar, que enaguaza un montón de inmundicias, se pasa a una puerta de un centro de enseñanza superior. Luego, una escalera interminable, y al final, los pies rozan en la aspereza de ladrillos secos, polvorientos. Se coge una pluma, otra y otra: se torna a coger la primera (del mal, el menos), y se rellena una papeleta.

(Pausa).

—No se puede entregar la que usted pide. Las obras nuevas se están encuadernando, o catalogando.

—Entonces, ¿qué obra tenéis sobre la misma materia? ¿Se puede ver el catálogo?

—No—(seco, algo descortés).

—Pues, venga el...

—Veremos si está permitida su entrega.

El romero se asoma; alrededor de una mesa tres hombres charlan, y sobre los estantes de cuatro inmensas galerías se hacinan libros y libros. ¡Cuánta riqueza apolillada!

Se recibe el libro pedido; se recorren algunos bancos buscando comodidad; en el que uno se ha sentado no hay pluma ni tintero. Un viejo ronca en la otra esquina...

Despues del éxtasis y la interrogacion de siempre

(el romero siempre se arroba con la gentileza del minarete, y siempre se pregunta hasta cuándo durará el andamiaje), se siente el frescor de un claustro bajo; se suben algunos escalones, se contempla una lápida laudatoria; y todo nuestro ser encuentra la placidez de lo blanco, de lo espacioso, de lo ordenado, del patinar sobre el mármol...

¿Por qué todas las bibliotecas no han de tener, como ésta, un patio o un jardín apacible, silencioso, lleno de verde, de calma, de luz velada?

Un señor alto, afable, complaciente (creo que es catedrático), me dice con un dejo de suave amargura:

—No podemos servirle en obras modernas: nuestro tesoro (porque lo es) sólo llega hasta el siglo XVIII.

—¡Qué lástima! ¡Qué bien se estaría aquí!... Déme cualquier cosa... las poesías de San Francisco, el místico hermano de las criaturas.

De los naranjos del patio emergía el himnar de los pájaros.

—Esa, por la que usted pregunta, está montada a la moderna, bien servida y bien organizada su catalogación. Pero durante el verano permanece cerrada. Después de todo, para qué iba a estar abierta. Ya habrá visto usted que las bibliotecas están generalmente vacías. No sé si porque faltan libros o porque faltan lectores. Aquí se lee poco, y se compra menos; lo poco que se lee es prestado...

—Pero, ¿y el Ateneo?

—¡Ah! es verdad; vaya usted a esa biblioteca.

Y el romero sorprendió en su interlocutor la ironía de una sonrisilla burlona.

Y yo pregunto: ¿estas mujeres—zahoríes y hechiceras, de ojos linceños y corazón de adivino—y estos hombres—videntes, intuidores, poetas y magos—necesitan por ventura, leer en libros empalagosos o abs-

trusos para saber de la ciencia de la vida, poética y armoniosa, vibradora e inmortal?

¡Oh, santa y augusta pereza! Tú evitas a los mortales la envidia, la ambición, la codicia; porque para trabajar con egoísmo rastrero y vil, preferible es el nirvana redentor, que es noble y es grande, que es generoso y es divino. Tú impides que, en el mundo, haya muchos pedantes y muchos eruditos a la violeta y muchos Tartufos y muchos Llagosteras. Tú haces a los hombres leales y francos, ingenuos y sinceros...

Por eso, los hombres de esta bendita tierra son los más espontáneos, los más veraces: porque sus invenciones, impregnadas de poesía, no son mentiras hipócritas, solapadas (¡reservas mentales de los prudentes, os detesto con toda mi alma!); no son convencionalismos, sino exageraciones, hipérboles; y si hiperbolizan y exageran es porque tienen alma bastante grande para enaltecer las pequeñeces de la vida.

Los libros, los libros buenos, sólo sirven para aurorar, o para añorar.

LAS LUCES

Perdón para el romero, si de un tema estético ha hecho una tesis ético-económica.

Además, tanta luz se ha querido derramar sobre el asunto de la ídem en plural, que, a la postre, quedaremos a obscuras. Es tema para muchos retruécanos. Ejemplo al canto: «vivir para ver» y «ver para vivir.»

Se ha sostenido: no hay alumbrado, porque no hay dinero (porque no hay luz, dice el pueblo; ¿lo véis? ¡otro!)

¿Creéis que el déficit en un presupuesto denota

falta de recursos? Pues no sabéis ni entendéis una palabra de crematística, ni de... El déficit, entre otras cosas, significa que no se sabe ni sumar: pero estas son otras cuentas... que no ajustaron los maestros de escuela...

Un hacendista ha dicho: «aumentemos los impuestos (como si dijéramos, «apretemos las clavijas»), y con esta presión el pueblo se hará más laborioso y más rico.» Esto lo han leído algunos señores ediles, y se han dicho: «nuestro pueblo es perezoso; y si saldamos con superávit no tendremos razón para aumentar los arbitrios...»

Ahora todo el mundo es previsor (previsores del porvenir, etc., etc.) «Hay, en puertas (donde se ha quedado para siempre), una ley de administración local... Si administramos bien tenemos que trabajar mucho; pero si lo hacemos mal... Se aprueba esa ley, nos incapacitan, nos incorporan a un Ayuntamiento tutelar (verbigracia, la Algaba), y así nos libramos de cargas...»

La más reciente tendencia ideológica se caracteriza por ser una reacción contra el amoralismo de fines del siglo pasado (Congreso de educación moral en Londres...) Está bien.

En España, que, a veces, por su mismo retraso, va al par del mundo civilizado (un corredor retrasado puede coincidir, en cierto punto, con el que le lleva la delantera de varias vueltas en la pista), tenemos una ética conservadora (Silvela, Maura, Cierva...)

Una de sus finas es acabar con la vida noctambulesca y sus corrupciones. Está bien, siempre que se acabe con las del día.

¿Medios? Cerrar los teatros a las doce y media... Esto, que es una costumbre en todas las grandes capitales extranjeras, podrá parecer aquí arbitrario. El Ayuntamiento de Sevilla es más delicado. Apaga los faroles y ¡buenas noches! Hay que advertir que antes,

aunque todos gastaban gas, no todos tenían cristales (tal vez serían recuerdos del famoso Rosario). Esto no me parece bien.

¿Queréis que el pueblo se recoja temprano? Allá va un medio.

Para no acostarse tarde, hay que levantarse temprano. ¿Paradoja?—Y para levantarse...—¿Círculo vicioso?—No, señor.

Trabajad durante el día: y, cuando decline, no vayáis a los mentideros de cafés, casinos...

Dad un paseo por las afueras. Abrid vuestras almas a la infinita melancolía del ocaso y del acaso; llegad a la anestesia por hiperestesia; y pasito a pasito, marchad al hogar. Y yo os aseguro, que si tenéis alma bella, no podréis conservar la línea vertical, y el sueño amigo os recogerá...

Mas no por eso apaguéis las luces. Los hombres somos como los niños: queremos dormirnos mirando la luz, y teniendo la seguridad de encontrarla cuando la pesadilla nos turbe.

LOS MONUMENTOS

Sevilla resplandecía y espejeaba como un relicario en la luminosidad roja y azul de nuestro cielo...

Mas la vida—renovando sin cesar el mito del viejo Cronos—fué poco a poco gastando las propias joyas que un día ostentara...

Y aquellas que quedaron engastadas en el collar de sus calles y en el broche de sus plazas y jardines, cobraron en la pátina del tiempo el prestigio de lo consagrado...

Cuando en las ciudades—y en los campos de civilización—se van borrando las huellas del pasado, es cuando los hombres trazan y delinean en su espí-

ritu el plano efectivo de sus recuerdos, y en su espíritu levantan la ciudad intemporal de la cultura.

Es entonces cuando por entre lo meramente tradicional—la labor no interrumpida de los días—, aparece lo puramente evocador, como un testimonio de gratitud y como un símbolo para el mañana del valor de las cosas y de los seres que fueron...

Y Sevilla, fuera de esos momentos de su historia artística, que rememoran porque sobreviven y no porque sean recordatorios; fuera de algunas lápidas que nada dicen como no se lean, y de algunas primeras piedras, sin segundas, que nada recuerdan, porque sobre ellas ha caído, si no la losa de los sueños, al menos la losa del olvido...; Sevilla no atesora sino muy contados monumentos del arte que hace historia,—monumentos que evocan lo pretérito y son el encanto del presente...

Y aun esos aislados monumentos presentábanse casi exclusivamente en la forma singular y señera de las estatuas... Las estatuas de Murillo y de Velázquez, de Maese Rodrigo y de Miguel de Mañara, de Daoiz...

Alzanse las estatuas, en medio de los pueblos, como apoteosis de la poderosa individualidad de los héroes, de los mártires, de los justos, de los *meneurs* y de los *pionneri,* de los *representatives men,* que diría Carlyle...

Es verdad que al enaltecer las personas, lo que honramos es su vida; pero hay personalidades que absorben de tal manera su obra, que el nombre de aquéllas es el lema de ésta, y son ellas su mismo destino...

Cuando la obra trasciende de la subjetividad del autor, o cuando los pueblos han llegado a sentir vivamente el espíritu ciudadano, la estatua no basta; y entonces surge el monumento impersonal...

...Sevilla necesitaba levantar un monumento a un poeta.

Sevilla habíase honrado y reconocido a sí misma, al honrar públicamente y reconocer como suyos a dos pintores sin igual en el mundo, a un maestro de maestros, a un hombre de aureola legendaria y de caridad cristiana, a un heroico defensor de la independencia de su patria...

Sevilla—ciudad patria y ciudad encanto de los poetas, por los poetas enaltecida y por ellos cantada—padecía las nostálgicas inquietudes de las novias que perdieron la efigie del amado.

Y ahora que nuestra ciudad ensoñada y amada se halla próxima a *exponer* las joyas que por herencia o por el esfuerzo atesora y ostenta, es deber de todos los que llevan su nombre y por él son algo en el mundo, es deber de todos los sevillanos demostrar que no es ilusoria la fama de sus maravillas...

La primera maravilla, así en la tierra como en el cielo, es saber ser agradecido, porque esta es muchas veces la única manera de hacer justicia...

Cuando todos seamos algo más *poetas,* cuando todos gustemos más de la poesía, los poetas serán menos, es decir, sufrirán menos *la poesía* y no morirán abandonados; porque entonces estarán repartidos más equitativamente entre los hombres el sentido práctico y el sentimiento de lo ideal.

Faltaba en Sevilla un monumento que glorificase al genio en la perdurable y universal objetividad de su creación.

Faltaba también en ese cielo—Olimpo o Walhalla—que el arte trae a la tierra con sus monumentos, la representación del arte de la poesía...

En Sevilla, que es toda poesía, no había la estatua de ningún poeta...

Rigurosamente pensando, la sobriedad en los ho-

nores, cuando no es por ignorancia, por olvido, por envidia o mezquindad, más que censuras merece alabanzas.

Sería, en este caso, una prueba del buen gusto de los sevillanos...

Preferible es que no estén todos los que deben estar, si los que están están porque deben, a que tengan estatua y pedestal los que sólo de esta manera han podido ser encumbrados.

En el primer caso siempre hay la esperanza de llenar los vacíos... En el segundo, el temor de que no haya lugar para los elegidos, o que la recompensa sufra tal depreciación que no pueda ofrecerse dignamente a los que realmente la merecen.

Pero...

Addenda.

¡Bendiga Dios a los hermanos Alvarez Quintero, porque supieron tocar el corazón de su Sevilla, de nuestra Sevilla, de la Sevilla inmortal que vive en todos los corazones!

Y ved qué grande milagro obraron.

El primer poeta que tiene en Sevilla un monumento glorificador de la vida universal y perdurable de la creación del genio, es el poeta más lírico en su arte y más desinteresado en su personalidad: Bécquer.

Río-Grande, río nuestro, cuando tus ondas lleguen al mar, ¿qué le dirán al Atlántico? ¿Serás tan elocuente que el mar de la Atlántida y el mar de Colón vuelva a ser el mar de España y de América, y llegue algún día a ser *mare internum, mare nostrum?*

Río-Grande, río nuestro, ¿qué han ido murmurando tus ondas, camino del mar, en estos días en que el alma de tu Sevilla se abrió alborozada, como una flor, para recibir en su corola el espíritu alado del poeta del ensueño y del amor de *La Ensoñadora?*

LAS EXPOSICIONES

Con estas líneas solamente quiero recordaros una invitación...

Hoy aquí, mañana allí, no quedará ciudad en España que no celebre su Exposición, como no hay al presente casi ninguna sin sus Juegos florales y sus corridas de toros, y como serían muy pocas las que antes no tuviesen sus romerías y ferias.

Al hojear vocabularios, con esa curiosidad del acaso, para descubrir el alma de los vocablos o inventar la forma de nuestras ideas, ¿no hallasteis algunas palabras—la de Certamen, por ejemplo—que parecen haber recogido, a través de la historia, el vario sabor de diferentes ciclos de la vida?

En los tiempos guerreros y creyentes de la feudalidad y de la caballería eran condiciones del vivir la fuerza y la bravura: por eso, la ley de selección se cumplía en torneos y justas de armas. Pero cuando el Renacimiento clásico—más latino que griego y más de sus letras que de su ideal, y que coincidió sin confundirse con un renacer más general y profundo del espíritu humano—favoreció aquella tradición de escolásticos y trovadores, modificáronse el lugar del palenque y el carácter de la liza; y en una función literaria disputaban los ingenios sobre temas de erudición y de poesía.

Nuevas formas de la lucha por la existencia exigieron una transmutación de los antiguos valores; y la palabra Certamen vino a significar entonces concurso de las energías e inventivas industriales, estímulo de las actividades mercantiles.

He aquí, pues, cómo cambian los tiempos y las voces subsisten.

Y ved, también, cómo pueden variar las palabras persistiendo el fondo substancial de las cosas.

El culto de una deidad, las predicaciones de un oráculo... en el mundo pagano; los milagros de un bendito ermitaño, la devoción a santos patronos o a santos lugares... en pueblos cristianos; fueron núcleos de las multitudes. Y, claro está, en torno de éstas se situaban los enjambres de solícitos mercaderes... Tiene Anatole France, en su *Cortesana de Alejandría,* una página de sociología brillante, sugestiva; ¿la habéis leído?

Poco a poco, con la rutina, íbase enfriando el fervor religioso... Los intereses de los unos y de los otros, aprovechando lecciones de experiencia, procuraron mantenerlo vivo con algunos honestos solaces. Tal vez fuera ciencia del corazón humano, de esa ley del equilibrio psíquico, que para conservar el ritmo de la vida busca compensaciones entre el ascetismo y los placeres.

Y surgieron las ferias con sus procesiones, con sus mercados, con sus fiestas en la plaza pública—cual un descanso en el trabajo cotidiano y una tregua en el guerrear continuo de los siglos medios, como un lazo de unión entre las clases sociales, tan distanciadas en aquellos tiempos de la caballería y de la feudalidad. ¡Cuán grande es el poder de la alegría!

Los hombres de la Europa-Cristiana—como los hombres de otras civilizaciones—al llegar a la edad de la razón y del sentido práctico, a medida que olvidaban sus juegos y creencias de infancia, sus sueños y aventuras de juventud, fueron aprendiendo el significado de lo útil y de lo legal, se entusiasmaron por los lemas, por las abstracciones, por las letras mayúsculas, declaráronse ciudadanos, padres de la patria, y proclamaron la libertad. La libertad es una cosa magnífica.

Con la libertad política y económica perdieron las ferias su encanto y su razón de ser. La facilidad de

las comunicaciones, la formación de las grandes urbes modernas—de población densa y de elementos poderosos—dieron origen a esos inmensos mercados, que producen la ilusión de una feria permanente...

...Las barracas de titiriteros convirtiéronse en circos, los humildes puestos de juguetes en lujosos bazares...

...Y la competencia mercantil buscaba en los certámenes un estímulo para los productores, y con los premios de aquéllos un reclamo para dar salida a los productos.

He aquí por qué cuando, en el Oriente de Europa, Varsovia y Moscou mantenían sus renombradas ferias, por el atraso mismo en que vivían, en Inglaterra, la Sociedad de Artes y Manufacturas, al promediar el siglo XVIII, iniciaba con sus concursos una nueva forma de certámenes...

Y cien años más tarde (1851) celebrábase en Londres la primera Exposición Universal.

Hasta aquí lo que se expuso sobre este tema.

Lo restante que trataba de la futura Exposición Hispano-Americana que se ha de celebrar en Sevilla, se perdió en una oficina.

Y el recuerdo quedó latente en una revista.

LAS DIVERSIONES

Hace años, un amigo del romero—curioseador de maravillas y corredor de aventuras—le narraba sus andanzas y sus impresiones en esta tierra: «Yo no sé si por la ocasión (el veraneo), o por mi carácter (pesimista), o por mi criterio (extraño), en esa ciudad sufrí un nuevo desencanto. La fama de la belleza femenina quedó en un eco. Vi con tristeza, a eso del atardecer, salir de una fábrica un desfile de recuerdos, y, con amargura, contemplé ocasos de bellezas

en zaguanes de barrios. Buceé en calles, en paseos, en teatros, y algo de conventual se respiraba en aquéllas; y algo de mundanal atravesaba en coches y rápidamente por aquéllos; y en el más completo abandono veíase casi siempre uno de los mejores teatros veraniegos. En esa ciudad, apenas salían las mujeres (y por eso no podían salir solas); los hombres casi nunca paraban en casa (y por eso tantos cafés, tantas borracherías, tantos aperitivos...); y eran muy contadas las tertulias, las reuniones (y por eso había poca compenetración entre ellas y ellos, poco conocimiento, poca estima...)»

Dice el adagio: «el árbol se conoce por los frutos.» Y el juego y el arte son la flor de la vida.

I.

Uno, dijo: «la vida es trabajo» (por lo menos, el trabajo de vivir); y otro, hizo la pirueta del retruécano, al decir: «el trabajo es vida» (y, como tal, crecimiento y descenso, lucha y descanso). Yo no sé lo que es la vida, ni lo que es el trabajo. Pero los hombres combinando sonidos, líneas, colores, nos hacemos la ilusión de encerrar y expresar las indefinidas vibraciones que el universo despierta en nosotros.

En el telar de la vida, hay momentos en que soñamos, en que nos olvidamos de la urdimbre y de la trama, de las idas y venidas de la lanzadera, y un surtidor de risas se eleva en nuestros corazones. Y, al descansar, cantamos y forjamos... En otros momentos, el pensamiento comba nuestras frentes, y el dolor, su compañero inseparable, las surca y las anubla. Y, en la quietud, lloramos... Si somos valerosos seguimos pensando y rodeando nuestro sufrir, hasta que, nimbados por la serenidad augusta del mártir, contemplamos rodar hacia el recuerdo el mundo que

amasamos con nuestra sangre y con nuestras lágrimas. Y, entonces, volvemos a cantar y a forjar...

Tiene el juego mucho de estético (de *extético* diría un teórico del arte-gracia); y es el arte un mágico divertir. Arte que recrea y juego que crea... ¿Primavera o aurora? ¡Quién sabe! ¿Iris y oasis? Quizá...

Cantos y forjas simbolizan la salud y la fuerza; son emblemas de trabajo y alegría.

Hay quien canta sus penas, y ciertos enfermos forjan ensueños.

Pero...

La sanidad verdadera—la total y perfecta, la sanidad—nos otorga la plena e intensa fortaleza de la vida. Cuando se es fuerte, nuestras diversiones e invenciones podrán tener todos los vicios, todos los excesos de una exuberancia, pero no la ruindad de los mezquinos, de los débiles, de los enfermos de cuerpo y alma. Pletóricos y vigorosos, sufriremos con angustias y gozaremos con ansias (porque cuando se está sano y fuerte más duele el dolor y más place el placer), pero jamás llegaremos a la anestesia de los habituados a los deleites y padecimientos.

Y si, por añadidura, hemos cultivado nuestras energías y purificado nuestra savia, la misma fortaleza será un emoliente que fluya serena suavidad. Y nuestras creaciones y recreaciones serán como el cuerpo sano de un alma sana, y tendrán la poesía, la delicadeza, la idealidad de lo inmaterial, porque nunca es el hombre más espiritual, que cuando realiza el proverbio griego.

Con fuerza y con salud trabajamos contentos, y, en los descansos de la vida, gozamos con fruición de la alegría del vivir. Y, si somos niños, leemos gestas de héroes y encantamientos de princesas; cantamos cosas que no comprendemos, pero que dicen infortunios y desdenes de ausentes y desventuras de amantes; pintarrajeamos en estampas de libros de premios

y en hojas de libros de cuenta, y en nuestros vestidos, y en nuestras manos, y policromamos el aire con pompas de jabón y balones multicolores; esculturamos nuestros cuerpos al correr y al saltar, o con el barro o con la nieve; construímos castillos en el aire... y jugamos a cosas de los grandes.

Y, si somos grandes, jugamos como pequeños diablillos, con todas las cosas del mundo, con el tiempo y el espacio, con la materia y el espíritu, con la vida y la muerte: y buscamos los murmullos, los ruídos, los sonidos, las palabras; y corremos tras el movimiento, el fuego, los colores y la luz; y rompemos los muñecos para ver el mecanismo de sus pasiones, de sus cariños, de sus sentimientos, de sus ideas y, luego, o forjamos unas quimeras que semejan mundos y hogares y montañas, y ríos y flores y pájaros, y hombres que piensan y hablan, se agitan y luchan, aman y olvidan... o cantamos espectáculos de la naturaleza, hazañas de humanos, amores y amoríos... y al Amor. ¡Cantos y forjas!... Cuando el espíritu los anima, son inmortales como el espíritu, y como él tienden a la celsitud. ¡Sursum! Y, si alguien os dice, «polvo sois»... no olvidéis, que sobre la tierra revolotea a veces la mosca de oro (de la ilusión), que de la florada se exhala, de tiempo en tiempo, el místico perfume (del ideal), y que, cuando al polvo torna, no todo es humano en lo humano; la mariposa (la psiquis) sube... ¿Hacia dónde? ¡Qué importa! Lo esencial no es el término, lo esencial es volar. ¿La tierra es redonda?, pues ¡a irradiar...!

Alegre como unas pascuas, sencillo como tarde sabatina o mañana dominguera, el ocio bello esplende con la venustidad de un mayo y goza el encanto de una vacación en juventud...

Y en las irradiaciones del juego y del arte el crear tiene mucho de inconsciente, y la recreación mucho de inmanencial.

Es que al jugar nos hacemos más pequeños, nos infantilizamos, y por lo mismo nos hacemos más ingenuos y más confiados: y es que al crear nos engrandecemos, nos elevamos, nos salimos de nosotros mismos para que el Verbo hable en nosotros. Y cuando la quimera nos acaricia con su aleteo, nos entregamos por entero a ella, y somos envueltos, anonadados en el vórtice infinito de la vida del gran todo.

Un soplo de inconsciencia anima las obras más geniales, las más sobrehumanas; pues no es aquélla irracionalidad o irreflexión. Es como un fénix: necesita para surgir que algo se haya reducido a cenizas, que hayamos hecho un sacrificio (el de nuestra mudable individualidad), y en la subconsciencia o en la aconsciencia, no puede haber sacrificio. Solamente aquellos que desdoblándose se han visto por dentro y fuera, que han llegado a la cumbre de su personalidad, de su dicha y de su dolor (en el Tabor y en el Gólgota), pueden encomendar su espíritu al Eterno.

Es el espíritu lo más nuestro, lo más íntimo, lo más virginal; y los que lo ostentan impúdicamente (sobre todo en el amor y en el dolor) lo venden al mundo, uno de los enemigos del alma. De manifestar algo, sólo debe ser nuestra alegría; y no como histriones, ante un público (¿recordáis a Schopenhauer y Tolstoi?), y no como farsantes, ante el populacho (¿recordáis a Renán y a Nietzsche?), sino entre el pueblo sencillo en días de júbilo, a la luz del sol y en pleno campo, que, como ha dicho Emerson: «El hombre grande, en medio de la multitud, sabe conservar la serenidad de la soledad.»

La alegría nos transporta a limbos de infancia, nos hace tangible el espejismo de la felicidad, y en la sedación de la inconsciencia y en el silencio del misterio las energías van incubando el agosto y el lunes del existir...

II

Hombres y pueblos que no se distraen, que no se divierten (que no vierten, cambian o mueven su actividad de un lado o otro, de una a otra dirección), ni han trabajado nunca, ni jamás gozarán del fruto. Que no es trabajar el acuciar con el vértigo febricitante, vesánico, de una vorágine insaciable: ni es aprovechar o distribuir el tiempo el pasarlo (engañarlo, gastarlo, perderlo) en una semiembriaguez de aburrimiento y de holganza.

El pueblo griego consideraba el ocio como el atributo más preciado del ciudadano; no el ocio vahanero, sino aquel otro noble y fecundo y activo, que permite cultivar el arte, estudiar la filosofía, e intervenir en la política (admirar la naturaleza, educar el etos, el patos, el logos, y dirigir a los pueblos). Y todos sabéis muy bien quién fué el oráculo que pronunció aquellas sibilinas palabras, «el tiempo es moneda.»

El panteísmo de luz y de fuego (el de las sombras vagas y nebulosas, se detuvo atónito ante las inmensas y heroicas llanuras de don Quijote y del Cid), el panteísmo del mediodía, en una naturaleza más que pródiga, lujuriosa, enerva a los hombres en una indolencia oriental, casi búdica...

Andalucía, en su imprevisora pereza, llora—¿la gloria que fué, o la ilusión perdida?—Y como es altiva y espléndida, seca sus lágrimas en la orgía de luz y de fuego de sus fiestas y de su arte. Y, en lo plástico de su divertir, ostenta la frondescencia de su suelo, el realismo solar de su ambiente y el bruñir relampagueador de su cielo...

Hombres y pueblos de vida selvática, bárbara, inculta, efunden la ferocidad, la violencia, la rudeza de

su temperamento en espectáculos sangrientos, groseros, toscos (plantas silvestres); y, en cambio, los gustos afeminados, envilecidos, casi siempre caprichosos y, a veces, crueles, son el efluvio de caracteres y razas decrépitas, degeneradas por sus refinamientos y depravaciones (plantas de estufa).

¿Queréis conocer las plantas lozanas? Buscad la salud y la fuerza, cultivadlas, dadles serenidad y elación.

Y, ahora, un paréntesis. Salir a la defensa de una costumbre o de una institución, por ejemplo, las corridas de toros, con la cantinela, «en todas partes...», no deja de ser una tontería (así lo dice el refrán «mal de muchos...») sólo comparable con aquel subterfugio del mal necesario (si es mal, ¿por qué es necesario?; si es necesario, ¿por qué es un mal?) Yo creo que las corridas de toros, como otras muchas cosas, no deben existir; pero ya que se dan, que sean como son (como deben ser según son), sin paliativos, sin componendas, y, sobre todo, sin contradicciones ni hipocresías. (¿Por qué se celebran—a veces por duplicado, y casi siempre con escándalos—en pueblos que, como Barcelona y Bilbao, alardean de cultos y de poco bullangueros?) Es más: yo creo, que si en alguna parte esa llamada fiesta nacional es una fiesta (y fiesta de arte, y no un mero festejo, o un espectáculo más), es precisamente en Andalucía; y que este pueblo cuando exige arrojo a los toreros demuestra más sentimiento y más gusto estético que muchos de sus censores, porque nada es más seguro que el valor (especialmente con los miuras), y porque nada es más antiartístico que el espectáculo de la cobardía...

Andalucía, con su sangre ardiente, desprecia la vida y busca la sangre. Y como es noble y generosa, endulza y embellece su holgar (sus juergas)—falto de armonía serena y elegante—con el atractivo fascinador, con la seductora simpatía de su gracia. Y, en lo dinámico de su divertir, si sus bailes son de case-

tas de ferias, o de plaza de barrios, de cortijos o de pueblos, jamás pueden serlo de tablado, como el andaluz achulado, madrileñizado, zarzuelero o del bulevar...

Hombres y pueblos que poseen poco en sí (que son pobres de espíritu, pobres de vida interna, pobres de individualidad), buscan las distracciones en lo exterior, en lo aparatoso, en el bullaje, porque temen quedarse solos, porque necesitan un excitante (los empujones y codazos, las murgas y farolillos, los banquetes y los bailes...) para salir de su modorra habitual. Hay otros, que desdeñan la multitud; y, sin embargo, en su torre de marfil les acecha la vulgaridad, porque lo principal no es el sitio, y, aunque el medio sea una gran cosa, de nada nos serviría retirarnos a la Tebaida, o elevarnos al Parnaso, si no hemos tallado amorosa y cuerdamente la escultura de nuestra alma...

En el teatro de la vida, aunque todos damos un espectáculo, aunque todos queremos representar algo y ser vistos y oídos, hay unos que son más actores y otros más espectadores.

Envuelto en blanco alquicel, silencioso y altivo, vió cruzar la mascarada. Fué el ayer... Los ojos grandes y fijos parecen de ciego, y no se sabe si miran a lo profundo o a la lejanía; la boca entreabierta habla con la voz augusta del silencio. Acaso sueñe una utopia, y sonría—con triste humorismo—de la realidad. Es el hoy... ¿El mañana?...

Andalucía, de sangre mora, vive adusta, reconcentrada, misteriosa. Y como su mente es cristiana, sabe llenar el silencio de su soledad con toda aquella riqueza de vida interna del místico, con toda aquella alteza ideal de una ojiva incensada. Y, en su divertir musical y literario, si la *saeta* puede entonarse entre

la multitud (porque la emoción religiosa, embargando y unificando las almas, puede hacer que las muchedumbres enmudezcan como un solo hombre), el *cante jondo* sólo puede cantarse así (muy por lo hondo), muy bajito y entre pocos, en el encanto de un patio (aromado de azahar, de nardo y jazmín, ritmado con la perlería de una fuente, aureolado de recuerdos y amores), con lágrimas en los ojos y sonrisas en los labios, y suspiros... y con algo muy triste y muy alegre en el alma. . . . .

III

La semilla, en la flor profetizada, es apostolada en el fruto. Seleccionad los gérmenes: laborad el plantío hasta convertirlo en plantel; y esperad en «aquella justicia de la vida» de que hablaba Maeterlink....

Si el medio ambiente no os permite el trajinar afanoso, la acción fuerte, el trabajo persistente del yanqui, del inglés o del alemán, os abre, en cambio, la región helada del arte. Entrad en ella; soñad; y cuando tengáis ansias de gloria y sed de ideales, dad forma a vuestros sueños. Así trabajaréis, y vuestros juegos serán útiles; y os semejaréis a los lirios y a las avecillas del campo, pues si Dios cuida de ellos, ellos trabajan por agradecer los cuidados de Dios.

Si vuestra alma—expansiva y señera, triste e idealista, con ese humor (a veces bueno y a veces punzante)—carece de la fuerza sana y alegre del sajón, y de la ecuánime serenidad del heleno, para calmar y templar los contrastes entre vuestros sueños y vuestras realidades, no os importe, que nada de eso os hace falta; porque aquella abstinencia del estoico y aquella indiferencia del árabe, y aquella resignada esperanza del cristiano, se os han metido muy dentro, en el espíritu, y le han dado el temple necesario para ver pasar, con tranquilidad, las cosas de este mun-

do... y del otro. Sois independientes, individualistas—no egoístas—porque sois impersonales, porque en todas la cosas adoráis a Dios.

Si el misticismo de vuestra existencia os lleva a una renunciación completa de los negocios (prácticos) de la vida, y por ella os censuran los industriosos (los hombres de industria), no os inquietéis por tan poca cosa. Dejad que los demás vivan *para sí:* seguid vosotros viviendo en vosotros mismos; pero no tan ensimismados, no tan adentrados, que lleguéis a los antípodas: porque de ese modo seréis gratos a los ojos de Dios. . . . . ,

Y en el cinematear iterativo de la existencia llegará el día de un juego sano, hermoso y fecundo, y un Arte por el Arte y... por la Vida. . . . .

LOS ATENEOS

Lo que voy a decir está ya dicho, ensayado en parte, y en parte fracasado; por eso parecerá ridículo por cursi y por vulgar. Es de esas cosas que todo el mundo piensa: «sí, señor; muy bonitas en teoría, pero en la práctica irrealizables». Y en ese contraste o abismo—entre el *video meliora* y el *deteriora sequor,* cuyo momento agudo señala Kant—donde el héroe triunfa y el sabio compadece y se sacrifica el mártir y se resigna el humilde, el zumbar del sarcasmo corroe y esteriliza...

Y sin embargo, lo quiero decir porque para llenar ese trecho que va del dicho al hecho, para que el sentido común se haga sentido práctico, hay que machacar mucho (cuidando siempre que no pase lo del herrero), hay que vulgarizar (formar ambiente), aunque quien tal haga pase por cursi e incurra en el ridículo.

Se viene hablando, hace algún tiempo, de crisis en el destino y vida de los Ateneos. En el mes pasado García Sanchis señalaba la transformación que se opera en el de Madrid; antes Juan Arzadún individualizaba la decadencia de los Ateneos provincianos en el de Villafría... En las conversaciones pasa como un tópico, que los círculos sólo existen merced a la política más o menos disfrazada, y sólo prosperan por el juego, más o menos... prohibido; y como los Ateneos deben ser apolíticos y abstinentes...

Como era natural, no habían de faltar curanderos y saludadores que propusiesen remedios, paliativos; algunos verdaderamente ingeniosos. («Si queremos que el Ateneo suene, construyamos un reloj de campana»). La galantería ofreciendo a las señoras veladas con refrescos, bailes, músicas, y además lectura de poesías; el humanitarismo, dando a los obreros conferencias sobre la cuestión social en el código de Hanmurabi o de Manú; el pedagogismo auxiliando al Instituto y a la Universidad en la obra de extensión cultural y organizando excursiones de jóvenes para estudiar la arqueología, la geología de España, etc.

Si realmente los Ateneos han cumplido su misión, y ya no la realizan, porque no tienen con qué ni para qué, no debía preocuparnos su desaparición. Es ley de la vida... Nuevas necesidades y nuevas concepciones determinan organismos y medios nuevos (o viceversa, o mejor, simultáneamente).

Es verdad que para unos Juegos florales que, por lo esporádico de su artificio, más parecen flores de estufa que flores naturales; para unas conferencias sin una idea-núcleo y un ideal-fin (según el pensamiento aristotélico) que armonice su aparente heterogeneidad; para algunas excursiones, muy divertidas, pero poco científicas (lo cual es, después de todo, una prueba de muy buen sentido); para una biblioteca sin libros ni lectores; para un Museo o *Cacharrería*...

no valía la pena de fundar una Sociedad autónoma, con su título, su escudo, su Boletín (inédito), etc., etc.

Por fortuna, los reglamentos de tales sociedades le señalan fines tan amplios («contribuir al mejoramiento moral, intelectual y material del hombre y de la sociedad...»), que si no son eternos, por lo menos son inmortales, y por su misma vaguedad pueden adaptarse a todos los tiempos y satisfacer aspiraciones de todos los hombres.

Por consiguiente, respecto a los fines tenemos poco que temer: podemos estar tranquilos. La cuestión parece concretarse a los medios... Pero, aquí vendría bien aquello de: «hay medios y medios...»

Un sabio de los antiguos tiempos, de blanca barba y reposado andar, en una tarde serena, debió decir a sus discípulos *primum vivere, deinde philosophari.* Y este visionario divagador—que algunas veces os desvela con sus chifladuras—que filosofó primero y ahora no sabe vivir, con cierta amargura, os aconseja: «primero vivir, después vivir, *et aliquando* filosofar sin dejar de vivir.»

Con este galimatías quiero expresar que el Ateneo, antes de cumplir ningún fin transcendental con los medios adecuados que indica el reglamento, debe procurarse los recursos económicos necesarios para poder existir decorosamente.

Viviendo en la tierra... terrenos han de ser los elementos de que nos valgamos para ir pasando...; aunque sean tan intangibles, tan irreales como el dinero (sin duda por ese algo hiperfísico que en el hombre alienta, por esa sutil fragilidad que caracteriza a la sociedad en cierto grado de alambicamiento o civilización).

No faltarán doctrinarios y rutinarios sedicentes espiritualistas—en realidad menos ideales que muchos teóricos del materialismo—que me pondrán el

gesto airado de un severo moralista, o el desdeñoso de un desinteresado soñador...

Pero yo soy más cínico, o menos hábil... (unos decimos lo que vivimos o sentimos, aunque en ocasiones ni queremos ni consentimos; otros, sin embargo, no dicen lo que sienten, mas consienten y quisieran vivirlo)... Y mi pesar (lo confieso con verdadera... atrición) consiste en no poder proporcionarle al Ateneo, por mi ignorancia financiera, una abundante fuente de ingresos.

No obstante, tengo un consuelo. He leído: «el dinero se hace con voluntad», y esto me basta y me sobra.

Una vez asegurada la existencia, ya podríamos pensar en el modo de desenvolverla, «mediante el cultivo y propagación de la ciencia y del arte...»

Para ello, deberíamos desechar toda generalización precipitada e incompleta, todo apriorismo inútil y cándido—de ambas cosas soy enemigo, tal vez porque mi fantasía volandera adolece de ambos defectos—y aplicarnos al estudio de la realidad presente y local de una manera positiva, y si es posible mercantil.

Y bien pudiera suceder que algunas de las medidas adoptadas como remedios extraordinarios y extraños (conferencias para obreros, extensión cultural, veladas para señoras, publicación de revistas)... resultasen provechosas si, acomodándose a las necesidades modernas de la sociedad, respondiendo a una idea armónica, e inspirándose en un ideal noble, fueran empleadas como medios propios, normales, intususceptivos...

Si no hubierais pensado abandonar vuestra torre de marfil, yo no diría nada. Para hacer el ridículo siempre hay tiempo. Pero ya que deseáis entrar en la liza, quisiera daros algunos consejos...

¿No sois galantes, por tradicional hidalguía; no

sois entusiastas de la ciencia y del arte; no sois amantes del progreso? Pues llamad al pueblo, a la juventud, a la mujer. Si yo fuera aficionado al símbolo, ¡qué ocasión más propicia!

Es cierto que vuestras puertas han estado abiertas para todo el mundo (también debían estarlo vuestros balcones, y no por metáfora, sino para que entrase el aire). Es cierto, igualmente, que algunos, respondiendo a vuestra invitación, han acudido al Ateneo... Pero esto no basta.

¿Creéis haber cumplido vuestra misión porque un público numeroso llene los salones, si son muy pocos los que asisten en espíritu y con verdad, o porque la lista de socios en vez de detenerse en un centenar llegue a un millar, si muchos de los recibos son papeles mojados?

¿Creéis haber realizado vuestro fin social, pedagógico y artístico, porque digáis en el tablón de anuncios «las conferencias son públicas», y porque asistan algunos obreros, si no vienen suficientemente preparados (por el cansancio del trabajo diario y por otras causas) para seguir, con atención y provecho, las disertaciones; o porque admitáis en el reglamento los jóvenes, si la juventud no viene con ellos; o porque celebréis anualmente algunos Juegos florales, con su Reina de la fiesta, su corte de Amor, su concurso femenino, si pasado aquel día, «si te he visto, no me acuerdo»?... Para eso, más vale no hacer nada.

Quizá algún día, alguien (yo mismo) os indique el modo de cumplir vuestro destino en relación con los estudiantes. Hoy quiero terminar recordando una frase de don Federico Rubio, en su libro *La mujer gaditana:* «Las reuniones unisexuales, los casinos y sociedades para hombres solos, son focos de grosería y de torpe desperdicio del tiempo.»

Claro que para hacer viable la idea que de aquí se desprende, precisa transformar las costumbres, los sentimientos, el local del Ateneo... Se necesitan hom-

bres *(homines quæro)* capaces de convertir esa idea en idea para la práctica (idea fuerza), de elevarla a ideal, ideal no de mente, sino de voluntad...

Cuanto acabo de decir, estaba ya dicho, ensayado en parte, y en parte fracasado: por eso parecerá ridículo...

Espíritus cansados de la vida y desengañados de analizarla, dejad, por un momento, la sonrisa enética y amarga de la ironía. Reíd, en buena hora, si eso os place; pero reíd fuerte, con una explosión de carcajada.—Después—cuando la risa expira y apuntan las lágrimas, y mientras el cuerpo sigue vibrando por la inercia—el alma vase serenando.

De una primavera

(1909)

...He aquí cómo el romero—menos visionario y más vagueador al retornar del extranjero—se ha detenido, desorientado, para divagar acerca de lo que ha vislumbrado en esta ciudad, que el alma ha ido descubriendo como una *ciudad de amor.*

EL ALMA VIAJERA

Con este bello título de un cuento encantador quiere designar el romero esta periodística digresión *autour du tourisme.*

Desde hace algún tiempo parece que los sevillanos quieren preocuparse de su *Seviyiya.* Así deseo creerlo.

A mí me entusiasman todos los esfuerzos que tienden a enaltecer una patria—chica o grande—si al expandir no choca con las otras, las abraza con abrazo de madre, de hermana o de amante, ¿qué importa el vínculo si es de amor?

Aquel humano instinto y patriarcal deber de la hospitalidad fué siempre rancia costumbre en tierra de caballeros y de hidalgos.

Refinamiento cortesano hizo de él práctica amable y galante, algo muy seductor y muy exquisito, muy del siglo de Luis XV. Y algo que llaman progreso — o Progreso—dióle el carácter general de nuestra época, convirtiéndolo en mercantil empresa. Malo es no respetar al huésped (aun los bárbaros suelen respetar al *hostis),* pero peor es explotarlo (la civilización, en verdad, suele tener sus extravíos).

El turismo ha convertido en negocio lo que era una virtud.

Cuando niño aprendí: «es una obra de misericordia dar posada al peregrino.»

Viajar, soñar... Nunca he acertado a distinguir con precisión de una y otra idea.

Expediciones a tierras lejanas transmutaron pequeñas miserias—codicias, ambiciones, envidias...—en sueños hermosos de gloria y poder. Pudieron los pobres llegar a ricos, trabajar los ociosos y rectificarse los extraviados; los vencidos y los desengañados elevarse a héroes y a genios; y olvidar (?) los que sufrieron desdenes de amor. Acaso sea esta la misión del espacio, como la del tiempo y la de la muerte: idealizar la vida, desvaneciendo los detalles ridículos de la comedia, sirviendo de lenitivo para los dolores del drama...

Y surgieron las agencias de viajes. Y celebraron concursos con las compañías de transporte y con las mansiones de hospedaje; editaron guías, organizaron excursiones, hicieron el reclamo... Y allá van turistas y más turistas, de prisa y reglamentados, como turba de peregrinos, extasiándose ante los objetos que señalaron con un asterisco el Joanne o el Bædecker...

El turismo ha hecho exótico lo que antes era una necesidad espiritual.

El turismo, sin embargo, tiene el encanto de todo lo que pasa... y no vuelve más.

Pero aún vagan por la tierra peregrinos ilusionados, romeros del arte y del amor.

En las calles, en las playas, en las alturas han buscado los hombres la salud, que perdieron en los ajetreos del moderno vivir. Si es muy cierto que la higiene del cuerpo sirve, a veces, para curar el espíritu y equilibrar la vida, ¿no podríamos, asimismo, vigorizar el cuerpo con la regeneración del alma? ¿Por qué no habrá sanatorios de almas?

—En tiempos de misticismo y de fe los monasterios, los conventos...

—No, no es eso... Preocupados en tranquilizar sus conciencias, procuraron olvidarse de la materia, de la carne inquietadora...

Y había de ser...

En pleno campo sólo pueden vivir—sin aburrirse y sin descender—los muy cultos y muy soñadores, los amadores de la soledad y del silencio. De las aldeas huyó la paz que cantara Virgilio: y a ellas llegaron todos los vicios, y ninguna virtud, de las ciudades. Hay en las poblaciones viejas, históricas, como en las muy nuevas, un vivir que no es vida; hay en aquéllas una calma que parece de muerte, y hay en éstas una agitación que semeja delirio *poesco*...

Y había de ser...

Si hubiese en la tierra una región de alegres verdores y fiestas de sol, llena de dulcedumbre campesina; si un ambiente impregnado de ese aroma inefable que exhalan leyendas de misterios y recuerdos de amor y tradiciones de gloria la rodease, y un espíritu de vida nueva y generosa proyectase sobre ella todas las magníficas perspectivas de la juventud...; si sus habitantes fuesen tolerantes y joviales, de trato ameno y corazón delicado, con un poco de indolencia y un mucho de humorismo, de dichos agudos y sentimientos muy hondos... ¿por qué no había de ser esa región la patria hospitalaria, donde las almas en-

fermas y los peregrinos del ideal y los romeros del arte y del amor pudiesen hallar esa plenitud de vida armoniosa y risueña, que es fuerza serena y plácida ilusión?

Hay ciudades-cortes y ciudades del comercio, de la industria, del placer... ¿por qué no ha de haber ciudades del ensueño, ciudades para amar?

Yo sé de una muy noble y leal ciudad que tal vez...

Aunque me tachen de iluso, yo quiero ser optimista. Por algo me han llamado con el apellido de mi sobrenombre.

ESE SOL...

«Ese Sol, padre y tirano...» para muchos, y que, como tal, es el protagonista de la novela serrana de un sano y castizo novelista—José Andrés Vázquez—, ese Sol suele ser en Sevilla un solemnísimo guasón.

Así debió comprenderlo un sabio investigador del alma andaluza—don Alejandro Guichot—cuando en una curiosa obra juntó bajo un mismo epígrafe «el sol sevillano y la sal sevillana.»

...Y el padre Sol quiso una vez darse el gustazo de tomarnos el pelo.

El caso no era para menos. ¿Quién, siendo humorista, no haría lo mismo? ¡Cansa y fastidia tanto hablar de la pureza del cielo andaluz!

Además, los pueblos que no lo disfrutan se mueren de envidia. Entre elogios y elogios a esta tierra de María Santísima nos endilgan algunas indirectas. Y para ocultar la pobreza de sol se hacen los compasivos: «¡Qué lástima de Sevilla! ¡Cuánto podría hacerse en ella, si no fueran tan apáticos sus hombres!»

Permitidme un paréntesis. Erase una vez unos

hombres del septentrión; eran hombres activos, incansables, previsores... Venían a colonizar Sierra Morena... A la segunda generación, aquellos hombres comprendían la profunda sabiduría de los brahmanes...

Es propio de altos y poderosos señores mostrar ante sus vasallos, cortesanos o enemigos, alguna debilidad, la menos importante. Esto es generosidad y es diplomacia.

Nuestro Sol es muy alto y poderoso señor.

Y como quien tiene plena confianza en sí mismo, quiso mostrar a los ojos extraños, que ahora nos miran, cómo sabe brillar entre nubes el sol andaluz.

Era un juego de niño, entreteniendo los ocios de un rey, todo sabiduría y poder.

Amanece espléndido; núblase después; y más tarde llueve torrencialmente. Por unos claros sonríe el Sol.

Despéjase el cielo; a búcaro huele la tierra; y otra vez a llover y el Sol a reir. Ya no se toma la molestia de nublarse del todo. ¿Para qué?

Al caer el día, nubes áureas, rojizas, plúmbeas; y el Sol nos envía como despedida la sonrisa del arco iris.

Unos ingleses anotan algo en sus *carnets*... «En Sevilla llueve con sol.»

Y una sandunguera sevillana añade un comento: «Madre, en mi vida he visto sol con más guasa.»

LOS TEJADOS VERDES

—¿Subimos a la Giralda?

—Como quieras... Pero, me parece temprano. Además, dentro de unos días el azahar será más intenso, más embriagador...

—No, no lo decía por eso. Es por ver a las muchachas. Ahora habrá muchas extranjeras.

—Entonces, vamos.

Y como eran jóvenes, subieron corriendo.

—¿Recuerdas lo que decía Royo Villanova?

—¿Qué?

—«Sevilla, desde las azoteas, parece como si todos los reyes moros nos hubieran dejado, al pasar, la tarjeta de su visita.»

—Sí que es una frase feliz.

—Mira, mira...

—Oye, en este momento recuerdo una cosa... Cuando desde el *Arc de l'Etoile* contemplaba la verde techumbre de la *Madeleine,* yo me preguntaba: ¿por qué no habían de tener ese color los tejados de Sevilla? ¡Casaría tan bien con la albura de las azoteas! Sería como una sensación de frescura, de serenidad, de helenismo, que en algo templaría nuestro ardor africano.

Yo soy profano en el arte de construir. Mas tengo el atrevimiento de la ignorancia. Y como nada me cuesta dejar libre a la loca de la casa, la dejo vagar a su placer.

En Sevilla, a falta de piedras, tenemos el ladrillo. Hoy, también la piedra artificial. La cal es muy alegre, pero muy pueblerina... ¿Por qué no hacer piedras o ladrillos de color blanco?

Las tejas que aquí usamos tienen el aspecto de la tierra seca, árida. Las pizarras sólo están bien en países de lluvias y nieblas.

En algunas partes he visto tejas esmaltadas en blanco y en azul. Famosos son los azulejos, los mosáicos sevillanos... ¿Por qué no habrían de ser verdes los tejados de Sevilla?

DE FIESTA

Cada uno cuenta la feria como le va en ella.

Del saber popular.

—....

—Sí que lo está. Con ese aburrimiento del placer cansado, con ese hastío de monotonía, con esa animación que nos hace fingir la rutina de muchos y la incuria de algunos y el *snobismo* de otros.

Parecerá *pose* de un espíritu raro, extravagante. Y no lo es... Y entonces fué aquello de acostarse temprano, como niño en víspera de fiesta, y soñar «con lo que me voy a divertir mañana», y despertar temprano y asomarse al balcón...

Se dice que los visionarios viven fuera de la realidad. Yo creo que son los que mejor la comprenden... aunque no la viven. Es una desgracia esto de soñar, y de ver las cosas en su desnudez...

Y a pocos les fué bien en la feria, cuando eran muchos los quejosos.

Lejos de esta mi Sevilla, entre otros españoles o entre extranjeros, oía con frecuencia, como un consuelo: «¡Sevilla! ¡Oh su Semana Santa, su Feria!... ¡Ah!... ¡Oh!...» Y en vez de engreirme, ponía con mis palabras un sedante a sus entusiasmos.

—¿Por qué no van ustedes en cualquier época, que no sea la de las fiestas oficiales? En el verano, por ejemplo.

—Por Dios, hombre, no gaste usted bromas. En verano, con el calor...

Pues no, que en la Feria para ver los sombreros última moda, y el *smoking*, y los rigodones...; para ver cómo de lo típico sólo subsiste la fealdad de los ba-

rracones, y no la hermosura de la mantilla y de las seguidillas...

En una caseta de ingleses vi bailar *sevillanas;* en los casinos de Sevilla ya sabemos lo que se baila.

Perdón. No quería hablar de esto. Ya es vulgar lamentarse de las cosas que pasan. ¿Para qué?...

Al escribir algo sucede, a veces, que se nos va la idea principal—la idea que es engarce y es broche—y sólo quedan palabras sin sentido.

Yo no sé por qué mi visión contemplativa—mística y fatalista—de la vida se ha visto interrumpida por esta protesta contra ciertas innovaciones...

Yo hubiera querido pergeñar algunos renglones sentimentales de esos que se acostumbran a escribir en días señalados... No he podido.

Si no hubiere sido por el rebrillar de unos ojos negros, muy negros, y por los labios rojos de una boca reidora, yo no hubiera creído que Sevilla estaba de fiestas.

Después de todo, eso es lo único eterno de nuestra Feria.

JUEGOS FLORALES

Quien sugirió la idea quiso dejarla en el encanto de una misteriosa adumbración. Temió que, como siempre, su idea corriera la suerte de ser incomprendida o inaceptada. Y la expuso burla burlando, cual bella y extravagante paradoja.

Diluída de este modo la ironía, quizá fuera menos acedo el corear de los hombres prácticos.

Es el caso que en la conciencia de todos—ateneístas y no ateneístas—aparecen los Juegos florales co-

mo un algo anacrónico o un algo esporádico, que nunca llegó a afincar entre nosotros...

Y cosa olvidada de puro sabida: los escasos antiateneístas que van quedando—y que lo son en todo, salvo en el pedir entradas o en el entrar sin ellas, y en el comprometer a los socios—tienen el mal gusto de ser inconsecuentes en cosa de tan poca monta, según ellos. Durante diez meses del año se llevan motejando de cursis al Ateneo y su fiesta, para luego, en los dos restantes, cometer la más cursi de todas las cursilerías...

Cuando las cosas humanas llegan a cierto estado, lo humano y lo humanitario es hacerlas desaparecer, transformarlas, si no queremos que desaparezcan a pesar nuestro, y nosotros con ellas, al menos en concepto—en el concepto que nos debemos—. Para estos casos está el cortar por lo sano.

Una indicación. La pseudociencia en el renovar—como todas las pseudociencias de los filisteos—es tan aborrecible o más que la supina ignorancia de los gregarios. El actual eclecticismo, inorgánico e infecundo, de los Certámenes-Juegos florales, es un ejemplo de esas componendas entre lo tradicional y lo nuevo, entre lo desinteresado y lo práctico, realizadas para contentar a todos y a ninguno: a la gran masa del público que se aburre con los discursos y las lecturas, y a los espíritus selectos, que no pueden saborear unas obras que no fueron escritas para ellos, sino pensando en esa muchedumbre que no se preocupa por ninguna y que sólo va a lucirse y a criticar.

Una aclaración. Cuantas personas de buen gusto hay en el Ateneo anhelan la reforma de los Juegos florales. Los únicos que protestarán contra ella serán los que la tachan de cursi.

Esto ¿qué prueba? Que «dime lo que no te gusta, y te diré a lo que estás acostumbrado»; que los cursis

son los que no podrán vivir sin una cosa cursi, por aquello de tal para cual.

¿Por qué no separar la utilidad del certamen o concurso científico, industrial, etc.—y celebrarlo en forma más moderna y más provechosa—de la hermosa inutilidad de esa fiesta, cuyo nombre dice arte y dice primavera, y solemnizar su anacronismo con todo el aparato histórico que su argumento requiere, con toda la propiedad real de una revivificación?

Porque las cosas de ayer sólo a título de evocación podemos vivirlas y gozarlas hoy...

Sería en la isleta que forma la ría del Parque, entre el follaje artizado y a la luz de una luna de mayo, una fiesta mágica, de excelsa poesía...

EL DECORO ESTÉTICO... Y EL ÉTICO

Creemos sinceramente que trabajar por el embellecimiento de una ciudad es trabajar también por su prosperidad económica, por su mejoramiento ético, por su progreso científico, hasta por su perfección religiosa. El arte no es toda la vida, pero es la forma de toda la vida: y las bellas artes son la expresión de la vida del espíritu en toda su plenitud y excelsitud.

Las buenas maneras no vienen a ser sino las bellas formas de conducirse los hombres. Un problema, un trabajo, un negocio cualquiera tienen algo y aun mucho de estético. En tanto son tales en cuanto están bien planteados, bien ejecutados, bien dirigidos: es decir, en cuanto están bien expresados. Y el arte, como diría el gran filósofo italiano Benedetto Croce, es ante todo y sobre todo expresión. Una virtud huraña, no sólo es inurbana, descortés, sino que puede

ser inmoral; y una verdad intraducible, inefable, es algo que excede del conocimiento científico.

El hombre necesita para vivir, y vivir con los otros hombres en sociedad, no sólo instruirse, ilustrarse, sino además educarse, cultivar sus prendas y sus dones, sus facultades, civilizarse, saberse presentar y conducir, vestirse, adornarse y hasta disfrazarse. Y todo esto es arte. Arte decorativo. El decoro moral es también una decoración. Y todo eso puede ser arte puro, arte bello, cuando en vez de realizarse con un fin inmediato, se expresa desinteresadamente, y en esos momentos en que la ilusión nos hace olvidar la necesidad de vivir.

Si todo esto decimos en general y en abstracto, ¿qué no diremos de Sevilla, que hemos llamado *la ciudad de la gracia,* es decir, la ciudad estética y *extética* por excelencia?

El embellecimiento de Sevilla, como el de toda otra ciudad, se refiere tanto a su parte material—arquitectura—como al de su esfera moral—cultura—. Y si aquélla es a ésta como el cuerpo al alma, y si sabemos que al mismo fin, de la total salud, llegamos curando al cuerpo que cuidando del alma, con el mismo interés apreciaremos los planos y proyectos relativos al cuerpo de Sevilla—casas, calles, plazas, jardines, campiña, suelo y atmósfera—que los idearios y emocionarios que nos hablen del alma de Sevilla, de sus costumbres, de su arte, de su saber, etc.

Creemos conveniente, ya que Sevilla no ha tenido todavía su Ganivet—su «constructor espiritual»—dar un contenido y una forma sevillana a ese idearium de estética urbana, que se llama *Granada la Bella.* Este doctrinal de ciudadanía a lo Ruskin, la obra inmortal de ese escultor de almas, conquistador del Reino de Maya, infatigable creador de pueblos, que ha sido comparado con Saavedra Fajardo, por su doble cualidad de diplomático y pensador, y que tantos puntos de semejanza tuvo en su vida y en su muerte con Ma-

riano José de Larra, como si el destino hubiera querido abrir y cerrar el siglo XIX de España con estos dos espíritus gemelos.

LA ROMERÍA DEL ROCÍO

Nadie menos indicado que el romero para hablar de romerías. Todas las cosas las contempla como en peregrinaje, a guisa de peregrino. Y para mirar las romerías peregrinamente, habría que dejar de ir en ellas.

Por otra parte, hay momentos en que el alma viajera se siente cansada de su inútil deambular; lo vahanero no le envanece ya, y quisiera desvanecerlo... Comprende entonces que «quien anda muchas romerías, tarde o nunca se santifica»; y advierte que tal vez haya dejado incumplido el destino que, burla burlando, le trazara el donoso oráculo de una rueda de la fortuna que consultó cuando niño: «—¿Viajaré mucho?—Sí, darás muchas vueltas alrededor de tu cuarto.»

En la mente del romero se asocian por modo curioso el recuerdo de la espectante inquietud que le asaltaba y sobrecogía al empezar y al concluir los cursos de su carrera, con la nostalgia de la errátil inquietud que en él despertaban las romerías sevillanas del mes crepuscular del Rosario y del mes florido de María.

Era en los días de matrículas y de exámenes—, aquellos días en que entrábamos a comprar, en las librerías, libros de texto, y en los estancos, papel del Estado—cuando en los puestos de baratijas aparecían los pompones y banderitas de papeles multicolores, que habían de lucirse los domingos de octubre en la jira hacia Torrijos, y cuando paseaba por las calles de la ciudad, al son de la flauta y del tamboril, la becerra de la rifa del Rocío.

Romería en carros y en mulas, por la Cuesta de

Castilleja, en la que cada barrio tenía su lugar, era la romería del Aljarafe sevillano... Romería de carretas y bueyes, hacia la villa de Almonte, y en la que el barrio de Triana llevaba su Sin Pecado, era la romería de las marismas...

De aquella romería en honor del Santo Cristo de Torrijos, venerado en el santuario de los frailes del Loreto, apenas si queda un vago remedo... De la romería para festejar a la Virgen del Rocío, aún se conserva un vivo recuerdo...

«*Graces a Dieu et a la Sainte Vierge, les* Romerías *n'ont pas encore passé de mode... Notre Dame de la Rossé a gardé ses fidèles.*»

«*Le* Rocío *est un déssert dans le comte de Niebla... La rosée au désert, il y a dans ces deux mots toute une pastorale bliblique.*»

El recuerdo de la poética devoción que dió vida a esta romería evoca en el alma del romero, sin saber por qué, la visión poemática de Mireya, «la peregrina de amor», atravesando la Camarga arlesiana—que es, en el Ródano, como la Isla Mayor en el Guadalquivir... Islas del Guadalquivir, bocas del Ródano... Tierras ribereñas y costeras, de marjales y salinas; tierras pobladas por los hijos de una «razada solar».

En la soledad silenciosa de la sabana, salobre y soleada, los marjales de las Rocinas, donde un pastor descubrió, allá por el siglo XV, una imagen de la Virgen, finge en el espejismo de las marismas, el paisaje de las dunas que sirvió de fondo al cuadro de la aparición de las tres Marías a la «niña de Provenza», la granjerita de las Almezas de Crau.

«Bajo el fuego del sol de junio se dilata una llanura inmensa cubierta de juncos, tamariscos y salgados... Por las amargas praderas de las playas marinas, vagan errantes los toros negros y los blancos caballos, que aspiran gozosos la húmeda ventolina

del mar... A veces en la claridad lejana del horizonte se ve volar una gaviota...»

La tierra amarillenta y llana se pierde en el mar, que se adivina en lontananza; y el mar, en la bóveda esmaltada de los cielos... En el azul, giran las aves albas; y bajo el oro del sol, brillan cual montículos de nieve los conos de las salinas...

Es la sal el rocío del mar... El misterio de las eflorescencias y de las cristalizaciones—que inspiró a Stendhal su bella teoría del amor, del amor visionario, que era, para este intelecto de amor, todo el amor—puede simbolizar el ensueño amoroso de esta nuestra Andalucía. Mas lo que en el amor hay de gracia, de calor cordial, de sentido entrañable, sólo puede significarse con el sabor agridulce de la sal que sazona la vida... Al beso del sol, el rocío del mar cristaliza, tórnase eflorescente...

La Romería del Rocío diríase que es la romería de la sal.

Y la sal de esta «razada solar» de la Andalucía Baja, es la que da un peculiar sabor a la peregrina devoción primaveral que mueve a los pueblos de una y otra ribera del Guadalquivir y de las marismas de Cádiz y de Huelva, a formar hermandades, e ir en romería a través de las campiñas, para aguardar en medio de las praderas saladas, durante las claras noches de Mayo y de Junio, el rocío del amor para las almas... Rocío para el alma, en el desierto de la vida, es el amor de la Rosa Mística, el amor de Nuestra Señora la Virgen María.

¡Qué hondo sentido del misterio, qué secreto instinto de la belleza mística debe tener el pueblo que invoca a la Virgen de los Remedios, milagrosamente aparecida en las Rocinas, con la poética advocación de Nuestra Señora del Rocío!

...Y cuando promedia la primavera, y se acerca la Pentecostés, es de ver por los campos recién bendeci-

dos, cómo las carretas, todas vestidas de blanco, y enguirnaldadas de flores, de cintas de seda, de verde follaje, avanzan lentamente, en un completo olvido de los tiempos, al compás del tardo paso boyeral y al son de la flauta y del tamboril, ya oído en las calles de la ciudad...

En el real del Rocío
vamos entrando
cogiendo flores
y haciendo ramos.

Durante unos días, en torno del Santuario de la Virgen y del pozo milagroso, en medio de una naturaleza agreste, se alza el férico encanto de una feria, el bucólico ensueño de una pastoral... de una pastoral pastoril como las de Cervantes y Teniers, de una pastoral pastorela como las de Garcilaso y Watteau, y acaso también de una pastoral como la de la sinfonía de Beethoven.

Luego, la sabana salada y salobre torna a su silenciosa soledad...

La Virgen del Rocío
se queda sola,
siendo de las marismas
reina y pastora.

Addenda.

Este cuadro de luz, de intenso color andaluz, ha sido llevado al arte repetidas veces por literatos o pintores enamorados de los cuadros de costumbres populares.

Recientemente, un sabio artista sevillano, Joaquín Turina—cumplida esperanza de la música andaluza—ha estilizado los motivos mélicos y descriptivos de la *Procesión del Rocío*.

A ORILLAS DEL PASEO

Comentando aquella inolvidable frase del espiritual Alfredo Murga—«los coches del paseo parecen que van al entierro del sol»—alguien, acaso este mismo divagador, dijo: el paseo de coches será, dentro de poco, algo muy típico en Sevilla...

Hoy ya no es algo característico, es sintomático... Sintomático ¿de qué?

Notemos que Sevilla está en un momento crítico...

No nos desesperemos. No nos lamentemos en vano. Cualquier tiempo... futuro puede ser mejor que el pasado. Confiemos. Confiemos en la gracia inagotable del alma inmortal de nuestra Sevilla.

Ni lo castizo es lo que por añejo se rancia, y no podemos saborear los de hogaño; ni lo clásico es lo que por acabado envejece y se extingue. Nada de lo que para vivir ha de cristalizar—y para cristalizar, morir—puede servir de modelo, de tipo.

Lo típico es lo original. Lo típico es lo propio de la vida. Lo que no tiene vida, lo que no tiene alma, lo que no se vive con el alma, no puede ser original ni típico.

Y dejamos de ser típicos, originales, cuando no somos espontáneos y sinceros, cuando no somos nuestros, cuando no somos nosotros mismos; y dejamos de ser lo que somos cuando, por *snobismo,* imitamos las modas y los modos extraños, como cuando, por arcaísmo, intentamos galvanizar o reproducir, en frío, aquellas formas y maneras nuestras, que dejaron de serlas porque ya no nos servían, porque ya se murieron para nosotros, porque ya no respondían a una necesidad realmente sentida ni representaban el ideal de nuestros deseos.

¿Qué nos importa el pasear a pie o en coche, si sabemos ser propios, personales?

Lo único malo que puede pasarnos... es que perdamos nuestra personalidad. No seamos nunca miméticos, rutinarios; no permanezcamos jamás indistintos, indiferentes; y viviremos...

¿Qué nos importa ir a pie o en coche si podemos mirar al cielo, a este cielo nuestro, en donde tanto luce nuestro sol?

...Y tal vez por mejor mirar al cielo—a este cielo que Dios hizo tan celeste—y tal vez por no pisar el suelo—este suelo que los hombres hemos solado tan mal—las mujeres sevillanas no hayan tenido más remedio que pasar entre cielo y tierra,... y pasear como adormecidas,... adormecidas en esa dejadez elegante con que la sedante vectación mece la morbidez de sus encantos.

¿Qué nos importa ir a pie o en coche...?

Nunca voy en coche, y sin embargo... comprendo por qué van en coche las sevillanas.

Es que los sevillanos hemos perdido, en gran parte, nuestra tradicional galantería.

La mujer no puede andar sola y a pie por Sevilla.

...Las plumas de los chambergos, al saludar a las damas, no barren el suelo... Las capas españolas no alfombran ya las calles cuando pasa la mujer.

...Ya no son flores los piropos; aquellos requiebros rebosantes de gracia y de hidalguía, modelos de buen decir y de hondo querer, que rebosaba el embozo de la capa, porque no se supiera si los decían los labios o los rimaba el corazón.

La culpa del paseo de coches... la tiene la calle de *Sierpes*. Cada coche que circula es una *borrachería* que se abre...

Y así vamos los hombres y las mujeres por Sevilla: como el Luis aquel y la Luisa aquella de la dolora campoamoriana.

Ellas en coche, soñando, recordando.... esperando tal vez...

Nosotros... Nosotros, los que no vamos en coche, pidiendo a los cielos que la tierra sea como ellos de pura y limpia, de lisa y llana, sin fango ni adoquines humanos; para que por nuestras calles puedan pasear, pasar y posar, a pie y solas, nuestras mujeres— las mujeres sevillanas, que con el ritmo leve y grácil de su paso, más que andar parecen volitar, velivolar sobre la tierra.

En automóvil... Pasó... Cual una visión... fugaz y fugitiva... Cual mujer de Viena, o Virgen del Angélico... Sobre la blonda cabellera flotaba la mantilla de blonda... Gentilísima...

En aeroplano... «Cuándo será que pueda...»

De un invierno

(1910)

El romero ha suspendido su romería; el visionario, su visión... Ello ha sido por obra y gracia del amor...

La romería se ha tornado en pretensión cortesana, la visión se ha transformado en melodía... De aquella tríada del alma, sólo queda el divagar... a pesar del amor.

Ausente de la ciudad soñada y amada, de la ciudad donde Ella sueña y ama, él ha seguido divagando... en una loca imprevisión. Pero el divagar de ahora se ha desdoblado...

De una parte, la divagación que no lo es, porque es... correspondencia de amor.

De otra, la divagación que lo es porque sigue siendo un imaginario e imaginativo discurrir, una digresión del estudio, una divergencia del deber; y que no lo es ya en cuanto hay un cierto enlace entre los varios temas del discurso.

El recuerdo idealizado de aquella institución ciudadana y cultural, que fué el círculo de sus relaciones sociales y el centro de sus actividades intelectuales, fué lo que dió unidad a los artículos *De re ateneística* publicados en este invierno... como un paréntesis intelectual abierto en el divagar sentimental a través de la *Minerva Bœticæ,* de la Atenas Española.

MINERVALIA & PALADIÓN

(Al renovarse el curso)

Hace algún tiempo hablé de *Los Ateneos*. De lo que dije apenas si recuerdo lo que queda transcrito en otro lugar. De lo que en efecto quise decir conservo una idea muy vaga; mejor sería decir que no recuerdo nada.

Por si ahora—al hablar de algunas «cosas de los Ateneos»—apareciera inconsecuente, sea esto una disculpa. Disculpa la llamo y debiera llamarla razón. ¿Acaso el mudar del tiempo y la sinceridad del espíritu no nos dan derecho al libre uso de todas las paradojas, de todas las antítesis, de todas las contradicciones?

En aquel entonces, como más joven, consideraba yo que las cosas y la palabras que pasaron debían desaparecer. Hoy—observando que el querer del hombre puede muy poco en el hacer del mundo—comprendo que las instituciones y sus nombres sólo desaparecen cuando... desaparecen, sencillamente.

Era aquella mi época de intelectualismo agudo, de *aufklärung,* una de tantas épocas por que atraviesan cuantos no cristalizan, cuantos no se acartonan.

Tomaba muchas cosas en serio—la ciencia, el progreso, el arte, la libertad...—todas menos las que debía tomar para vivir. A todo ello le daba un valor absoluto, transcendental. Y es lo peor del caso que, a pesar de mi relativismo criticista, se lo sigo dando.

La cultura, y sus variados centros de formación y sus numerosos medios difusores, los libros sobre todo, fueron mi pasión, mi manía, mi culto.

Si, al presente, concedo menos importancia a las entidades y a los elementos culturales, no es por excepticismo o por pesimismo, no. Al contrario, un ma-

yor idealismo y un optimismo más generoso, más fecundo, son los que me han llevado a una más amplia visión.

El saber por el saber—como todas las finalidades sin fin—es un lema de las decadencias. Si pudiéramos vivir sin ciencia y sin arte, el saber y el trabajar serían perfectamente inútiles. Tienen una radicalísima, una capitalísima importancia, precisamente porque son de verdadera necesidad para la vida.

¿Creéis que si en otro mundo—planetario o ultrafísico—pudiéramos saber sin estudiar y vivir sin saber, habrían de tomarse los que hicieron las teogonías y los sistemas filosóficos la molestia de fundamentar el deber de trabajar?

¿Pensáis que si yo doy ahora menos valor a «los libros» y a «las conferencias» he de negárselos totalmente? Nada de eso. Es que observo y vislumbro nuevos medios sugeridores y propagadores del saber, no ya en su parte mecánica (fonógrafos, cinematógrafos...), sino también, y más especialmente, en su parte espiritual (la telepatía...)

Llegará un día, y muchas cosas anuncian que se acerca, en que nuestras almas se percibirán mutuamente sin el auxilio de los sentidos.

Los espíritus plenos de piedad, de ciencia o de poesía, ¿no han entendido siempre el lenguaje de los pájaros y de las flores, no han encontrado sentido al murmullo de los arroyos y de los bosques, y una misteriosa significación en el movimiento de los astros y en el brillar de las piedras?

¿No habéis oído alguna vez el eco de un mundo muy lejano del nuestro, donde las claridades de la luna, las tintas crepusculares, los ensueños y los amores forman una misma y maravillosa música, aquella música celestial y divina de que nos hablaba Swinburne?

El aire mismo—ha dicho Babbage—es una vasta biblioteca, en cuyas páginas está escrito para siempre

todo aquello que el hombre dice alguna vez, murmura o hace.

LAS CONFERENCIAS

La verdadera Universidad de nuestros tiempos es la Biblioteca.—*Carlyle.*

La conferencia pública es una interviú —la interviú de sí mismo—. El conferenciante plantea por sí mismo la cuestión, se interroga acerca de ella, y sobre ella da su parecer.—*A. Hallays.*

Es la palabra hablada, fugitiva, vibrátil y musical, más alada y más sincera—no por lo que diga, sino por la manera—, más suscitadora de ideas y más despertadora de emotividades que la palabra escrita. Fáltale a ésta el calor, el movimiento de aquélla; parece estable y fría como un monumento; y para reanimarse y revivir y continuar vibrando necesita el conjuro, el «¡habla!» buonarrotino de un alma exquisita que sepa sentir o pensar.

Tiene por eso lo escrito menos viveza, pero más vida que lo hablado; ejerce menos sugestión, pero deja más espacio para meditar y soñar, tanto al que escribe como al que lee.

Leyendo se sueña mejor que oyendo; puede uno distraerse, divagar, dejar correr, volar la fantasía. Los oyentes tienen que prestar mayor atención, porque «la palabra vuela...»

...Y, francamente, las conferencias nunca han sido de mi agrado. Tal vez sea el motivo muy poco científico, por demasiado personal, por muy egoísta. Yo no oigo muy bien... cuando no miro a quien habla. ¡Oh, y cuánto me hicieron sufrir y cómo me fastidiaron los apuntes de clase! Yo no sé hablar, y menos en público; y como no puedo, digo que no me gusta. Esto es muy humano...

Sería curioso, si lográramos sustraernos de la hip-

nosis ambiente, escuchar en silencio y mirar con quietud todo lo que pasa en una sala de conferencias; presenciar las maneras exteriores de una multitud y asistir a esa mutua correspondencia, a ese misterioso interrogatorio de las almas; ser espectador de espectadores y oyente de esas voces calladas que todos musitan. Si tal hiciéramos llegaríamos, según Lubbock, casi a poseer el anillo de la leyenda, que convertía en semidioses a los humanos.

No se necesitan las palabras para comunicarnos, ha dicho Emerson; basta una mirada, una sonrisa, un gesto.

Breves, espontáneas han de ser, pues, las palabras que expresen los comentarios y las inducciones, la glosa y la proposición, el ideario, en suma, de las conferencias...

Pero, ¿con qué brevedad?, ¿con qué espontaneidad? Porque ya comprenderéis que esto es muy relativo.

Claro que no depende únicamente de la duración el que una conferencia sea lata o no; pero siempre el tiempo es un factor esencial. Para evitar el cansancio de los oyentes, ¿por qué no emplear uno de ésos «medidores de la atención» usados en algunas escuelas norteamericanas, que, marcando el punto en que empieza la fatiga, permita dosificar el trabajo intelectual?

Es muy frecuente hablar de improvisación, de inspiración del momento. No creo que nada se haga de la nada. La inspiración o la improvisación me parecen como el florecer de una pre-elaboración más o menos inconsciente, y por lo menos de una cierta predisposición, no ya de contenido, sino de forma. «La inspiración es un epifenómeno», afirma Jean d'Udine.

Aparte esto, he observado que las conferencias, disertaciones, veladas, etc., tal como suelen celebrarse, están pasadas de moda y resultan perfectamente

inútiles; no tienen finalidad práctica, no cumplen la misión educadora que se les atribuyó.

A lo sumo, pueden considerarse como un toque de atención, como una nota o llamada para estudiar ciertas cuestiones, como un resumen o índice de lo hecho y un guía o programa de lo que se ha de investigar.

«El verdadero estudio, ha dicho el doctor Lacasse (y cito a éste como podría citar a mil y... a ninguno), debe hacerse en las bibliotecas, en los laboratorios; porque la lección objetiva, de *choses*, es y será siempre preferible a la lección recitada.»

El carácter de conversación interesante, de charla amena, de *causerie* llana, familiar e íntima, que hoy van teniendo las conferencias—y que deben tener, porque en algo se ha de conocer que estamos en tiempos de educacionismos y democracia—determina sus condiciones de brevedad y de espontaneidad.

Por su forma monologal, parece recordar el dogmatismo de los antiguos discursos y disertaciones en que uno solo era el que exponía; pero el monólogo, el soliloquio, es meramente aparencial y debido más bien a un acto de cortesía, de urbanidad—«escuchar sin interrumpir a quien desea hablarnos»—; en el fondo hay un diálogo, mejor un polílogo, en que el conferenciante y todos y cada uno del público van siguiendo el hilo de sus pensamientos, y entretejiéndolo con el de los demás en telepática y maravillosa urdimbre.

Es verdad que no todos siguen el mismo procedimiento en el estudio del punto objeto de la conferencia. Unos lo realizan antes de darla (y no es perogrullada); otros lo verifican después (y no es paradoja); otros siempre, y otros nunca. Eso va en gustos y en conciencias. Sin embargo, conviene no olvidar que tanto se peca por exceso como por defecto.

La preparación para hablar en público—progimnasma—es más estética que teorética, cuida más

del entrenamiento que de la documentación. La documentación excesiva es perjudicial, a veces. Encariñado el autor con los materiales reunidos, no siempre tiene abnegación bastante para velarlos con una humildad expositiva o para fundirlos con desinterés en la totalidad de la obra.

No por mucho acumular llegamos a ser ricos de doctrina, sino intensificando la labor, ahondando en nuestro espíritu, hasta llegar a la superficie antipodal, y coronar así la diagonal ideológica...

Escuchar bien es un arte tan difícil como hablar bien. Y generalmente el público que acude a una conferencia está poco preparado para conllevar el trabajo mental del conferenciante, cuando debía estar tanto o más que éste, sin otra diferencia que la de que las ideas confusas, dispersas, desordenadas de los oyentes se hallasen metodizadas, concretadas, aclaradas por el que las dice en alta voz.

De aquí, que no debe preocupar a nadie—y menos al conferenciante—el que concurran al Ateneo pocas o muchas personas para escuchar la conferencia. Nadie debe creerse obligado a asistir, ni ningún expositor desairado por encontrarse casi solo o solo del todo. Pretender otra cosa es vanidad, demasiada afición a lo teatral de las cosas.

El mero propósito continuado de dar una conferencia ya es por sí solo fecundo; y no digo nada si tal propósito se ha puesto en práctica, si se ha convertido en el hecho de estudiar un asunto. Además, así como para refrescarnos muchas veces nos ponemos a trabajar en una cosa distinta de la que queremos hacer, así basta variar de lugar—trasladarnos del gabinete de estudio o de la biblioteca al salón de sesiones—para que las ideas se oreen, se renueven y vivifiquen. De igual modo, enunciar en voz alta, recitar, declamar, es suficiente para que, por ese tangible desdoblamiento, podamos rectificar o ratificar lo que

allá en lo hondo de nuestra alma formulara nuestro pensamiento.

Aunque hubiese, pues, una sola persona, aunque no hubiese ninguna, si hemos hecho el esfuerzo, si hemos estudiado sincera y desinteresadamente, no nos debemos desanimar; porque hemos realizado un acto soberano: interrogarnos a nosotros mismos, hacer vibrar al Espíritu...

...Y no hay acción alguna del hombre que no sea el principio de una cadena tan larga en consecuencias, que ninguna previsión humana es bastante elevada para darnos una perspectiva de su fin.

LOS LIBROS

«Si fueres puro de corazón, cada criatura sería para ti un espejo de vida y un libro de santa doctrina».—*Kempis.*

«Los libros contienen en sí una descendencia viviente tan activa como el alma de la cual descienden».—*Milton.*

Lector, si estás en vena de ironía, no leas lo que sigue.

Es algo sentimental y está dicho sinceramente.

Debí, por ello, rebozarlo con un leve humorismo; darle, al menos, la fría objetividad de un pensamiento, la subsidiaria garantía de una cita. Y no pude, ni quise.

Desde muy niño he penetrado en las bibliotecas con el mismo respeto que en un templo del Señor. Y, recordando el consejo de Lamb, al comenzar mis lecturas, como al sentarme a la mesa, he dado gracias a Dios.

Ante un libro para mí nuevo—con los broches cerrados, si antiguo; con las hojas sin abrir, si moderno—he sentido la honda, la religiosa emoción que en presencia de un santo misterio.

En el libro, ya hojeado, he buscado y he encontrado siempre: «al buen amigo que no importuna, que no cansa, que no traiciona nunca; al maestro venerable que enseña sin palmetas y sin palabras duras, sin ocultar nada de lo que sabe y sin burlarse de lo mucho que ignora, que es al mismo tiempo sacerdote y médico»; a la mujer encantadora, de gracia plena, femenina de toda feminidad, la muy amada de todos los pudores y de todas las ternuras y todos los amores, que nos alienta y nos conforta con promesas de novia y descansos de esposa y consuelos de madre, y que, para entretenernos y endulzarnos la vida, sabe mostrarse también diabólica, insaciable y fácil.

Sobre el frontón de una biblioteca—la de Osimandías—se leían estas sencillas, sublimes palabras: «Remedios del alma.» Es que los libros son a la humanidad lo que la memoria y la fantasía a los individuos; lo que el recuerdo y la esperanza. Y nada hay tan consolador como el convencimiento de que el dolor es fatal e irremediable—«tenía que suceder»—; y nada reanima tanto como el «sin embargo, nos movemos» que acalla nuestros excepticismos y pesimismos, nuestros nihilismos.

¿Hay una lección y un modelo y un ejemplo de más palmaria tolerancia, de más viviente solidaridad que una biblioteca? Bajo un mismo techo las generaciones se abrazan, los pueblos confraternizan, cesan rivalidades y se acallan antagonismos y prejuicios. En el ambiente parece flotar un espíritu de armonía—el de las serenas regiones de las ideas puras.

Notad que no es la paz de los sepulcros la que allí reina; y si alguna impera, no es la del lado de acá, sino la del lado de allá, del más allá...

Son los libros cosas vivas... Bajo su corteza *(lepos),* conservan una savia inagotable, que fluye perenne de un mundo inmortal.

Aquella frase «los grandes escritores no perecen»,

ha dejado de ser, como otras muchas, una mera expresión retórica, merced a la ciencia moderna, que ha hecho realidad de su literatura, que ha convertido su poesía en una verdad. «No ha muerto aquel cuya alma eleva consigo a tu alma, porque vivir eternamente en los corazones no es morir.»

Cuando he oído aquello de «los libros no enseñan, donde se aprende es en la vida», no he podido menos de recordar aquellas sabias palabras del maestro Ascham: «Más enseña el estudio en un año que la experiencia en veinte; la sabiduría que con ésta se compra cuesta muy cara y a la postre no sirve de nada.»

¡Menguada sabiduría la del que aprende a fuerza de fracasos! Aviados estaríamos si para saber algo tenemos que llegar a viejos. Aparte de que llegamos a viejos y no sabemos nada o se nos olvidó cuanto aprendimos. Y es muy posible que en vez de instruirnos, la vida destruya lo poco bueno que teníamos al comenzarla.

¿Qué dices tú, mi querido señor don Quijote—que leyendo en los libros pasaste los días y las noches—; y tú, Príncipe Azul, mi buen amigo—que todo lo aprendiste en ellos—, qué dices de esto?

¿Es indispensable padecer para saber, ya que, según Salomón y según Schopenhauer, «quien dice ciencia, dice dolor»? Pues sea, si así lo queréis. Pero tened entendido que también los libros cuestan sudores y lágrimas. Al frente de uno he leído: «Al escribir mi libro me he sentido desangrar en tinta.»

Y si algunos libros no os conmueven, es que no podéis sentir ni con ellos, ni fuera de ellos: es que sois insensibles.

Podrá suceder—dada la inagotable, la infinita variedad de las cosas—que, así como en algunos hombres predominan las sensaciones visuales y en

otros las auditivas, así como éste es observador y aquél intuitivo y el de más allá reflexivo, así como unos llegan al conocimiento—o el conocimiento viene a ellos—por emotividades y otros aprenden por conceptos y raciocinios,... así unos verán mejor la vida directamente en los seres y en los aconteceres y otros «a través de su temperamento»; aquéllos necesitarán de los libros para explicarse la existencia, para reflexionar, y éstos acudirán a lo vivido para glosar sus lecturas, para desenvolverse... Pero ni unos ni otros deberán considerarse como los exclusivos, los infalibles posesores de la verdad.

¿Suponéis, por ventura, que los libros nos apartan de la realidad, que la deforman? ¡Bah! Tonterías... ¿No será, por el contrario, la realidad la que se aparta de ellos, la que deforma las ideas que ellos perennizan? ¿No son las ideas—los arquetipos del mundo (Platón)—más reales que la misma realidad—la sombra, lo impuro de la idea (Hegel)?—¿No deberían ser, pues, los libros—sus tabernáculos—los que rigieran el mundo (Voltaire)?

«En la vida, en los libros...» ¡Frase más estúpida!... Nunca he acertado a comprender esa distinción caprichosa y vulgar; nunca he podido imaginarme la oposición o el paralelismo de entrambos términos.

¿Creéis, acaso, que en los libros no hay vida—y vida intensa, complejísima a veces, y en ocasiones excelsa?

Son los libros cosas vivas... Recogen en sus páginas la sangre preciosa y vital de un genio o de un ingenio, y la preservan para una vida que superará a su vida.

Son los libros palpitaciones de la realidad...Y porque lo son, nos dan la llave de los palacios encantados del ensueño. Nos hacen salir de nosotros mismos y de nuestras miserias, nos convierten en conciudadanos de todos los pueblos y contemporáneos de todos

los siglos, nos transportan a las más bellas regiones del mundo sin fatiga, sin hastío y sin gastos.

Son los libros cosas vivas... Tan vivas, que por su propia superabundancia y excelencia vital, por hacernos vivir una doble, una múltiple vida, vida quizás infinita..., es acaso, por lo que a veces los que mucho leyeron no acertaron a vivir esta pobre y triste vida terrenal...

Yo sé de un amigo que, cuando le reprendían sus padres o maestros, cuando tenía un disgusto o una desilusión, se iba a un rincón de su casa y se ponía a leer, a leer mucho, a leer tanto, que llegaba a perder la noción del tiempo y del espacio. Una vez le dieron *calabazas* y tomó tal borrachera de libros... que aún le duran los vapores.

Lector, que tuviste humor y paciencia para leer lo que antecede, te debo una aclaración.

Si yo supiera que hay muchas personas que—como yo, como tú tal vez...—padecen empacho de libros y hartura de ensueños, yo hubiera expuesto lo dicho de otra manera.

Mas—qué quieres—en un país como éste, cuando se habla de los libros, tiene uno la obligación de hacer su elogio.

LAS LECTURAS

«No he hecho yo el libro, es el libro el que me ha hecho a mí.»—*Montaigne*.

«Cuando al chocar un cerebro con un libro suena a hueco, debemos suponer que, en muchos casos, la vacuidad es de aquél y no de éste.»—*Schopenhauer*.

Suele acontecer que nuestras impresiones, antes y después de hacerse claras y precisas, determinen y formen en el mundo de nuestras representaciones ondas concéntricas, como piedrecillas en lago.

Otra fórmula y otra metáfora donde traducirse encuentra también esta inagotabilidad de las ideas: la fórmula de las incidencias y de las divagaciones, la metáfora del pulular de los retoños.

Y asimismo un motivo, si menos filosófico, más práctico y más sincero: el no poder escribir cuanto pensamos, ni publicar cuanto escribimos.

Quiero decir lisa y llanamente con esto que, al tratar de «las conferencias» y de «los libros», surgió en mi mente, como desenvolvimiento lógico y *pendant* eurítmico, el propósito de hablaros de «las conversaciones» y «las lecturas.»

Comenzaré por éstas, ya que de aquéllas no trataremos por ahora.

En esa telepatía de las almas, la lectura es el complemento natural de lo escrito (ved, pues, cómo son distintos el orden del educir y el del devenir), y, al mismo tiempo, la apoyatura de lo por escribir.

Si ningún autor, por original y señero que sea, puede evitar la colaboración—imitando, coincidiendo... aun inconscientemente—¿cómo puede prescindir del público, no ya del de su propio desdoblamiento, sino del de una verdadera alteridad de contempladores, de oyentes, de lectores?

Nadie hace los libros que quiere *(on n'est pas le maitre de son œuvre)*. Hay una fatalidad—como ha dicho no recuerdo quién—que nos inspira la idea de un libro: y hay una fuerza desconocida, una voluntad superior, una especie de necesidad de escribir que impone la obra y guía la pluma.

Esa fatalidad, esa fuerza se revela tanto en el «mandato de los muertos»—o, mejor, ofrenda, porque de imperativo sólo tiene la necesidad ineludible de ser aceptado—como en las exigencias y convenciones de los vivos o de los que han de vivir.

Esta doble intervención de la humanidad—como

autor y público, como generador y espectador—en la obra de sus individuos, ha sido muy poco reconocida, y en cambio, y lo que es peor, muy aprovechada. No se ha estudiado científica y desinteresadamente; pero ha sido bastante explotada.

Así, su intervención *a priori* se ha considerado de una manera poética, romancesca, literaria, en una palabra, o de un modo negativo, lo cual no impedía afirmar «fulano es un plagiario...»; y la *a posteriori* se ha visto en la forma fragmentaria de una multitud—públicos, críticos,—o en la mística (y mítica) de la historia—posteridad, fama.

Semejante desconocimiento teórico se ha traducido, como siempre, en una práctica defectuosa, abusiva, errónea. ¿Quién no ha oído hablar de «los trabajos de atriles», quién no ha visto aplicar los versos de Lope sobre «el vulgo necio»?

Cuando seamos más altruístas y más humildes seremos más propios y más originales; cuando estudiemos mejor lo colectivo y busquemos menos al público lo encontraremos más pronto y más próximo a nosotros, porque entonces seremos más humanos.

Perdonad estas digresiones. Iba a marcar la distinción entre el público de lectores y el de oyentes y contempladores; iba a examinar a los lectores reunidos en el local de una biblioteca pública y dispersos en sus hogares... y la loca de la casa se me fué...

No basta poder leer—porque haya libros y porque se haya aprendido a deletrearlos—. Hace falta saber leer; leer no la letra, que mata, sino el espíritu, que vivifica. Hacer resonar las voces calladas de la escritura, como la aguja del fonógrafo hace revibrar los sonidos impresionados en el disco.

Los bibliotecarios, los libreros, todos los que han de servir libros al público, ¿se han dado cuenta de la noble, de la altísima misión social que desempeñan?

Precisamente porque no la han cumplido—si es

que se han llegado a enterar—se han fundado algunas instituciones, como la «Unión nacional para la lectura a domicilio», en Inglaterra, que se proponen con sus cursos de lectura hacer que ésta fuese ordenada, sistemática, selecta y provechosa, útil para la vida y la teoría.

La elección de los libros, como la de los amigos, como la de los maestros, como la de nuestra compañera, es un deber importante, capitalísimo en nuestra existencia. Somos tan responsables de lo que leemos como de lo que hacemos.

Leyendo una sola clase de libros limitamos nuestro horizonte mental. Leyendo, en cambio, sin orden ni concierto, cuanto cae en nuestras manos, llegamos a ese estado de incoherencia, de vagueación, característico de los sonámbulos, de los que viven en perpetua dormivela.

Claro que convendría saberlo todo, hasta lo malo, probar del árbol de la ciencia del bien y del mal, para prevenirlo todo, para estar advertidos de los riesgos y tentaciones de la vida; si no fuera que, como dice Lubbock, todo lo que con el mal nos familiariza ya es un mal.

Verdad es que en los libros malos—como en todas las cosas que así se adjetivan—hay algo de bueno. Pero frente a la vida no es este el modo de plantear la cuestión. Y no por otra razón que por la falta de tiempo, y de su equivalente, según el proverbio inglés. Somos muy relativos para adoptar posiciones o soluciones absolutas. Sólo los místicos y los filósofos se atreven a tanto; y ya sabéis que a los filósofos y a los místicos les va muy mal en la vida.

En este sentido hay libros que nada valen; leerlos sería perder el tiempo.

Los libros de fácil y amena lectura son útiles, como el azúcar, que forma una parte de nuestra alimentación; pero no podemos vivir sólo de eso. Necesitamos también libros que remuevan, que agiten y

conforten nuestra alma, que a veces la hagan sufrir; pues, en ese cambio, en esa lucha están el ritmo y el vigor de la vida.

Por esa ley de los contrarios, nunca me he sentido más místico y más optimista que leyendo a Voltaire y a Schopenhauer, ni nunca he sido más excéptico que cuando leía algunos de esos libros religiosos de títulos tan metafóricos como ramplones.

«Hay libros en abundancia, por fortuna, que es imposible leerlos sin sentirse mejor.» Son esos libros que tienen un vivo calor de humanidad, más alma que la misma palabra hablada; porque nosotros acabamos más nuestros pensamientos para escribirlos que para decirlos.

Y así como se ha hecho el elogio del hombre diciendo «habla como un libro», el del libro se ha podido hacer de este modo: «habla como un hombre», como el hombre que se encontró Pascal cuando creyó tropezar con un escritor; como el hombre que, según Nietzsche, debía avergonzarse de ser un literato.

Saber leer, no es todo; que la ciencia vana hincha. Es menester, además, querer leer, leer con fruto; tener esa buena voluntad que tanto predicara Jesucristo.

Si un libro no nos interesa, no siempre tiene la culpa el libro. Unas veces, porque estamos poco preparados para penetrar en el mundo que nos descubre; otras, porque no estamos dispuestos para comunicarnos con otras almas y renovar así la curva ideal de su telepatía. No queremos escuchar ni responder; permanecemos sordos y mudos en esa conversación con los grandes espíritus, a la cual comparaba Descartes la lectura de los buenos libros.

Ler pasivamente no es leer. Cuando leemos de esta manera piensa otro por nosotros, nos limitamos a repetir su proceso mental. Para Juan Pablo esta

pérdida de libertad por el influjo de ajenos pensamientos era análoga a la pérdida de elasticidad de un muelle por la presión continuada de un cuerpo extraño.

Por esta razón ha podido pensar Unamuno que la erudición ayuda a la pereza; y tiene la ventaja de disfrazarla y de justificarla. Por esta razón ha dicho Ixart: la lectura es ocio con dignidad; y este ocio parece trabajo o preparación para el trabajo.

Yo podría añadir que la lectura es, en muchos casos, una manera de miedo a la vida. Para no verla cara a cara, para no afrontar sus miserias, nos entregamos a la lectura, como al tabaco, al opio, a la morfina: en solicitud de una escapada al ensueño...

De primavera a otoño

(1911)

Cesó el ensueño del amor... Quiere decirse que la vida fué truncada... y el alma desgarrada.

La vida quedó dividida en dos edades. Antes y después... de Ella. Antes y después que Ella dejara de ser alma y vida de la vida del alma—alma de mi alma y vida de mi vida.

El alma volvió a desdoblarse y ya no más volvió a vivir su vida. Por un lado, fueron las razones; y los amores, por otro; y las obras por ninguno. La voluntad permaneció inactiva; y la mente se perdió en el laberinto de las sensaciones...

¿Y de la ciudad del ensueño, de la ciudad del amor, de la ciudad por Ella amada y soñada para Ella?

Si no hubiera sido por el homenaje rendido al Poeta—cuya memoria se festejaba entonces en Sevilla—se creería que vivía más, que ausente, olvidado de ella...

LA RIMA ETERNA

«Si no se viera más que lo que se mira...»

...No habría poesía... Ni ensueño, ni amor... Ni arte, ni vida...

...Ni vida. Sí. Porque la vida ¿qué es sin la ilusión?

Sin seres ilusionados—¡oh Ensoñadora mía!—no habría primaveras en el mundo, ni misterios para el hombre, ni recuerdos ni esperanzas, ni una mujer hermosa a quien amar...

...Ni una mujer hermosa a quien amar. Sí. Porque el ensueño ¿qué es sin la emoción?

Sin la divina inquietud de la emoción—¡oh, tú mi eterna rimadora!—no habría en la tierra peregrinos y artistas, visionarios y locos,... parejas de novios y parejas que de novios parecen,... amadores románticos de un rayo de luna, enamoradas fieles que saben esperar porque recuerdan y saben guardar porque aguardan, devotos místicos del misterioso paso de una mariposa, amorosas amadas que despiertan florecidas de luz, de sol, de perfumes, de armonías, al beso primaveral de una promesa.

Sin fe y sin amor, sin poesía, se anublaría, se apagaría el resplandor celestial de la belleza—la sonrisa con que Dios iluminó el mundo cuando vió que era bueno—; la vida carecería de sentido y perdería la razón de ser vivida, el universo tornaría al caos, sin fuerzas ya para morirse en el nirvana primitivo de la nada.

Y sin poetas,... ¿y sin poetas?... ¡y sin poetas!... ¡no habrá poesía!

Perdón, Gustavo Adolfo. Perdón por esto que digo. Pero es verdad.

Tú dijiste aquello de

> ...podrá no haber poetas: pero siempre
> habrá poesía,

porque eras un poeta, y un poeta todo corazón, todo alma, un poeta con toda el alma, poeta con toda tu alma.

Eras generoso, abnegado. desinteresado, bueno. Te olvidaste de ti mismo, y te diste por entero a to-

dos, y para siempre. He aquí tu inmortalidad. Eras poeta y lo eres y lo serás. Ser poeta es ser para siempre.

Viste en la naturaleza lo que en tu espíritu llevabas.—Visión de poeta fué la tuya, y viste poesía.

Amaste el ensueño que tú mismo forjaras y proyectaras.—Amor de poeta fué el tuyo, y amaste poesía.

Evocaste con palabras rimadas el ritmo interior de tu vida.—Vocación de poeta fué la tuya. y evocaste poesía.

Y la invocaste con aquellas inspiradas palabras, palabras definitivas y definidoras, que tienen la sublime, prodigiosa sencillez de lo genial, y el aroma delicado de una flor de galantería, palabras que son voz del alma, y que sólo un alma como la tuya, luminosa y creadora, pudo pronunciar.

Y al invocarla, al darle nombre, surgió personificada en la más hermosa personificación que soñara la mente humana; y así quedó para siempre cifrado el símbolo de su indecifrable esencia.

Le dijiste a la Amada que era Poesía, a *Ella* le llamaste: *Tú*...—¡Oh Tú, que eres poesía, porque poesía eres Tú!

Sí, Gustavo Adolfo. En la tierra hay poesía porque Dios quiso enviarnos unos cuantos poetas como tú, poetas de corazón, poetas, y nada más que poetas.

¡Ah! y tal vez porque de músicos, poetas y locos todos tenemos un poco.

Gracias a los que son poetas, y a los que están en vena de serlos, la poesía ha sido creída y amada, artizada y vivida.

La vida del arte—vida de ensueño y de emoción—, y el arte de la vida—que consiste en «hacer de nuestra vida una obra de arte»—, han sido posibles merced a los que adivinan más que ven, y ven más que miran, y a esos momentos en que salimos de nosotros mismos y parecemos idos... idos de este mundo

de las apariencias, de esta cárcel de sombras, de este baile de vanos fantasmas, de este País de Maya, que nos aprisiona y nos conturba, que vela y oscurece esa región misteriosa, que llamamos ilusoria, y es sin embargo la única verdadera verdad.

¿Hablar como todo el mundo habla; hacer lo que todo el mundo hace? ¿Para qué revelar lo que es corpóreo, lo que es tangible; para qué realizar lo que no es un sueño, ni un imposible?

Porque hay quien habla de diversa manera que los demás, y al hablar vierte en música su alma; porque hay quien hace cosas tan sentidas que parecen sin sentido, y tiene su hacer la inocente, la graciosa inutilidad de los juegos y de las flores... los hombres se entienden y descansan.

En esos instantes en que nos olvidamos de nosotros y de vivir, y dejamos de pensar con el entendimiento y de querer con la voluntad, y riman entre sí nuestra razón y nuestro corazón, es cuando los sueños se convierten en carne de nuestra carne, y nuestras manos rodean y plasman lo intangible, lo impalpable...

Y porque a veces la gente nos moteja de locos, hemos podido ser cuerdos los humanos; recordar lo que somos y debemos, acordarnos los unos de los otros, acordarnos con todos y con nosotros mismos, concordar nuestras vidas y nuestras ideas...; ya que la concordia, como se ha dicho, no es una mera expresión de técnica musical, sino una bellísima metáfora que deriva su íntimo y original significado de la consonancia, de la armonía de los corazones.

...Porque ha habido poetas, hay poesía...

...Poesía creída y amada, artizada y vivida, revelada y realizada, en la pura idealidad de una Rima, de una Comedia, de un Monumento.

LA PROSA DEL POETA

...Es su poesía no rimada...

¿Qué otra cosa puede serlo en un poeta, que no dejó de serlo nunca, ni por ningún motivo?

Poesía no rimada fué su vida...

Poesía no rimada son sus leyendas, sus artículos y sus cartas.

Fantasía que no halló su imagen... Corazón que no encontró su amor... Tal fué su vida.

Soñó mucho, amó más... Soñó el amor y amó los sueños... Olvidando que la tierra no es el cielo de las almas, que la vida es un puro sacrificio... Hay que sacrificar mucho en la vida, si queremos que los consonantes de nuestras estrofas no sean ripiosos...

Siempre niño—porque fuíste poeta—siempre tuvieron lágrimas tus ojos... Siempre poeta—porque fuíste bueno—hasta tu nombre, que es como un sollozo, nos hace olvidar la prosa del hombre.

¡Pobre Gustavo Adolfo, cuánto debió sufrir hasta inmortalizar su nombre, su obra, su alma: hasta transmutar en poesía toda la prosa de su vida!

De la prosa de su arte quise hablar. Mas la prosa de mi vida hizo que mis ideas quedaran consignadas aquí, «como la estela nebulosa que señala el paso de un desconocido cometa, como los átomos dispersos de un mundo en embrión que aventa por el aire la muerte, antes que su creador haya podido pronunciar el *fiat lux* que separa la claridad de las sombras...» Y como aquellos dibujos del poeta, que le servían de notas y de claves para ir desenvolviendo la melodía de sus obras, así estampo aquí las siguientes inarticuladas palabras. Y como las glosas de algo inédito

y que no se escribirá ya, como el índice de lo que pensaba,... de lo que deseaba,... de lo que sentía decir... puede servir este...

Esquema de sus obras en prosa

Epica: *Leyendas.* (Tradiciones, narraciones, cuentos.)—El romanticismo: índico (Schopenhauer...); medioeval (Schlegel...)—El misterio: de Ella, de la Muerte.

La Creación, poema indio. (El juguete: la gracia del Dios). *El caudillo de las manos rojas,* tradición india. (La justicia: el Karma).—*Creed en Dios,* Cantiga provenzal. (Provenza: irreligión).—*La Cruz del Diablo.* (Edad Media: Condado de Urgel). *El Monte de las Animas.* (Id.: Soria, el Moncayo; Beatriz y Alonso). *La Cueva de la Mora,* (Id.: Fitero, el Moncayo; olvido de la patria). *La Corza blanca.* (Id.: Soria, el Duero, Constanza,—*la Azucena,*—Garcés). *Los ojos verdes.* (Id.: el Moncayo; Fernando, *Ella.*) *El rayo de luna.* (Id.: el Moncayo; Manrique, *Ella*). *El Gnomo.* (Fuentes del Moncayo, Fitero, Marta y Magdalena). *El Mlserere.* (El Moncayo, Fitero, el Peregrino).—*El Cristo de la Calavera.* (Edad Moderna: Toledo; Doña Inés; Don Alfonso y Don Lope.) *La Rosa de Pasión.* (Id.: Toledo; el Niño Crucificado; Sara). *La ajorca de oro.* (Toledo: Ella, María Antúnez; El, Pedro Alonso de Orellana). *El beso.* (Edad Moderna: Toledo; invasión francesa; «hasta las tumbas se abrieron»).—*La Promesa.* (Edad Media: Andalucía; Margarita). *Maese Pérez, el organista.* (Edad Moderna: Sevilla; el espíritu del Artista). *La Venta de los gatos.* (Edad contemporánea: Sevilla; el cuerpo y el alma).

—*Fantasías.*

Tres fechas. (Edad contemporánea: Toledo; El Poeta y *Ella*). *La mujer de piedra,* fragmento (Id.: ¿Toledo? El Poeta y *Ella*).

—*Cuentos.*

El aderezo de esmeraldas. (Edad contemporánea: Madrid; Lo que pudo ser y no fué). *¡Es raro!* (Id.: Madrid; Lo que es verdad y no lo parece).

DIDASCÁLICA: *Artículos.* (Divagaciones, comentarios, ilustraciones, estudios).

Las hojas secas. (El florecer de los días). *Las perlas.* (El poder de la ilusión). *La pereza.* (El ocio griego). *El Carnaval. La noche de difuntos. Las dos olas. Los dos compadres.—La arquitectura árabe en Toledo. Recuerdos de un viaje artístico. (La Basílica de Santa Leocadia). Roncesvalles. El Castillo Real de Olite.—Prólogo para la colección de cantares de don Augusto Ferrán: La Soledad.*

EPISTOLARIO. *Desde mi celda. Cartas literarias.* (I a IX). *Cartas literarias a una mujer.* (I a IV).

. . . .

Perdón, lectores, por esto que he hecho, mejor, por esto que no he hecho.

Perdón, *Ensoñadora*, porqne desencanté con mi prosa el *sueño* de tu poema.

Perdón, Gustavo Adolfo...

EL TRÉBOL DE LA NOCHE DE SAN JUAN

In principio erat verbum pœtæ

...El verbo, la palabra interior del poeta, la palabra luminosa y musical; palabra sabia y viva, que es a un tiempo idea y acción; idea en la imagen, acción en la oración, alma de la poesía. La palabra, que el poeta quiso expresar con palabras que fuesen «suspiros y risas, colores y notas.» Por ella fueron hechas todas sus obras; y nada de lo que por él fué hecho

se hizo sin ella. En ella estaba la vida de aquel mundo de seres que creó su fantasía; de aquel mundo de ideas que no pudo venir al mundo de las formas porque la palabra humana se ha hecho tan literaria, tan retórica, tan prosaica, que ya no puede servir de vaso al verbo divino de un poeta.

...Bécquer era—y es—un poeta. Y ha escrito esa Rima I, que deben leer cuantos no riman el espíritu sino el idioma. Y ha escrito esa introducción inmortal que es el doloroso Génesis de su arte sobrehumano. ...Bécquer ha dicho en verso lo que solamente el verso puede traducir. ...Bécquer no fué un versificador.

Mientras se limitó a contar lo que sabía, mientras se limitó a exponer lo que observaba—en cartas, leyendas, estudios y notas—le bastó el ritmo flexible, ondulante, discursivo de la prosa. Mas cuando quiso cantar lo que sentía, su alma por propio impulso vibró con ritmo musical.

Sempre coi carmi Poesia si sposa

Y fué en él tan natural el hablar en verso, que ya su misma alma, esencialmente lírica, era un puro verso. Las ideas, las imágenes, los deseos, las oraciones, le nacían hechos versos del alma. Vibraban rítmicamente, y en verso florecían.

«Su arte nada tenía de artificio, y era tan artístico que parecía natural.» El arte en él no era el *additus naturæ;* era su misma naturaleza, plenamente artística, pristinamente espiritual. Asi como su cuerpo era un pretexto para su espíritu—un descanso en su continuo derivar hacia el ensueño, un motivo para besar a la Amada, y sentir el frío de una hoja de acero en las entrañas—; así sus versos eran un pretexto para su poesía—una detención momentánea del sentimiento, una apoyatura hacia el ideal...

Sus Rimas no tienen fondo ni forma; todo en ellas

es ritmo. El ritmo musical es el ritmo afectivo.—El sentido del oído es el sentido de la emoción, como el sentido de la vista es el sentido de la ilusión. Y en el Poeta hasta sus visiones parecían evocadas por una misteriosa melodía. El latir del corazón es el ritmo del verso.—Un verso es un momento musical del corazón. ¡Y cuántas no serían las estrofas de este Poeta, que era todo corazón! Como un recuerdo de los latidos que pasaron, como una esperanza de los latidos que vendrán, surge en el rosario de los versos el gloria de las rimas.—Es la rima la simpatía de los latidos del corazón.

Y ¿qué es lo que puede cantarse con ritmo musical sino el sentimiento? Y ¿cuál es el sentimiento más sentido, el sentimiento que más se siente?

Un poeta sevillano me dijo el otro día, que el sentimiento por antonomasia es el que el pueblo llama así, cuando dice: ¡tengo un sentimiento! ¡tengo una pena!...

Es el dolor el sentir del sentimiento... ¿Y qué es el dolor sino un consonante del amor?

Esto fué lo que el Poeta cantó con el ritmo musical de sus versos... Bastó para ello que ella pasara por la vida de él...

Las Rimas de Bécquer—como él llamó a sus versos con un soberano rasgo de humildad—, al igual que las Sinfonías de Beethoven, no tienen nombre... Un número, y la nota tónica... Y, luego, el título que les dió la admiración: la «heroica», la «pastoral»... la «rima eterna.»

Las Rimas de Bécquer son como un Poema. El Poema de su vida. El Poema de sus Rimas es un Poema de amor y dolor.

He aquí el Poema del Poeta: *Del Arte* (Rimas I a VIII), *Del Amor* (IX a XXIX), *Del Dolor del Amor* (XXX a LV), *Del Dolor* (LVI a LXXII), *Del Misterio* (LXXIII a LXXV).

Et verbum caro factum est

El verbo inefable del Poeta elevóse a los cielos... «¡Bécquer! ¡Divino Bécquer! ¿En qué corazón de veinte años no se te ha levantado un altar?» Y sin embargo «este poeta, legítimo orgullo de Sevilla... no *tenía* en Sevilla un recuerdo digno de su gloria.»

Y Dios puso en la tierra dos hombres, que formaron una santa hermandad, y que tenían por nombre un nombre ilustre en las letras. Estos vinieron en testimonio; para dar testimonio de la luz, para que todos la admirasen. Y los enviados del Señor fueron anunciando la buena nueva, Y su voz no era la voz que clama en el desierto. Porque ellos se hacían oir y entender. Ellos eran artistas, y hablaban al corazón: e hicieron de su empeño una galana fiesta de arte y de amor. Ellos eran dramaturgos, y conmovían al pueblo desde el teatro.

Como estaban penetrados del espíritu del Poeta, gustaban de glosar sus poesías. Y estas glosas eran un portento de arte y de originalidad. Porque sus glosas no eran frías notas marginales, sino animadas personificaciones dramáticas, que se representaban en la escena. Y así habían interpresentado la Rima x, en una comedia divinamente humana, que tiene por título *El amor que pasa.* Y así habían comentado la Rima LVIII, en un bellísimo paso de comedia denominado *A la luz de la luna.*

Y un día tuvieron una idea inspiradísima: levantar al Poeta un monumento en su patria. Y, como enseña de su cruzada, ellos, que eran artistas de la dramaturgia, compusieron una delicadísima comedia de plácido ensueño y de honda poesía. Y para componerla escogieron como motivo no una Leyenda, porque esto sería algo impersonal, sino una Rima, que era lo idiomático del verbo del Poeta. Y fué la Rima IV, la que escogieron como tema. Y la bautizaron con

el nombre de *La Rima Eterna,* porque «en ella el Poeta supo evocar las eternas fuentes de poesía.»

Y esta bella enseña fué saludada con aplausos por todos los hombres de buena voluntad. ...Y su voz no era voz que se perdía en el desierto. Porque su voz resonó en toda España. Y halló eco en Sevilla. Y en Sevilla el verbo se hizo carne.

Et habitavit in nobis: et vidimus gloriam ejus

Y el verbo del Poeta habitó entre nosotros, y nosotros vimos la gloria de él, porque otro artista, en honor suyo, supo hacer etérea a la materia. Parecía como si todas las artes quisieran rendir homenaje a aquel hijo predilecto de las Musas, que tuvo el secreto y la magia del arte de todas las artes, de la poesía. Y este otro artista, que era escultor, tuvo el arte exquisito, el acierto genial de traducir con el mármol y el bronce lo más intangible, el espíritu alado, vagaroso, invisible y sutil del «amor que pasa.»

Y Sevilla despertó del letargo en que yacía por su ingratitud para con el Poeta. Sevilla habíase dormido sobre el laurel de sus antiguas glorias. Y la lámpara sagrada dejó de arder. Pero cuando pagó la deuda sacrosanta que tenía con el Poeta, Dios la perdonó. Y Sevilla renació como el ave fénix.—Y el laurel de la gloria reverdeció. Y la luz del ideal volvió a brillar. Y el verbo del Poeta resonó en todos los corazones.

«Mañana los sevillanos...»

EL EMBLEMA DE UN «EX LIBRIS»

Y mientras dejamos ir las almas al encanto,
en una dulce barca de ilusión y consuelo.
Juan Ramón Jiménez.

Estos versos resonaron en mi alma—al leer *La Rima Eterna* primero, al leer *La Flor de la Vida* después...—como el motivo lírico de una imagen, como el acorde sentimental con que una idea hace vibrar el arpa eólica de nuestro corazón.

En la portada de *La Rima Eterna,* en la portada de *La Flor de la Vida*... cual una cifra heráldica, se ostenta la gentilísima silueta de una nave bivelífera.

¡«Una dulce barca de ilusión y consuelo», signando en el libro la milagrosa y misteriosa hermandad de dos espíritus doblemente fraternales!

¡La nave velera que porta en sus entenas la elegancia triangular de las velas latinas, sirviendo de emblema a una obra hermosa de ensueño y de amor!

Ideas sin palabras,
palabras sin sentido,
cadencias que no tienen
ni ritmo ni compás...

...Surgieron en mi alma, al conjuro de ese gráfico símbolo, que a sus poemas y a sus dramas pusieron estos dos artistas sevillanos.

No sé si fué la simpatía o fué la fantasía el sésamo que abrió para mi espíritu la puerta sellada de la alegoría.

Pero fué tan clarividente la intuición que ya no quiso saber más... ¿Inquirir?—¿Y para qué?... Y me puse a divagar...

Y aunque no fuera verdad tanta belleza, yo siempre habría de creer que «ese cielo azul que todos vemos», era cielo y era azul... Porque «mientras deja-

mos ir las almas al encanto», siempre será cielo el cielo azul, y nunca puede dejar de ser azul el azul del cielo.

—«¿Y cómo pudiste ver tanto si dijiste la rima con los ojos fijos en el cielo?»

—«Pues es verdad: con los ojos en el cielo la dije. Pero lo vi, lo vi... Si no se viera más que lo que se mira...»

Por eso, por eso lo vi; porque tenía los ojos fijos en el cielo; porque miré con los ojos del alma; porque admiré con el alma en los ojos.

Si al sentir no sintiéramos con toda el alma, y al pensar no pensáramos que todo tiene un alma; si no pusiéramos alma en todo, y no nos diéramos con toda el alma... ¿queréis decirme para qué serviría la vida?

¿Podríamos comprender, si no, el emblema de un «ex libris»? ¿Habrían entonces escogido los Quintero como cifra de su vida «una dulce barca de ilusión y de consuelo?»

«Ilusión y consuelo»... He aquí la raíz y la savia, el fruto y la flor de la producción quinteriana.

¿Ilusión? ¿Y su base y su ambiente realista?

Pero ¿es la ilusión cosa distinta de la realidad? ¿No será la ilusión el deseo de una realidad más pura, más verdadera? Y cuando una obra es sinceramente, hondamente real ¿no es al propio tiempo, y por su misma esencia, más espiritualmente humana, más elevada, más altamente ideal?

Los hombres del Oriente llamaban *Maya*—ilusión—a las «apariencias» de las cosas; a esas apariencias que se dicen impuras y se juzgan prosaicas, porque carecen de la armonía y del resplandor del espíritu, porque emergen a la superficie como flor sin aroma, como vaso sin esencia, como cuerpo sin alma. Apariencias, que no son «formas», porque las formas sólo son tales cuando traducen al espíritu de modo tal, que no puede serlo de otra manera—de un modo de-

finitivo y clásico, de una manera perfecta y eterna, como esos versos «que, al igual de ciertas oraciones, hay que aprender cuando se oyen, y hay que decir cuando se saben.»

Si la ilusión fuera una mera apariencia, la ilusión sería lo más material. La ilusión para ser ilusión tiene que ser ideal.

Y es el ideal la única realidad verdadera. Y es el ideal la única deseada y amable realidad.

Detrás de las apariencias viven las ideas—vírgenes y puras—esperando que un milagro de amor las traiga al mundo de las formas bellas, por obra y gracia del arte.

El ensueño, el anhelo, de ese milagro de arte y de amor, eso es la ilusión. Milagro que ha de ser obrado por los artistas—los puros amadores de la imagen ideal, «los fieles caballeros de la Reina Ilusión.»

No es, pues, la ilusión un algo irreal. Es la misma realidad vivida por el espíritu en un momento de emoción. Y los artistas—los seres que de emociones viven—no perciben en la naturaleza nada que sea extraño a ella, ni le añaden nada que le sea ajeno: la perciben en toda su plenitud, y la viven en su mayor pureza.

Y como lo más doloroso de la vida es la «acción» —el drama—, estos dos artistas de la dramaturgia tuvieron el acierto y la gloria de proyectarla en la escena depurada de sus prosaicas y amargas apariencias; de diluirla en palabras—en las palabras ingeniosas de sus chistes, en las palabras líricas, sentimentales, de sus poemas—; de esfumarla en el ambiente—en el ambiente luminoso de Andalucía, en el poético ambiente de su patria soñada—; de encarnarla en los personajes—en los personajes que son seres humanos de la vida real, en los personajes que son tipos y son símbolos por la intensa vida que han vivido, y tienen, sin embargo, la suprema elegancia de no vivir ante el público...

¿Comprendéis ahora por qué el realismo quinteriano tiene tanto poder de evocación?

Han hecho teatro de la realidad, han llevado a la escena la soberana belleza de la vida que pasa, han prestado a sus comedias el humano interés de todo lo que realmente acontece y sucede en la vida... Y, sin embargo, la crítica ha podido decir que sus dramas son dramas sin acción... Y en esta aparente paradoja estriba precisamente, para mí, la nota culminante, la más original de su teatro, la que le hace ser un teatro sin efectismos. Por ello su teatro, de base y de ambiente realista, es un teatro de ensueño. Este ha sido el triunfo de la ilusión. El teatro quinteriano tiene la idealidad que tendría la vida sin el amargo expediente de la acción. ¿Conocéis algo más idealista que su sana y regocijada alegría; esa alegría que es la filosofía de su poesía; esa filosofía tan serena, tan aristocrática, tan sevillana; esa poesía de su alma que ilumina la sombra con la gracia del ángel? ¿Hay nada más consolador?

Recordemos...

Las ideas viven detrás de las apariencias. Delante de la vida flota el ideal... La vida es un don del cielo. La vida es un bien. El mal de la vida es dejar de vivir. Y dejamos de vivir cuando dejamos de creer, de esperar y de amar.

...Una emoción contenida, que acalla los propios dolores por piedad de las ajenas lágrimas; una delicada ternura que suaviza las asperezas del camino por simpatía de los esfuerzos ajenos... ...Una sonrisa a tiempo, un chiste oportuno, una mirada afectuosa y una palabra de consuelo... Y, a lo lejos, y en medio del silencio de los campos, un cantar del pueblo que cuenta sus cuitas al cielo... Y una atmósfera transparente y diáfana, y un sol que con su resol aureola a los seres con un nimbo de ensueño... Y la vida se desliza plácidamente, merced a tantos heroísmos callados; por la virtud de tantos ignorados sacrificios...

Si el optimismo que palpita en la obra quinteriana no fuera tan artístico, tan noble, tan religioso, si no fuera una ilusión y un impulso de vida, si no fuera un ideal, merecía ser condenado como algo falso y convencional. Pero no. «Antes que esa Andalucía trágica, que ya quieren algunos llevar al arte, y primero que al arte vaya, como el arte puede consagrarla como una dolorosa realidad, debemos poner todo nuestro amor y todo nuestro esfuerzo en que desaparezca.»

El arte en los pueblos tristes, en los pueblos entristecidos, no puede ser un eco, tiene que ser un espejismo. Debe ser tan idealista como la fe de una esperanza; debe ser tan real como el amor de un creyente; debe ser un consuelo. Este es el único modo de hacer patria, de promover cultura. Por «el genio alegre» de su arte, han hecho los Quintero algo más que una literatura, han hecho por su patria algo que vale más que muchísimas literaturas.

¿Comprendéis ahora por qué el optimismo quinteriano tiene una trascendencia tan real? Por aquel su realismo ilusionado y por este su optimismo consolador, los hermanos Quintero dejaron bogar sus almas al encanto...

...Y cosa de encanto fué levantar en Sevilla un monumento al Poeta de las Rimas.

He aquí esbozado el emblema de un *ex libris*.

«En la proa del barco está el don de otro mundo» —ha dicho Ruskin—. De las entenas de una nave velera pende un girón de poesía.

Y las velas latinas ondean desplegadas como insignias benditas de ensueño y de amor.

De primavera a primavera

(1912-1914)

...El alma siguió divagando... como siempre, y como si toda la vida fuera una pura divagación.

Pero un día comprendió que nuestra vida no es... del todo nuestra. Y de la fe nació la esperanza, y el amor se hizo caridad...

A la observación crítica del presente que antes hiciera de la ciudad soñada, y a la evocación sentimental del pasado que algunas veces hizo de la amada ciudad, ha sucedido un presentimiento ilusionado de lo por venir. El que un día fué peregrino en su patria es ahora ciudadano de una utopia. Por entre la Sevilla tradicional y típica y la Sevilla interina de hoy se va como adivinando la Sevilla del mañana...

Todo esto estaba en el alma... en estado latente, de un modo tácito. Y ahora ha sido proyectado en la visión estilizada de una Sevilla ideal...

LUNA DE PARASCEVE

Memento & Miserere

...Hace algún tiempo, sobre una blanca cuartilla, que hoy amarillea, estampé este epígrafe que, como todos mis títulos, puse a la ventura. Por ella han pasado ya tres Primaveras... Y con éstas, cuántos anhe-

los florecidos, cuántos deseos deshojados en flor, cuántos pensamientos que no llegaron a florecer...

Y ahora...

—....

—¿Que escriba algo de Semana Santa; que escriba algo de Sevilla?

—....

Y me he limitado a desglosar de entre mis papeles aquel cuya cándida albura guardó las palabras de una promesa fielmente aguardada, y cuya virginidad vase mustiando, como hoja autonnal, en la larga espera de sus desposorios con la idea... A su vista, el alma—mente y corazón—se ha asomado a los ojos, y la idea se ha desgranado en perlas silenciosas, tembladoras y sin oriente... Una lágrima ha humedecido la pálida cuartilla... Y, de nuevo, la he ocultado, entre flores estilizadas y esfumadas imágenes, en el relicario de mi corazón.

Y, sin saber por qué ni cómo, en otra cuartilla impoluta, en la que precede a ésta, he vuelto a escribir la frase aquella...

Pero en vano. Ya decía el filósofo griego que no se remonta dos veces el curso de un mismo río... Ha comenzado el declinar de la parábola de la vida; y el corazón sabe de un dolor hasta ahora ignorado: el dolor de sobrevivirse.

Entonces, ¿por qué esta vanidad de escribir? ¿Qué escribiré ahora? ¿Y cómo?

¿Escribiré líricamente, ilusionado; escribiré románticamente, apasionado; escribiré elégicamente, desengañado, adolorído, desperanzado?

Todo esto si no ha pasado debió pasar. Hora es de vivir, de vivir con los demás, o de narrar y dialogar la vida, la vida de los otros... Pero, ¿y el paisaje y las figuras; la perspectiva y el ambiente; la escena y la acción?

Quisiera escribir místicamente... «El espíritu está presto, pero la carne está enferma.»

Escribiré como vivo; penitente y creyente, con la melancólica alegría, con la regocijada resignación que hoy florece en mi alma por sobre todos los dolores. ¡Qué importa el dolor si nos da bienaventuranza! ¡Qué importa la muerte si vida nos da!

Ya decía un proverbio indio que allí donde el hombre pone su planta se abren infinitos caminos... Si no ahora, será después, y por siempre... La tierra es pequeña y pasajera para contener todo el amor del alma, toda el alma del amor. El alma ansía un mundo más grande y duradero para amar con todo amor.

Mundo que el alma ama al encanto de la luna. Alma lunática en la tierra. Amor loco, amor que en este mundo es locura de amor.

Mundo que la luna prologa. Luna prefacial. Luna del Parasceve.

—....

¿Semana Santa en Sevilla? ¿Sevilla en Semana Santa? No sé. No sé... Sólo sé que esto que escribo, lo escribo en Sevilla, recordando una Semana Santa que no sé si viví o soñé...

Post tenebras

El silencio se hizo en la plaza. Hízose como si nuestras manos pudieran plasmarlo y nuestros ojos percibirlo. Oíase el silencio... Rezaban las almas... Rezaban como si estuvieran solas, en una soledad sin ausencias ni distancias; soledad no vacía, mas llena de vida; soledad poblada de almas que rezaban señeras, mas no solitarias.

Era la plaza como un mar. En la plaza una multitud de flujo y reflujo impreciso e imprecisable: porque ¿quién puede marcar euritmicamente en la arena de la playa la línea ondulante y protéica de los besos del mar?

En la plaza, llena de gentes, parecía que nadie ha-

bía; ¡tan lejos estaban las almas de los cuerpos, tan cercanas se hallaban del Alma de las almas!

Amortiguóse la luz de los focos; avivóse en las almas la luz de la fe; y todo—las cosas y las almas—fué bañado por el misterioso claror de la luna del Parasceve.

Y Dios humanado pasó entre los hombres, evocado por el gran poder del arte humano, y revelando el Gran Poder del Divino Amor.

Un rayo de luna dulcificó la Santa Faz... Y rieló en las lágrimas de la Virgen...

Deshízose el silencio y rehízose la multitud, para dispersarse luego. Al reencenderse las luces eléctricas apareció menos lunática la luz de la luna. Las almas aterrizaron; y las gentes reanudaron su vial...

Fuése alejando la muchedumbre...

En el laberinto de las calles desiertas y calladas la Luna de Parasceve diluía su misterioso claror...

La muchedumbre era ya como un rumor lejano...

Pregones,... saetas,... tambores,... cornetas...

Flota en el ambiente un hálito femenino y casto. ¿Es acaso la mujer la que con su presencia ha purificado, en esta noche vernal y sevillana, las calles de la ciudad?

Hay en el ambiente olor de lirio y de azahar, sabor de miel y de fresa...

Al dar vuelta a una esquina, allá a nuestra izquierda, al final de la calle, un lívido resplandor de cirios y una estela de incienso son los únicos signos que denotan el tránsito silencioso y acompasado de los nazarenos de una cofradía...

Un rayo de luna esmalta la Santa Cruz... Y riela en las lágrimas de María...

Huele a cera y a rosa, a violeta y a incienso; sabe a ajonjolí y a mejorana...

En una plaza de palmeras y acacias, dormida en el

ensueño de un patio andaluz, palatino, solariego o claustral, la luna del Parasceve derrama su melancólico claror.

De vez en cuando, un lejano rumor, como el del mar, o el de la colmena... Por momentos se hace más distinto, y a través de la distancia, y en medio del silencio de la noche, percíbese la tonada de un cantar o el son de una música.

Cornetas,... tambores,... saetas...

De pronto la vista se espacía ante una inmensa perspectiva. Y una recóndita armonía extasía al corazón.

La tierra no se ve; no se ve más que cielo. El cielo en el río; la tierra es un eco del cielo. La luna ha tendido entre el cielo y la tierra su escala argentina.

Y allá, a nuestra derecha, en lo más alto, sobre un puente de plata—arco iris sin espectro, todo luz blanca—, entre el chispear de los cirios y el titilar de las estrellas, aparece Jesús con la Cruz y en pos de El la Virgen María...

Un rayo de luna nimba el Paso del Señor y riela en las lágrimas de Su Madre.

Todo lo inunda una lunática claridad—tenue, suave y fresca claridad, claridad musicalina; claridad dulce y tierna como los trinos del ruiseñor, el dulce y tierno cantor de la noche; mágica claridad que hace vagorosos los contornos, y etérea a la materia, y fantástico a lo real, y ágiles, sutiles, impalpables, fluídicos, a los cuerpos, y pone un momento de olvido en la vida. Claridad difusa que no penetra las cosas, mas sobre ellas se desliza y las diluye...

Al claror de la luna del Parasceve, acállanse los rumores de la tierra y vibra en los aires una música argentina, ultramundana, celestial, música celeste y blanca; el horizonte no contenido ni limitado ya por las perspectivas urbanas, se extiende, se dilata hasta el infinito en una transparencia luminosa y melodiosa.

El mundo parece transformado. Nácenle al alma alas...

Nácenle al alma alas. El mundo parece renovado. El alma es ingenua y niña; y el mundo está como en la infancia...

Por el mundo, el alma vaga y vuela...

Ya no hay calles, ni casas. Toda la tierra es hogar. Toda la tierra es un camino hacia Dios.

Ya no hay vulgo ni vulgaridad, ni villania, ni vileza. Todo es cumbre, todo es alma, todo es amor.

El cielo ha descendido a la tierra. La tierra se ha hecho cielo. Todo es cielo...

Todo es cielo en esta noche primaveral.

Cuatro noches hay en el año...

La noche estival, noche del Precursor, noche de las fogatas pueblerinas, la alegre noche de San Juan.

La noche otoñal, noche de la Muerte, noche de los fuegos fatuos, la triste noche de Difuntos.

La noche invernal, noche del Nacimiento, noche de la estrella guiadora, la Noche Buena del Niño de Dios.

Y la noche primaveral, noche eucarística, noche de Oración y Pasión, noche de luna, de la luna pascual, noche santa del Hijo de Dios.

...Todo es cielo en esta noche primaveral por virtud del milagroso claror de la luna del Parasceve.

En un rayo de luna tal vez descendería el Angel que en el Huerto confortó a Jesús.

Y en sus rayos de plata, la luna del Parasceve lleva prendida el ciclo áureo de los tres jueves del sol primaveral.

Tres jueves hay en el año...

Jueves Santo de la Resurrección, Jueves Glorioso de la Ascensión, Jueves Sacramental del *Corpus Christi*.

La luna de Parasceve teje y borda con su lunática luz la bella teoría de los tres jueves del año que iluminan al alma, más que en la tierra relumbra el sol.

¡Luna del Parasceve, que hiciste de la noche día! ¡Noche luminosa y clara que tiene la diafanidad, la transparencia del día, y el encanto melodioso de la noche; noche que «no es noche ni día y lo es todo», porque está bañada en una luz única, luz de eterna vida, como es luz de eterna paz la luz de la Noche Buena!

¡Oh luna de Parasceve, luna visperal, tú eres la preparación santa, el introito sublime del sábado del espíritu, que es el sol de la verdad!

Quoniam Parasceve erat.

...Todo el cielo se ha hecho luna... El cielo se ha teñido de plata... Y la plata del cielo se ha tornado violeta... La celeste blancura ha quedado un instante sin luz... Una luz más clara, menos alba y más áurea se anuncia...

El noctívago peregrino, que ha pasado la noche siguiendo el curso del río, por el paseo de las Delicias, se dirige hacia el oriente...

Desde el prado abrileño divisa a la Giralda, envuelta en una gasa levemente matizada de rosa...

A lo lejos, muy lejos, percíbese un confuso rumor, rumor de muchedumbre... Saetas... cornetas... Una saeta reza una oración... Una corneta toca a diana.

¡El sol!

El ruiseñor ha enmudecido y la alondra empieza a cantar.

Ha salido el sol. El triste sol de Viernes Santo, que tornóse cárdeno cuando murió Jesús...

RELIQUIAS DE LA SEMANA SANTA

Parábolas y misterios

Lo que le sorprendió al extranjero aquel no era el bello desorden en la procesión de los misterios; ni el artístico anacronismo en la presentación de los pasos. Todo ello tenía el encanto, la gracia de la tradición y de lo ingenuo.

Lo que le extrañaba era que las cofradías que hacen estación durante casi toda la Semana Santa, se limitaran, con un sola excepción, a los momentos de la Pasión y de la Muerte, es decir, a lo que aconteció en las horas del Jueves y del Viernes.

Y preguntaba: ¿por qué no representar también los otros actos de la Vida de Jesús, durante la Semana Mayor? ¿Por qué no formar pasos de sus últimas predicaciones, de sus últimas parábolas?

El extranjero aquel era alemán...

Al pronto no se me ocurrió nada. Pensaba muchas cosas. Pensaba que lo que propiamente se conmemoraba era la Pasión y la Muerte; que tal vez, en un principio, los penitentes no salieran sino desde la noche del Jueves hasta la tarde del Viernes; que aquí había pasos simbólicos—v. gr. el de los Evangelistas y el de la Santísima Trinidad—que eran los que menos hablaban al alma de las muchedumbres; que éstas aprenden más con un buen ejemplo que con muchos bellos sermones; que desgraciadamente las multitudes de hoy carecen de aquella educación teológica que, en otros siglos, les permitían seguir con atención el significado de los Autos; que quizás lo único artizable plásticamente no eran las palabras—las parábolas—sino los actos—los gestos, las actitudes, los rasgos...

Y pensando todo esto, no supe qué responder.

Y salí de la cuestión con una digresión tangen-

cial. Y lo atribuí todo al espíritu católico y meridional de nuestro pueblo, eminentemente plástico y realista...

Recordaba...

Las imágenes

Recordaba que un amigo mío, escultor, buscaba sin hallar, desde hace algún tiempo, el rostro de una sevillana, que fuera como tipo estatuario del perfil femenino de esta bendita tierra.

El escultor amigo sabía, y sabía bien, que esa idea se había encontrado en la pintura; sabía asimismo que se había esculpido ya la faz cenceña, varonil; pero no descubría el modo de plasmar el óvalo dulcemente redondeando de la cara de una sevillana, jugosa y sabrosa, suavemente aterciopelada y trigueña, de una cálida frescura, de una deliciosa morbidez.

Ha podido fijarse el perfil heleno—el de la línea de serena belleza—; el perfil romano—el de la severa majestad—; el perfil medieval—el de la frente pensativa—.... Pero ¿cómo hallar el perfil sevillano—el de la línea de la sencilla gracia?

La gracia es única, inefable; intraducible e incomunicable, si no es por obra y gracia de la gracia misma. Es la vida misma, y es algo más que la vida. Es algo que tiene el cuerpo, pero que no tiene la materia. Es el alma: el alma recreándose a sí misma, y a las otras almas, que en un puro juego y por divino hechizo, jugara a hechizar el cuerpo y metamorfoseara toda la carne en vivo y sutil espíritu... Es lo que tienen las sevillanas: esas graciosas y gráciles mujeres de esta tierra de «la que es llena de gracia y bendita es entre todas las mujeres.»

Y, divagando de esta manera, comprendí cómo nuestra escultura fué, y no tuvo más remedio que ser,

imaginería; y cómo nuestros tallistas tuvieron que policromar las efigies que salieron de sus manos.

Así lo pedía nuestro cielo—de una transparente luminosidad azul—; nuestra tierra—sin mármoles—; nuestra mente—sin penumbras ideales—; nuestro corazón—fuertemente pasional—... Así lo pedía este nuestro pueblo, que alzó entre cielo y tierra esa Giralda—de ladrillos que parecen encajes—; y paseó por sus calles esas imágenes de la Virgen, que parecen trianeras o macarenas...

Recordaba...

Las saetas

Recordaba que otro amigo me decía cierta vez: Cualquiera que venga del Norte a estas tierras soleadas, de silencios sonoros, se maravillará de que en un pueblo donde todo el mundo canta y todo el mundo gusta de la música no se hayan formado grandes masas corales ni haya producido un músico genial.

Y hallé la respuesta viendo: que la guitarra es el instrumento musical con que este pueblo canta sus penas y acompaña sus melancólicas y nostálgicas alegrías; que el canto y el cantar del pueblo andaluz es lo que se ha llamado cante *jondo* en una frase gráfica e inimitable. Es la guitarra—hasta por su forma y por la postura de quien la toca—algo muy personal, muy íntimo y muy plástico; más para un grupo de amigos que para el público de un teatro. El cante *jondo* es eso precisamente: un canto que sale de adentro, de lo más profundo de las entrañas, del hondón del alma. Se toca y se canta, como se baila, con todo el cuerpo, mejor, con toda el alma.

Saetas, soleares, seguidillas...

DURANTE LA PASCUA FLORIDA

La copla inacabada

La saeta, que vibraba en los aires y en las almas, quedóse inconcluída... ¿Hay algo más triste...? Quedóse sin concluir... Como todo lo que en este mundo se dice y se canta y se sueña y se ama con todo el cuerpo y con toda el alma.

Cuando el alma se asoma a los ojos, y palpita en los labios, y late en el pecho, y agita y contrae todos los músculos, y anima y contornea a todo el cuerpo; cuando el alma se plasma en un cantar, el más leve desdoblamiento, la más nimia aparición del «público» —de la crítica, de la ironía—le hace sonrojarse, enmudecer...

¿Hay algo más triste que un cantar interrumpido? Pues así es nuestro pueblo. Una *soleá:* una copla que nunca termina. Una seguidilla: una copla que para terminar necesita de un estribillo. Una saeta: una copla que a un tiempo modula el alma y moldea el cuerpo.

Hay en la vida de nuestro pueblo como un anhelo truncado por un desencanto trágico; hay en su espíritu un vago, impreciso deseo: una ilusión de felicidad apenas confesada; un ansia de eternidad jamás satisfecha, como no lo hay en pueblo alguno de la tierra.

De ahí su risueña tristeza.

Amigos, es mucho el peso de una leyenda áurea y del ensueño sonrosado de una utopia infinita; es mucho el peso de nuestro sol para no sentir la pesadumbre de la vida cotidiana.

Es el nuestro un pueblo, que, por amar tanto la gloria, no gusta de la gloriola; y envuelve la delicada dolora de su corazón en la humorística humorada de su *gracia.*

Pueblo de artistas que no quiere artesanos del arte ni artífices de lo artificioso. Tolera a los heroes—a los hombres hazañosos—; pero no quiere a los genios—los hombres artizadores—que no se hacen pueblo.

Pueblo musical que por su individualismo ha desdeñado ser coro, y que, por su impaciencia (?), ha fragmentado en cantares la línea melódica de sus emociones. Su mayor poema lírico, musical, sinfónico, es una seguidilla.

Pueblo musical que no ha hallado el músico que revele el íntimo concierto de sus disonancias, la profunda concordia de sus notas discordantes, la maravillosa armonía de su gloria y de su gracia.

Campanas y crótalos

Repiques de campanas. Repiquetear de crótalos. Crótalos y campanas se repican en lo alto. En verdad, que entre unas y otras hay cierta semejanza.

En Sevilla, las campanas del Sábado de Gloria no sólo suenan a Pascua florida, suenan también a Feria de Abril: anuncian el abril de sus fiestas.

El voltear de las campanas pascuales, cierra el paréntesis de la matraca y abre el capítulo de los crótalos. En este día las campanas repican como castañuelas. Las unas, en los templos, en las torres; las otras, en las casetas, en los patios. Sobre los órganos, las campanas; junto a las guitarras, las castañuelas.

He aquí nuestra música... música plástica; música visible, palpable; música que gime y suspira; música discontinua, como un sollozo o una carcajada.

Sobre una pandereta, un paisaje...

En nuestra atmósfera, las ondas sonoras no son etéreas, no se escuchan a lo lejos; están tan cercanas que son perceptibles, se entran por los ojos, parecen luminosas, coloreadas. Nada hay en ella de misterio-

so: todo es claro, como nuestro sol, que con su resol aureola las cosas con un nimbo de misterio... sin misterio, misterioso por su misma diafanidad.

La vida es sencilla, pero no es serena; y en esta difícil facilidad, el fluir musicalino de la vida se desgrana nota a nota, copla a copla; las ideas florecen, dan su fragancia, pero no fructifican.

En donde los actos se destacan y se comprenden mejor que las ideas, las palabras son preferibles a los actos, y a las palabras se prefiere el silencio. Es natural. La acción, la actividad, es muy dolorosa si no la vivifica un ideal, si no la hacen armoniosa la música celestial de las ideas. Para ser muy activos hay que idealizar mucho. Y nuestra famosa fantasía meridional describe más que inventa, engrandece más que idealiza...

...Es mucho sol este nuestro sol. Sol para la visión más que para la ilusión; sol para la pasión, mas no para la emoción. Bajo él apenas si hay lugar para el ensueño; todo es amor. Mas, ¿por qué, si se ve tan claro, se apasiona tanto el corazón y se ama con tanto amor?

Por eso. Porque al amor le falta la música del ensueño, y le queda tan sólo la realidad de la pasión.

...Las campanas para mirar al cielo. Las castañuelas para admirar cómo baila la mujer...

El dejo nostálgico

Hasta aquel inolvidable día—día que ya no recuerdo cuándo fué—mi alma no supo saborear la íntima melodía del habla sevillana.

Imagináos una rima de Bécquer suspirada, sollozada por la Ensoñadora.... Una copla ingenua y vaga que esfumara el pensamiento en los puntos suspensivos de una guitarra...

Así se habla en Sevilla. Así dicen sus secretos las sevillanas.

Una palabra que nace del corazón y sube tan alta, que la boca no acierta a decirla, y vibra en los ojos, y por ellos se escapa...

En la calma ambiente, los cuerpos se aduermen, la vida reposa con elegante dejadez, y en «el sopor de la siesta que sueña», en la soledad del silencio sonoro, las almas se comunican entre sí con una voz inefable que tuviera el acento de una nostalgia infinita.

El acento lo es todo... Nada importa lo que se diga o lo que se haga, como el alma—mente y corazón—no lo acentúe. El acento es el signo del espíritu.

Desde que el Espíritu Santo vino a la tierra, lo esencial en el verbo y en la vida es el acento, la buena voluntad, el espíritu.

Al ritmo clásico, ritmo métrico, ritmo formal, sucedió el ritmo cristiano, ritmo interior, ritmo acentual... Hoy, apenas si hay ritmo en el mundo. Orfeo ha muerto a manos de retóricos y bolsistas.

Los especuladores—de la doctrina y del dinero—¿respetarán el ritmo grácil de nuestra ciudad? El acento inimitable del habla sevillana, el espíritu inefable de la vida de Sevilla, ¿perderán la armonía de su encanto con la lógica sofística de los unos y la gramática parda de los otros?

Si no penetráis en el alma de la *Ciudad de la Gracia*, ¿cómo queréis compenetraros del ángel, de la sombra, luminosa y melodiosa, cual un aura celeste, que tienen esas voces que se adivinan, esas palabras dichas a media voz, esas frases inconcluídas, esas coplas inacabadas, esos silencios musicales, esas músicas misteriosas, plenas de una risueña melancolía, que son como el dejo nostálgico de un amor infinito?

EL MOMENTO MUSICAL

El preludio de la ópera

Sábado de Gloria... La ópera... *Aida*... Pronto la orquesta ejecutará *pianissimo* la fugada sinfonía que sirve de preludio a la ópera inaugural.

Después de tres años...

En un entreacto de la temporada

Desde las alturas... desde las alturas del teatro no se percibe al público; sólo se escucha la orquesta, los cantantes,... se ven los actores, el decorado... No hay margen alguna para la censura, para la ironía... Sólo hay motivos para soñar... Es preferible. Soñemos. Soñemos ahora que la música exterior no adormece al alma...

Y un amigo, que está conmigo en el *paraíso,* me cuenta sus proyectos... Estos proyectos que hoy voy a contar a los lectores amigos, que están conmigo en la *Ciudad de la Gracia.*

Si yo fuera rico... Ya veis cómo esto es un sueño. Mi amigo no puede ser rico nunca: es un soñador.

Si yo fuera rico edificaría un teatro. Un teatro para el arte y por el arte; para todas las estaciones del año y para todos los que viven la vida del espíritu.

Estaría situado en medio de un jardín, y el jardín sería el *foyer,* el hogar. En el jardín habría un invernadero, una galería de cristal, para cuando llegara el invierno. Prevención inútil si la gracia resplandeciera en todos los corazones, porque entonces jamás se sentiría el frío en la *Ciudad de la Gracia.* En la sala, que sería como un patio sevillano, no habría plateas ni butacas, sino reclinatorios. No se vería la orques-

ta: se oiría la música musicalmente... Y sólo se vería lo que pasaba en la escena.

Este teatro no sería un teatro para el arte literario, porque de éste hay muchos; ni para el arte pantomímico, coreográfico, de *varietés* sin variedad, por la misma razón y por otras que no son... del caso.

Sería un teatro para el arte musical. Habría conciertos y representaciones: música de cámara, música sinfónica, música dramática... El drama lírico, el melodrama (el drama musical), la ópera (la obra artística por excelencia) sería como la clave y el coronamiento de aquella empresa ideal.

Y el programa para el primer año que abriera sus puertas el teatro soñado, podría ser este:

En el otoño: un recuerdo para los maestros precursores de la música clásica: Palestrina,... Monteverde, Pergolese, Cimarosa, Cherubini, Rameau, Gretry, Méhul, Boïaldieu... Obras de Haendel, Bach, Haydn, Glück, Mozart,... Beethoven... Weber, Mendelssohn, Schubert, Chopin, Schumann... Obras de Rossini y algunas óperas italianas. Obras de Berlioz y alguuas óperas francesas. Y ningún melodrama, de esos que nada tienen de mélico.

Por la Pascua de Navidad: música popular y músisa española.

En el invierno: una interpretación de las obras maestras de los músicos modernos. Boito, y algunas óperas italianas. Massenet, y algunas óperas francesas. Y ningún melodrama. Obras de Tchakowsky, Rubinstein, Sullivan, Grieg...

Preludiando la primavera, Wagner: *Lohengrin, Tannhauser, Tristan e Isolda.*

Durante la Cuaresma: *Parsifal* y conciertos de música sacra.

Por la Pascua florida, la Tetralogía: *El oro del Rhin, La Walkiria, Sigfredo* y *El ocaso de los dioses.*

Coincidiendo con los Juegos florales: *Los maestros cantores.*

Y durante el verano, la opereta...

Al año siguiente, vendrían los maestros de la música contemporánea, los modernistas, los futuristas, etc.

Y en lo sucesivo, los sevillanos, dejando de ser un público de espectadores, habríanse convertido en un pueblo de activos soñadores.

Nada mejor que la música para una acción ideal.

Mi amigo no sería nunca rico; pero se divertiría mucho viviendo sus sueños. Y quizá con estos sueños la vida fuera más divertida y rica en Sevilla.

Sevilla entera sería un Paraíso...

El tono aurirrojo de nuestra atmósfera se tornasolaría en verde oro. El verdor de la tierra daría frescura al ambiente. La música de las almas suavizaría las costumbres. Un halo viridescente y vibrador—teñido del color de la esperanza, ilusionado con la melodía del amor—envolvería a la ciudad. Y la vida, llena de una íntima y noble alegría, se deslizaría pura, serena y plácida, como el fluir musicalino de una fuente perenne por entre las hojas siempre verdes de un laurel.

Sevilla con música sería como un jardín, como un jardín florecido. Es el verde el color más musical. Es el color del mar sonoro. Símbolo de Proteo, es como él fluído, ondulante, viviente, rítmico por esencia, eternamente joven en su mudar sempiterno.

Y por el milagroso y maravilloso misterio musical, la *Ciudad de la Gracia* sería la ciudad de la euritmia, de la armonía, de la sofrosine, de la belleza inmaculada e inmortal.

"Orfeo"

La ópera de Cristóbal W. Glück será como tema ocasional de mi divagación; y el mito helénico de *Orfeo* será el conductor de ella.

No sé por qué misterioso acoplamiento el encanto de aquélla y el simbolismo de éste, se ofrecen a mi

alma como el título explicativo de la esencia de la música a través de la Historia y como el lema ideal de lo que ha de ser y para qué ha de servir la música en el ensueño futuro de nuestra soñada ciudad.

En otro ensayo expuse mi programa musical. En él quedó trazado a grandes rasgos el progreso de este arte. No nos será difícil, pues, caracterizar, definir, señalar el puesto que en ese desarrollo corresponde a ese músico con alma de poeta, bávaro de nacimiento y griego por sus gustos, que supo libertarse de la manera italiana y que los franceses reputaron como suyo: a Cristóbal Willibald Glück.

La música instrumental, la orquesta moderna, nace con Haydn; la música expresiva, dramática, la inicia Glück. La sinfonía ha culminado en Beethoven. El drama lírico (el melodrama, en el puro sentido de este vocablo) ha llegado a su apogeo en Wagner... Glück es un precursor de Wagner; es el Wagner de su tiempo.

La música descriptiva, ideológica, que ahora se discute... algún día triunfará.

¿Qué han hecho, entre tanto, los italianos? Por qué siendo Italia el pueblo más artístico, más musical, de más inspiradas melodías, ha quedado reducido a un pueblo de *divos*, de *virtuossi*, de *dilettanti*?

En la ópera, por ejemplo, si hubieran seguido a Rossini, ¿habrían entonado la palinodia de *Aida*? Claro que algo de Bellini, Donizetti... sobrevivirá; pero en la historia de la música, y especialmente del drama musical, habrá que saltar de Rossini a los modernos.

Y ¿en España? Y... ¿en Sevilla?

Es curioso lo que pasa con la música.

La mayoría de las gentes pide que un verso, un cuadro, una escultura... le sugieran, le evoquen algo; y en cambio a la música no se le pide nada. Le basta

el placer sensual—no sentimental—que los sonidos producen en el oído—no en el alma—. Es lo mismo que si el verso fuera una sucesión de palabras sonoras, el cuadro una combinación de colores colorinescos... Si esto no gusta a la mayoría de las gentes, ¿por qué le gusta el arabesco en música?

A mí también me gusta, a ratos, el arte sensual, el arte que entretiene y distrae, arte de diversión. Pero no lo limito a la música. Y además, es a ratos... Como a ratos me gusta la forma por la forma (parnasianismo) y a ratos la forma de un arte revelando el fondo de otro (teoría del color de la música y de la música del color, etcétera: decadentismo).

Lo que pasa es que hay muy poca lógica, mejor dicho, muy poca sinceridad; porque sinceridad no es decir lo primero que se viene a la boca, sino lo que se siente allá en lo más profundo del alma, y para sentir... es menester que haya algo en el alma, y que haya alma.

Lo que pasa es que en arte—como en todo—lo peor son las medias-culturas...

¿Recordáis el mito de Orfeo? Aquel bellísimo mito que con el de Prometeo son los que entrañan más calor de vida humana de todos los de aquella seductora y sugeridora mitología griega.

Orfeo señala el triunfo del ideal apolíneo sobre la fuerza dionisiaca; la exaltación del arte sabio y santificante por cima de los instintos ciegos y los impulsos fatales de la naturaleza; la victoriosa glorificación de la belleza, de la armonía, de la gracia.

Con la lira, que le ofrendó Apolo, el «divino citarista del Olimpo», y le enseñaron las musas, «las divinas inspiradoras de Helicón»; con el encanto invencible de su lira, Orfeo animó las piedras y las plantas, amansó las fieras y las furias, dominó los elementos y definió las esencias, permitió la conquista del *vellocino de oro* y reconquistó a Euridice, su amada, de la región infernal de Hades...

Su muerte no la causaron las mujeres de la Tracia, ni siquiera las bacantes... Fué Júpiter quien le dió muerte, porque Orfeo había revelado a los hombres el secreto de su liberación...

Orfeo es la música. Orfeo es el ritmo. Y el ritmo es una fuerza mística—ha dicho el helénico pensador sevillano Manuel de Palacios y Olmedo en su *Rielar de ideas.*

La música es religiosa... El arte es un camino hacia Dios, entre otros—ha dicho el católico pensador barcelonés Juan Maragall en su *Confesión de poesía...* Y la música es el camino más inefable.

Mi más ferviente anhelo es hacer de Sevilla una ciudad órfica, apolínea; una ciudad musical artística...

El arte le redimirá de su realismo, la música idealizará su plasticismo...

El arte musical—sinceramente lo creo—es el único que en nuestros tiempos puede hacer revivir el sentimiento religioso. El arte gráfico tiene algo del «ver para creer». El arte musical es el que más analogía tiene con la virtud de la Fe.

El arte musical—convencidamente lo digo—es el más adecuado para sugerir a nuestro pueblo de artistas el amor por la ciencia. La música ha realizado el milagro de unir la técnica más científica con el encanto de la emoción más ilusionada.

De fe, de ideales y de ideas está sediento nuestro pueblo.

¿Por qué no ensayar el ensueño?

Ante todo, hay que buscar a Dios.

El sentido divino de la vida que perdió el siglo XVIII, y no halló el XIX, debemos buscarlo nosotros, los hombres del XX, para que nuestros hijos puedan vivir contentos sobre la tierra. Y no tengan que entristecerse por haber encontrado el sentido común, en vez del sentido divino de la vida.

El tema beethoveniano

«Un pueblo ha de aprender a amar y a sentir la música propia...»

En este despertar de Sevilla a la plena vida del espíritu —tras el sopor de la siesta—ha de llegarle su hora al arte musical, al arte de la emoción pura. Es de esperar que de aquí en adelante la primavera florecerá, entre nosotros, no sólo perfumada y luminosa, sino también melodiosa y musical;... como antes, cuando por Abril gozábamos de la temporada de ópera; y como mañana cuando surja de entre nosotros el maestro que recoja y concierte la música de los cantos populares de la tierra andaluza.

Toda nuestra emotividad vibra en el *cante jondo,* o se diluye en la cadencia lánguida de nuestra charla zumbona; pero no ha sido expresada musicalmente. Nuestro arte sigue siendo un arte eminentemente plástico; arte de nuestras visiones más que de nuestros sentimientos.

No debemos olvidar que si el sentido de la visión es el sentido intelectual, el sentido de la mente, el oído, es el sentido del corazón, el sentido afectivo, «el sentido del alma», como dijo el clásico. Pero el sentido no basta para el arte.

Hay gentes que «tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen»... Esos tales no viven según el Espíritu.

La música—como todas las artes—no es una cosa sensual, trasciende de los sentidos. En esto se distingue de la sonoridad, mero halago del oído. La música se escucha con el alma...

Y ha habido un hombre de alma tan sobrehumana, que no necesitó del oído para percibir la melodía de la vida, la armonía de los mundos... Ese hombre—enfermo... para los que se creen sanos—fué el *genio de la música.*

Su personalidad y su obra deben servirnos de modelo, de arquetipo, ahora que parece llegado el momento de artizar el alma musical de Andalucía.

«Si queréis saber lo que es un hombre, acudid a una sonata de Beethoven.»

El genio de la música—Beethoven—el genio del arte dionisíaco, fué sordo—un sordo clariaudiente—como fué ciego—un ciego clarividente—el genio del arte apolíneo, el genio de la epopeya—Homero...

Beethoven ha sido no sólo el genio más grande y el artista más puro de la música, sino «el generoso corazón, herido de todos los infortunios, que ha sabido sobreponerse a todos los dolores...» Beethoven recuerda a Prometeo... y a nuestro Cervantes—el manco sano, el hablista tartamudo—; con una diferencia respecto a éste. El creador de Don Quijote—héroe en Lepanto, cautivo en Argel y recaudador de contribuciones en España—nunca vivió y nunca fué considerado como artista: mientras que «el filósofo de las armonías sonoras», aun en aquellos momentos en que tuvo que «escribir para tener pan», fué siempre el autor de las sonatas y de las sinfonías. Beethoven es un Cervantes más consciente de su destino y menos resignado con su suerte... Por lo demás, tan optimista y tan sin ventura el uno como el otro.

Beethoven no tuvo niñez ni juventud... ni mujer que le comprendiera y le correspondiese. No halló calor de hogar en su familia, ni logró crear con todo su inmenso amor un hogar para la novia ideal de su apasionado corazón.

Sin embargo, de entre el enorme fracaso de su vida surgió fragante y espléndida la flor de su gloria. La enfermedad que ensordeció su oído y ensombreció su carácter y aisló su existencia, al negarle las condiciones exteriores de su arte—al acallar en torno suyo los ruídos mundanos y los rumores sociales—le

reveló, en cambio, el secreto, el misterio inefable, el espíritu divino de la música... Paseando silencioso y solitario llegó a las cumbres de lo sublime... Y su silencio fué un «silencio de oro», y su soledad, una «soledad sonora».

«No digáis que una cosa es bien vuestra mientras no sintáis la música de ella».

«La música fué para Beethoven—dice Friedrich Kerst—no tan sólo una forma de lo bello, un arte, sino toda una religión, de la que él mismo se sentía sacerdote y profeta. Toda la misantropía engendrada en él por sus desdichadas relaciones con la humanidad, no fueron capaces de apagar en su corazón la devoción hacia ese ideal, que se esforzó siempre en traducir y acrecentar mediante la reflexión filosófica y la meditación».

Fué la música su pasión divina, y fué la sordera su patología humana, la enfermedad de su genio.

«Este genio había de estar condenado a hacer una música que no pudo oir desde los treinta años hasta el día de su muerte».

¿Cómo enlazar este misterio con el milagro de su resurrección cotidiana y gloriosa?

C'est du fond de cet abime de tristesse—ha dicho Romain Rolland—*que Beethoven entreprit de celebrer la Joie.* Este deseo, esta ilusión, explica cómo la pureza de su arte triunfó de la tristeza de la vida.

Durch Leiden Freude. «¡A la alegría por el dolor!» He aquí el lema beethoveniano.

El lema que debe servir de motivo guiador a los sevillanos que anhelan dar un alma musical—rítmica, armoniosa—a la sensibilidad apasionada de Sevilla.

EL GENIO ALEGRE

Mientras pasa la cabalgata

Estoy escribiendo lo que escrito está... acerca del programa de los festejos, ya que aún no es tiempo de celebrar el cartel de las festividades y de los festivales de Abril, de las fiestas de la Primavera.

Los festejos populares,
...que no lo son.

Quisiera que mis lectores se penetraran de la diferencia esencial que hay entre estas palabras: pueblo y público, fiesta y festejo.

Y quisiera que atendieran más que a las palabras a las ideas, y que con la sola enunciación de aquéllas adivinaran éstas, tal como yo quisiera sugerirlas: no como cristalizados conceptos cerebrales, abstractos y fríos, sino con todo el calor del corazón, con toda la virtualidad de una imagen, de una intuición real y viva, sentida y expresada con toda el alma.

Pueblo no es, para mí, una clase social: es una totalidad, una unidad; y como toda unidad—que diría Ernesto Hello—el pueblo es algo que es esencialmente bueno.

El público, de cualquier clase que sea, es una multitud; y como toda multitud, algo que no es bueno sino de una manera accidental.

Esta multitud del público existe hasta en un solo individuo; basta que el individuo se desdoble.

En cambio, aquella unidad del pueblo se da aun cuando haya muchos individuos y éstos se hallen dispersos, viviendo cada uno su vida, siempre que se

consideren moralmente unidos y procedan humanamente; esto es, siempre que hablen con el alma y se sientan prójimos los unos de los otros y piensen que por cima de las miras particulares hay una vida ideal y un ideal de vida.

Toda la multitud, por el hecho de serlo, es una cosa amorfa, rudimentaria, o algo disforme, fragmentario... Un batallón que pasa, no es una multitud; por bajo la uniformidad, unidad aparente, hay una unidad íntima, un principio real, un ritmo de vida: la banda y la bandera, el arte y la Patria.

No es anónima la multitud, como se piensa ordinariamente. Es la multitud más bien el pseudónimo de ciertas gentes, hábiles para ser inductoras sin contraer responsabilidad. Anónimo es el pueblo; pero con el sublime anonimato de los artistas que levantaron las catedrales, de los héroes sin fama y de los mártires sin número y sin nombre, de las almas sencillas y buenas, merced a las cuales la historia de la humanidad es algo más que una mera historiografía.

Pasa con la multitud, con el público, lo que con el sentido común. Todo el mundo lo invoca... pero cada uno le da un nombre distinto. Y así nadie entiende, y muy pocos hacen lo que deben.

Lo característico del público, de la multitud, es la falta de armonía entre la idea y la acción, la presencia de un elemento extraño.

El público de un teatro, por ejemplo, es pueblo cuando colabora con el artista—actor o autor—; y es colaborador aunque critique, siempre que el juicio no sea un prejuicio, sino una conclusión. A la inversa, el mismo pueblo de un estado es público desde el momento que no se cuide de su gobierno; y es público aunque colabore, siempre que su labor sea una labor privada y no sea una labor de pro.

El pueblo de Sevilla lo forman todos los sevillanos que aman a su Sevilla y con ella sueñan, y por ella trabajan, sin pregonarlo públicamente. Público

son todos aquellos que toman a Sevilla como un espectáculo o como una especulación.

Pueblo eres tú, lector amigo, que lees el periódico para enterarte de lo que pasa en el mundo, o para entretenerte en un descanso de tus tareas, para espaciar la mente y dilatar el corazón, sin pensamiento preconcebido.

Público es el lector que se arroga la representación... del *público,* y que lee el periodico por vaga e inútil curiosidad y con un interés sin desinterés, esto es, con un interés egoísta, interesado.

Fíjate bien, lector amigo. Tú lees el periódico, como vives: sin buscar un doble sentido a las cosas y sin diputarse como representante de nadie. Si alguien te dijera que quiere contentar al público, que al escribir piensa en ti, no lo creas. Si pensara en ti, no podría pensar en los otros, y no podría escribir para todos. Sería lo mismo que si tú te creyeras que sólo para ti se escribe o que tú eres todo el público.

La única manera de escribir para todos, para el pueblo, es escribir en espíritu y con verdad...

Y quien dice escribir dice festejar.

Entre fiesta y festejo hay la misma relación que entre pueblo y público.

Tiene el festejo el sello de todo lo que se prepara... artificialmente: el programa, la comisión, el presupuesto, y, sobre todo, el público. El festejo es una cosa pública y para el público.

Así como el hombre—o los hombres—cuando se sienten públicos se dicen: «Vamos a ver...»; así cuando se piensa en el público, siempre nos decimos: «Vamos a divertir...»

Y es claro, la fiesta, la alegría, no aparece por parte alguna. El sentimiento puede ser ennoblecido, pero jamás reglamentado; reglamentado por las frías abstracciones de esa mediocridad, que tanto aborrecía Ernesto Hello.

La alegría no es vulgar. Por eso el pueblo puede estar alegre: porque el pueblo no es vulgo. El vulgo es su parodia, como el parlamentarismo es la farsa de la democracia.

La alegría es inocencia. Para estar alegres, para estar de fiestas, hay que ser puros, ingenuos, hay que hacerse niño, pueblo... El hombre mediocre—desconfianza, envidia y vanidad—como no sabe lo que es esto, tiene que preparar festejos.

La alegría no viene de afuera, nace de adentro: es cosa del espíritu y que al espíritu recrea, por típico o por nuevo, como una evocación o una inspiración, pero siempre, porque le es natural y grato. Lo extraño, lo esporádico, lo exterior, no puede ser fiesta. El pueblo celebra sus fiestas cuando recuerda o cuando sueña algo que quisiera recordar.

Se suele decir: en Sevilla no hay público para nada. Esto no es un mal, sino un bien. Sería un mal cuando se dijera que no hay pueblo...

El mal está en buscar público en Sevilla, cuando los sevillanos son los hombres menos vanidosos de la tierra; y en querer divertir a los sevillanos, que por vivir en esta tierra no tienen que envidiar nada a nadie, ya que vivir en Sevilla es la mayor fiesta que se puede apetecer.

Ya he dicho en otra divagación que los sevillanos no gustan de los genios que no se hacen pueblo. Lo mismo puede decirse de las fiestas. No hay temor de que por esto degeneren.

Hacerse pueblo en Sevilla, equivale a hacerse aristocrático. Difícilmente podrá hallarse pueblo que tenga en sus gustos, en sus maneras, en su vida y en su alma, más noble aristocracia. Es un pueblo de artistas...

Un cantar popular no puede hacerlo un público. Un cantar popular lo hizo un artista tan grande que

no firmó su obra, y se la entregó por entero al pueblo.

Igualmente, nuestra Semana Santa y nuestra Feria. Obra de todos y de cada uno de los sevillanos, no han tenido otro organizador que esta nuestra primavera, llena de gracia. Han llegado a ser típicas por artísticas. Y mientras así no sean, las nuevas fiestas de Sevilla no serán sevillanas.

Quisiera que mis lectores se penetraran de estas ideas...

Mejor que pueblo, hubiera dicho ciudad, ya que el nuestro es un pueblo aristocrático; mejor que fiestas, hubiera dicho juegos de arte, ya que las nuestras son fiestas de gracia y poesía, disantos del amor; si no hubiera intentado mostrar la diferencia esencial que existe entre estas palabras, pueblo y público, fiesta y festejo,... y sugerir a mis lectores el anhelo de un ideal de vida, de una vida ideal.

Quisiera que todos los sevillanos se sintieran ciudadanos de su ciudad, de su Sevilla, de la *Ciudad de la Gracia*.

Interludio

Un buen amigo, llevado de su amor a Sevilla y de una gran consideración para este humilde divagador, ha tenido la generosidad de honrar unas pobres ideas mias con el fino comento de su espíritu emprendedor y culto.

Ante todo, una aclaración. En mi artículo no me he referido a los festejos populares que se proyectan, sino a los que se han realizado.

No me gusta juzgar las intenciones, y menos matar en flor las esperanzas. ¿Cómo puede desilusionar quien ama tanto la «ilusión»?

Si he hablado de programa ha sido en un sentido metafísico y metafórico, en el sentido que están es-

critos todos estos ensayos de ensueños... por la *Ciudad de la Gracia...* en que la vida empírica sólo es una apoyatura para la divagación.

La inolvidable fiesta «España en Sevilla», sin duda alguna, debió tener un programa—¿qué cosa humana no lo tiene?—Pero la bella realidad que se manifestó, al superarle, nos lo hizo olvidar. ¿No es esto lo artístico? Hacer desaparecer el esfuerzo, de tal modo que la obra aparezca como algo espontáneo, natural, sencillo y puro, ¿no es el ideal de todo arte, y sobre todo del arte de la vida?

Y, para terminar, una confesión. Si las cosas que escribo fueran prácticas... no serían mías, y si lo fueran no las escribiría, las haría, que es lo práctico.

Claro que también los proyectos y los presupuestos se escriben... Y ahora recuerdo que una revista local abrió un concurso con este motivo. Pero no es ese mi intento, por ahora... Bueno, este «ahora» es una hipocresía.

Siento que toda la «práctica» de mi existencia se reducirá siempre a soñar un poco al margen de la vida y de los libros.

Bien poca cosa. Y menos mal si las ideas que anhelo sugerir prendieran en otros espíritus y en ellos fructificaran...

Al margen de la fiesta nacional

Estamos en vísperas de la corrida inaugural de la temporada. La gente va hacia Tablada...

Esta sería una ocasión que ni pintada... como la pintan, para hablar de la que ha sido llamada fiesta nacional, y que casi siempre no pasa de ser un espectáculo bárbaro, no tanto por los actores, por los lidiadores, como por el público, por esa masa de espectadores ávidos de los rudos goces de una tragedia que ni liberta ni ennoblece al alma, ni la depura de la pasión....

Pero el que esto escribe, hace cerca de quince años—casi desde que tuvo conciencia de la tragedia de su patria—que no pisa una plaza de toros... Y si tuvo una época en que jugó a los toros—con tan loco afán que llegó a inquietar a su familia—y hasta ha lidiado algún que otro novillo, y no le desagradaría lancear alguna res en medio de la campiña; jamás ha sido partidario de hacer literatura taurina, más o menos periodística, y mucho menos de hacer de los toreros, de los toros y del toreo el tema único de conversación y la preocupación única de la vida.

Los toros no son una cosa literaria. Entendámonos. El toreo puede ser objeto de las bellas artes como puede serlo un aspecto cualquiera de la vida susceptible de ser bellamente artizado. El arte taurino puede ser llevado al arte... bello por un artista capaz de ennoblecerlo y estilizarlo... Y así un poeta hará el poema de los toros, la novela del toreo y hasta una reseña de toros. Mas nunca hemos de pensar que todo ello sea una cosa literaria, como parece que piensan los que sólo saben hablar de cuernos y coletas.

Sin embargo, es tal la sugestión del ambiente que, releyendo no ha mucho las *Confesiones* de San Agustín, escribí lo que sigue, al margen del capítulo VIII del libro VI:

Desde hace un quinquenio obsérvase un crecimiento en la afición taurina, en la *afición,* por antonomasia española...

Cada pueblo tiene su pasión característica, y el devoto de ella es el *aficionado;* en Italia, el entusiasta de la música es el *dilettante;* en Francia, el que gusta de cuadros y objetos artísticos es el *amateur;* en España, el aficionado es el taurófilo.

Esta pasión por la fiesta nacional ha tomado caracteres y proporciones que jamás ha tenido. Parece que hemos llegado a la saturación... No sólo hay más

corridas y más toreros que nunca y en lugares donde antes no sólo se miró con prevención y hasta con desprecio semejante espectáculo, sino que se habla y se escribe de toros y toreros como jamás se ha escrito y se ha hablado. Siempre ha habido literatura taurina: versos, cuentos, hasta manuales del arte. Pero en otros tiempos, los intelectuales, cuando trataban didascálicamente del toreo, era para condenarlo; en la actualidad, salvo algunos, muy pocos (como Noel), que lo atacan abiertamente, la mayoría se limita a censurar ciertas demasías—especialmente del público (Unamuno, Benavente...)—; y son muchos los que hacen su elogio, su apología y hasta su filosofía... (Pérez de Ayala, García Sanchís, Tomás Borrás...)

Tan literario se va haciendo eso de los toros, que es de esperar que en un día no lejano, la gente olvide el ir a la plaza... por leerse la reseña de la corrida.

Aquel día... Aquel día habrá muerto la *afición*, y los toros, reducidos a un mero pretexto para escribir, habrán dejado de ser el arte de la fiesta nacional.

Desde antiguo se había venido hablando del «arte de torear.» Pero ese arte no había adquirido hasta nuestros tiempos una consideración estética. El toreo era una habilidad, una profesión... Era destreza, valentía, o las dos cosas... Pero nada más.

Realmente, el toreo es un arte, y un arte bello... cuando lo es. Cuando hay emoción... Emoción apolínea en el toreo de brazos; dionisíaca en el toreo de riñones; y «hermesina» o mercurial en el toreo de facultades...

Claro que el toreo no es un arte puro y fundamental, un arte de creación, en el que la obra trasciende y es algo aparte del artista—como la arquitectura, la escultura, la pintura, la música y la poesía—. Pero es un arte gimnástico y coreográfico, de recreación o pandiculatorio, como el de los deportes y el de los juegos; un arte de ejecución o de interpreta-

ción, como el de la danza, el de la representación escénica, el del mímico... y el del virtuoso.

Un día diremos algo de la Estética tauromaca. Hoy nos limitaremos a reconocer que el toreo tiene como todo una filosofía y una teoría. Y así hay el toreo dialéctico del *Bomba;* el lógico y matemático de Joselito, el trágicamente cosmológico de Belmonte; el mágicamente mitológico, esfíngico, del *Gallo*... Es lástima que esta filosofía tenga que ser ya algo que vaya picando en historia, con la retirada de *Bombita* y *Machaco*... Pero mientras subsista el misterio del *Calvo* —el verdaderamente misterioso—el toreo siempre será algo metafísico. ¿No es verdad que sus *espantás* parecen salto atrás ante el Misterio?

Joselito y Belmonte serán más o menos fenómenos; pero siempre estarán en el mundo fenoménico, diremos empleando el lenguaje de la Filosofía kantiana. En cambio el único *noumeno* que ha llegado a la región de la cosa en sí *(das Ding an sich)*, ha sido el enigmático *Chanteclair*...

Durante el festival en el río

Olvidemos lo que acabamos de escribir... Olvidemos, a la luz de la luna, en la pureza de la noche vernal, mientras se encienden los farolillos a la veneciana y arden los fuegos artificiales y avanzan las barcas engalanadas; olvidemos la barbarie de la fiesta nacional y esperemos que este nuevo festival que ahora se organiza llegue a tener en su día la virtualidad de un símbolo de vida. ¿Serán como las nupcias de Venecia con el Adriático estas prometidas bodas primaverales de Sevilla con el Guadalquivir? ¿Por qué nuestra ciudad no ha de celebrar sus fiestas en su río?

EN EL REAL... ILUSIONADO

El prado por Abril...

«...de flores lleno», dijo el poeta. Y lo que dicen los poetas es verdad. Ya sabéis quiénes dicen las verdades... Y los poetas son niños y están locos. El arte es locura y es ingenuidad.

La alegría es la flor de la vida. Y decir feria es decir alegría. ¿Qué no será la Feria de Sevilla, ciudad-flor, todo alegría.

Después de la Rosa de Pasión, los claveles dobles de la Feria. Y luego flores, siempre flores. Sevilla es un jardín sin jardines... artificiales, jardín sin jardinero. ¡Si Sevilla cultivara sus jardines, sus flores...! Tal vez no fuera Sevilla, la de las flores naturales, llenas de gracia.

No olvidéis que en Sevilla todo es gracia, todo es maravilla.

La Feria es como un clavel doble... Preguntad a un jardinero cuántos afanes le ha costado, cuántas inquietudes le ha producido, cuánto amor puso en esta flor. Y, sin embargo, para los que vienen de fuera, un clavel parece tan espontáneo, tan natural...

Así es Sevilla, y así su Feria. Así es la mujer sevillana, alma de su vida y flor de su Feria.

La Feria se celebra en el prado, y en el prado no se sabe dónde termina la ciudad, y dónde la campiña; el arte y la industria, el ocio y el negocio, la fiesta y la Feria.

La Feria se celebra por Abril. Acaso influya en ello el gusto de las sevillanas más que el encanto de la primavera.

En «el prado por Abril, de flores lleno...»

Sevilla está loca...

Dijo Muñoz San Román, el ingenuo poeta. Y por ingenuo y sencillo lo dijo.

Sevilla está loca de alegría. Así hablan los niños, los sencillos. ¡Estoy loco de contento! Así exclaman en la Feria los que todavía van al colegio y los que vienen de la campiña.

Sevilla está loca... Entendieron los hombres cuerdos que Sevilla lo estaba porque ya no era aquella Sevilla que ellos recordaban. Sevilla debería estar loca... Tan loca como aquel cabildo que proyectó la Catedral.

Sevilla está dormida... y por la primavera sueña que despierta. Sevilla está dormida... ¡Callad, que no se despierte! Porque si despertara ahora, podría perder la razón de su sinrazón, la naturalidad de su gracia.

El día en que se vivan los sueños, Sevilla dejará de soñar su vida. Entonces, no será locura vivir con la gracia en el alma, y para estar alegre no se necesitará de la locura. Bastará la concordia de los corazones. Mientras tanto...

Alejémonos un poco de la vanidad...

Dijo Alfredo Blanco, el aristocrático poeta. Y lo dijo con la elegancia exquisita de su arte refinado.

Alejémonos un poco de la vanidad. Seamos niños, seamos poetas. Juguemos...

Juguemos de modo que en nuestros juegos no intervenga el azar. Sean nuestros juegos frutos de la inspiración. Juguemos no para matar el tiempo, sino para recrear el espíritu. El juego es una liberación.

Desde que nos hemos empeñado en ponernos se-

rios, la vida parece una bagatela. Los hombres menos alegres son los hombres más frívolos.

Juguemos. Y la vida tendrá para nosotros un noble sentido, un sentido profundo y casto. La vida será bella y buena. El ocio tendrá su virtud y habrá poesía en los negocios.

El juego es un signo de la inocencia o de la aristocracia del espíritu. El juego es una liberación. Y el arte es un juego.

Cuando todos jueguen,... las ideas tendrán la inocencia del niño; las formas, la aristocracia del artista.

Es tan bello el sueño,.. que bien vale la pena de que nos alejemos un poco de la vanidad, para soñarlo...

Por el camino viejo
de Sevilla...

Dijo el castizo poeta Cortines y Murube. Y lo dijo con esa nostalgia que ponen en todo los poetas campesinos.

Por el camino viejo de Sevilla... Tal vez llegaremos a la Sevilla nueva.

El prado de nuestra Feria llegará un día que será urbanizado... Nuestras calles, nuestras casas, tendrán un trazado nuevo... Nuestras costumbres dejarán de ser habituales...

Pero si conservamos el camino de la verdad y de la vida, por las rutas de antaño llegaremos a los hogares de mañana.

¿Cabe mayor progreso que ir hacia adelante siguiendo la tradición?

Yo quisiera que en cada recuerdo se guardara el perfume de una esperanza, y que en todo invento hubiera una evocación; que al revivir y reformarse Sevilla se descubriera siempre la misma; que al extenderse la ciudad se hallara siempre el respiro ferial de

un prado abrileño y el recogimiento aristocrático de un parque fantástico.

¿Cabe mayor encanto que el no sentirse extraño en una ciudad nueva?

Y Sevilla, ¿no es y será siempre...?

Sevilla, la llana...

Así dijo Gustavo Adolfo Bécquer, el poeta de Sevilla, el poeta. Y lo dijo porque era poeta. Lo que dijo es una hermosa verdad.

Llana es la tierra sevillana como límpido su cielo. Llana es el alma de Sevilla como tranquila su vida.

Sevilla es ingenua, y sonríe... Sevilla es risueña y recuerda... Sevilla añora, y al mismo tiempo sueña... Sevilla parece feliz, y canta tristemente.

Sevilla es de una sublime sencillez, tan sencilla como sublime; y por eso es inefable.

En Sevilla todo maravilla. Por algo la he llamado *la Ciudad de la Gracia.*

DE LA FERIA RENOMBRADA

Ahora que se desvaneció el encanto...

Ahora que se desvaneció el encanto de la Feria, y el Real ilusionado tornó a su realidad; ahora que se deshizo la espuma de la alegría, y apagóse el resplandor de las luminarias, y disipáronse los vapores de la fantasía, y acalláronse los rumores del baile y las músicas del amor; ahora es cuando podemos contemplar, como entre bastidores, el tinglado de la fiesta y el exorno de la escena, y apreciar de cerca aquellas lindas cosas que son como las prendas de la dicha que pasó, como los presentes de una promesa aguardada o de un recuerdo no olvidado.

El arte de las casetas

Es el arte de nuestras casas. La proyección estili-

zada de nuestra arquitectura. La ciudad de la Feria es como un espejismo de la *Ciudad de la Gracia.*

Como la Giralda estaba lejos--en el horizonte, en el cielo—los sevillanos levantaron la Pasarela, por tener una altura. ¡Es Sevilla tan llana! ¡Es el nirvana tan sevillano! Si no fuera por su amor al ensueño, a lo azul, por la eclosión de su alegría y el florecer cotidiano de su espíritu, Sevilla se dormiría para no despertar. ¡Es tan bueno el dormir! Pero...

La oración fervorosa que sube a los cielos, la copla jubilosa o apesadumbrada que asciende de la tierra, el puente que el arte alza sobre la vida...

La Giralda, la peineta, la Pasarela...

La Pasarela fué por otra razón.

Como las sevillanas no gustan callejear, cuando la moda las sacó de sus casillas, quisieron pasear como si estuvieran en sus casetas, en sus casas. Y pasearon en coche. El Real de la Feria convirtióse en un arrecife, en un vial encadenado y cruciforme. Y los sevillanos levantaron la Pasarela, por tener un camino.

Antes de esto, y antes de ahora, antes que todo fuera calle y público paseo, las casetas eran lo que debían ser, casitas de campo, tiendas de campaña, alzadas durante una romería.

Cuando la manía de las fachadas, tan peculiar de las urbes modernas, todo exterior, y tan contrarias a la arquitectónica de nuestra vida, todo intimidad, no había convertido en decoraciones de teatro a nuestras casetas, éstas servían de albergue cómodo a la vida alegre de la Feria, y tenían en su misma sencillez su mayor belleza.

Y así como en la ciudad a la mansión tradicional, típica, han sucedido las casas de piso, así en la Feria las casetas de los casinos van sustituyendo paulatinamente a las originales casetas particulares.

Nuestros hábitos y maneras, trajes y bailes, han adquirido esa uniformidad, esa monotonía, un tanto

superficial y frívola, tan característica de nuestras sociedades sin carácter, donde las modas cambian tan fácilmente, sin duda como contraste o compensación a lo mucho que se imita y repite un mismo patrón o modelo.

En cambio, vamos perdiendo, no sólo el recreo de vivir en la Feria todo el día, sino el particular contento de los días de feria, y lo que es más doloroso, la gran virtud de la hospitalidad que sólo puede practicarse en nuestras casetas y en nuestras casas... ¿Qué mérito tiene, caso de que pudiera hacerse, el invitar a un forastero a una casa que, como el casino, apenas si nos pertenece, que es nuestra alícuotamente?

Así es como el arte de las casetas refleja la evolución del arte de nuestra arquitectura.

Y como lo arquitectónico es floración de lo biológico, y la vida lo es del alma, nos apena el pensar si tal vez con estas mudanzas hayamos perdido nuestro espíritu.

No sé si nuestra Feria llegará a desaparecer algún día, y si esto es un bien o un mal.

Pero mientras perdure, ¿por qué nuestras casetas no han de ser lo que eran, mejor, lo que debían ser?

No olvidemos que la caseta es... eso, una caseta. Y nada más. Y toda decoración que no responda a su sistema constructivo, a su arquitectura; toda decoración que pretenda imitar o simbolizar algo; todo lo que sea teatral, escenográfico, no pertenece al arte de la caseta.

La arquitectura de la caseta es bien sencilla: un armazón de madera o hierro y un revestimiento de lienzo, de tela. Y con estos solos elementos puede conseguirse una inmensa riqueza decorativa, de efecto maravilloso y sorprendente.

Bastaría para ello que los tipos de caseta que ahora se construyen—de base rectangular y armadu-

ra apuntada—se combinaran con otros de forma circular y cubierta cónica o cupuliforme, como las tiendas de campaña de los árabes o de los venecianos, y que los lienzos o las telas del revestimiento tuvieran una discreta y artística policromía, un solo tono fundamental para cada caseta, con un matiz más claro al interior.

En estos tiempos socialistas o socializadores, de ordenanzas municipales que regulan la línea de las calles y la altura de las casas, hay poco lugar para la iniciativa particular. Y quizás esto sea preferible... por muchas razones. Pero aun así, la iniciativa individual tiene ancho campo para desplegarse, y precisamente en el terreno más propio y adecuado, en el interior.

La iniciativa particular debía dirigirse principalmente al exorno interior y al del jardincito de plantas y flores que no sólo precedería sino que rodearía, como un *ambitus,* a la caseta.

Y además, si en vez de esa disposición que tienen actualmente las casetas se procurara romper la línea recta con algunos hemiciclos, a manera de barreduelas, patios o plazas, el conjunto de la ciudad de la Feria presentaría esa armónica variedad que tiene o debería tener la *Ciudad de la Gracia.*

...Y si algún día la Feria desaparece, quedará de ella no sólo un recuerdo artístico sino una esperanza vital: el ensayo de una ciudad ensoñada.

Mas para hablar de esto hay que subir a la Giralda.

Las sillas de enea

En el último número de la revista *Deutsche Kunst und Dekoration* he visto una lámina altamente sugeridora. Es la reproducción en color del exorno, del mobiliario de una sala familiar, una de esas salas íntimas, de confianza, que son como el hogar de una casa.

En el centro de la habitación, y como motivo principal de ella, una gran mesa redonda, semejante a nuestras clásicas camillas, con tapetes y haldas de color grana; y alrededor, un sillón y varias sillas de enea, con la madera pintada de negro, como los sillones y las sillas que conocimos en nuestras casas y aún se conservan en las casonas de los pueblos.

Aquella camilla tan *casera,* en torno de la cual oímos tantos cuentos de invierno, y aquellas sillas, que tantas veces dejamos sin asiento al sacar tirita a tirita las espadañas, con esa destrozona e inocente pandiculación característica de los niños, «que nada dejan quieto»; aquellas sillas y aquella mesa, que hemos sustituído por otros muebles de Londres o de Viena, reaparecen ahora en una revista de Darmstadt, como el elemento principal de la decoración de un hogar alemán.

Y al contemplar dicha lámina pensé en el arte del decorado y en cómo cambian las decoraciones.

Una vieja silla de enea puede darnos una sensación artística y moderna... Basta que tengamos un poco de gusto para colocarla y que la contemplemos con un poco de emoción.

¡Las sillas de enea sientan tan bien, son tan propias, tan decorativas, en nuestras casas y en las casetas de la Feria!

Las macetas

La maceta es como un corazón... Por eso las macetas son el plantel de nuestras mujeres, forman el jardín de las mansiones sevillanas.

Macetas en la azotea, macetas en los balcones, macetas en el patio. Floreros... Flores por todas partes. La maceta adorna la casa; las flores, el pecho y la cabeza de la jardinera.

La maceta es el emblema de nuestra vida y de nuestro arte. Vida de jardineros, que cuidan una flor;

o muchas flores, pero flor a flor. Y nuestro arte es como nuestra vida. Y así debe ser. ¡Ojalá todos los hombres fueran jardineros!

Las peinetas de teja

¿Recordáis?... Eramos niños... Ibamos de visita a casa de una señora anciana—nuestra madrina, nuestra tía...—; una anciana señor aque nos quería mucho y nos daba dulces, que conoció los amores de don Alfonso con su prima, la hija de la Infanta, y conservaba en una vitrina uno de los primeros *pericones* que vinieron a Sevilla, o tenía en el centro de la sala una de esas mesitas que sirvieron de caja a un mantón de Manila. ...O tal vez eran nuestra madre o nuestra abuelita las que, por ver si nos estábamos quietos, nos prometían enseñarnos la cómoda de los días de fiesta o el oloroso y pulimentado arcón de cuando era novia.

¿Recordáis la honda emoción que sentiais cuando se abrían los estuches, perfumados unos de aromas lejanos, adornados otros con extrañas y brillantes labores; y cómo quedabais atónitos, sin cansaros nunca y sorprendidos siempre, ante esas lindas filigranas que tanto gustan a las mujeres y que ellas solas saben nombrar—frívolas necesidades que constituyen el arte femenino por excelencia?

¿Recordáis la peineta de teja que un día levantaron en triunfo unas manos elegantísimas y acariciadoras?

¿Y no imaginasteis entonces que aquella peineta era como la misteriosa concha de la espuma vagorosa de la mantilla española?

Y al recordar todo esto, ¿no pensasteis en el mudar de las modas?

Y sin embargo... Cuando llega la Primavera, la mujer sevillana parece que pide ser coronada por la peineta... La peineta labrada para lucirla entre flores.

La peineta de teja para prender en ella las blondas o los madroños de la mantilla.

La mantilla es un símbolo. Es la enseña del misticismo y de la alegría de las fiestas de Sevilla.

Ahora que terminó el ensueño

Ahora que terminó el ensueño de la Feria, y la vida, interrumpida en un remanso bullicioso de aquietada inquietud, continúa su curso; ahora que de nuevo me encuentro frente a ti—lector curioso, lector amigo—sin más presentes que la prosa de unos cuantos divagares míos, el remordimiento hace presa en mi alma, y quisiera confesarme contigo.

Yo no debía escribir... y escribo. Yo no debía publicar... y publico. Yo no debía distraer tu atención de la actualidad ambiente y viviente de la realidad con mis comentarios inoportunos y digresivos; y te distraigo... sin distraerte.

Y en vez de pedir perdón y callarme de una vez para siempre, tengo el atrevimiento de pedir venia a mis lectores... para seguir vagando y divagando... *por la Ciudad de la Gracia...*

Entre la Semana Mayor, que es la Semana Santa, y esa semana menor, que son los días de Feria, divagamos un poco en torno de las fiestas de la primavera...

Ahora divagaremos acerca de otras fiestas, de las fiestas intemporales del espíritu, de los juegos del arte...

Al alejarme de la caseta y del casino, he hallado en casa un libro abandonado; he pasado por la plaza del Triunfo y he subido a la Giralda, y desde ella he oteado las cosas que pasan y he vislumbrado el nuevo curso del río.

LA GRACIA DEL ARTE

Durante el eclipse del sol

El sol de la Gracia, de la Gracia de Grecia, el sol que es símbolo de Apolo, el sol del arte..., ha dejado de lucir para Sevilla, en esta primavera.

Sin Exposición de Bellas Artes; cerrada, apenas se inauguró, la temporada filarmónica...

...Y lo peor es que no se puede decir la verdad... La verdadera verdad de la verdad verdadera.

Cuando se vive y escribe con toda el alma..., se suele hacer el ridículo... No hay más remedio que sonreir..., para que no se rían de uno... ¡Triste destino este de que sólo sean claras las hipocresías y las ironías!... Mas, ¿para qué queremos la fantasía?

Si nos sentimos demasiado jóvenes para transigir o acomodarnos a una realidad que nos es ajena, ¿por qué no la inventamos? Hagamos un mundo, una ciudad, según nuestras imágenes y según nuestros gustos.

Con un poco de fe, de esperanza y de amor, ¿para qué nos sirve el mundo de las apariencias, si tenemos en el alma el sol de las ideas?

Después de todo, quien no se consuela es porque no quiere.

Si no hay Exposición... podemos visitar los estudios de los artistas.

Si no hay conciertos ni óperas, podemos escuchar la música que modulan unos labios femeninos.

¿Qué nos importa que pasajeramente se nuble el sol, si sabemos que el arte vive en las almas?

Llegará un día...

Pero entre tanto, sólo puedo ofreceros algunas ideas.

Las ideas de hoy se despertaron en mí al contem-

plar el cuadro de un joven pintor, y las figuras de un escultor joven también.

Las que temblorosas y tembladoras, con calor de emoción, surgieron en mi alma al escuchar la charla deliciosa de una graciosa sevillana, esas... hoy por hoy son intraducibles. Todavía sólo las entiende el corazón... Como van de corazón en corazón... sólo en el corazón prenden...

La gitana empolvada

Miguel Angel del Pino, el pintor de la línea elegante, la línea elegante de los cuellos de cisnes, ha terminado un cuadro que podría intitularse «La gitana empolvada».

Es una «andaluzada» suave, fresca, nada cálida, y sin embargo llena de vida; con más vida acaso que si en vez de la gama ciánica hubiera desarrollado las tonalidades xánticas, el inevitable aurirrojo de los meridionales.

Este cuadro es un símbolo... El rostro de la gitana aparece empolvado; pero el brazo musculoso y desnudo se halla todavía tostado por el sol... He aquí el contraste entre el ideal y la práctica de una raza, de un pueblo, de una ciudad...

La gitana tiene una de esas caras, que tanto abundan por aquí, y que han visto tan pocos, una de esas caras que «se derriten de gusto».

La gracia sensual del hoyuelo del cuello y la húmeda y tierna de los ojos, son como el trémulo palpitar de la vida en un paisaje de ensueño.

Y por bajo del pecho, cruzándolo, un brazo desnudo, musculoso, tostado por el sol...

En el fondo, Sevilla esfumándose en la gracia aristocrática del gris azulino de las nieblas del río...

Se habla mucho del cielo azul de Sevilla... Pero muchos olvidan esas nieblas mañaneras—esos tules de ilusión—con que el Guadalquivir gusta de engalanar a su amada la Giralda...

Las cigarreras en el puente

Así podría titularse un grupo modelado por un escultor sincero y joven: Agustín Sánchez Cid.

Es la única obra de asunto andaluz, sevillano, que he visto en su estudio. Es la que tiene más movimiento, la más literaria, la menos escultórica.

El autor me decía con una sinceridad que sólo se halla en los jóvenes que confían en su juventud: Esto fué un ensayo... Para no perder la ilusión hay que mirar con deseo de ver lo que queremos; hay que abrir y cerrar los ojos a cada instante... Y francamente, para esto no sirve la escultura. El artista no debe ser tan realista, tan naturalista, que falsee la realidad, la naturaleza de su arte...

Y observando los demás proyectos y las restantes producciones esparcidas por el estudio, pensé que la excesiva movilidad de aquel grupo de esculturas se debía más que al procedimiento o a la técnica del artista, al asunto escogido.

Figura el paso de unas muchachas del pueblo por el puente de Triana, una tarde que hace viento. Las he llamado cigarreras... Pero lo mismo pueden venir de la Fábrica de Tabacos que de la Cartuja.

La brisa del mar, con la marea, ha remontado el curso del Guadalquivir, y hace ondear las faldas y riza el cabello y besa los rostros de estas tres salerosas *gracias*, que están más llenas de gracia y tienen más ángel que las tres de la mitología.

Y he comprendido que nadie puede contemplarlas con la serenidad que se contemplaría, por ejemplo, un friso del Partenón. Imposible es permanecer impasible ante ellas. ¿Quién al pasar a su lado no les dirige un piropo? En Sevilla, ya lo he dicho otra vez, no se puede ser mero espectador, a menos de carecer de fantasía y de corazón. Y el arte clásico parece que no quiere dar margen a la colaboración de los especta-

dores. Todo se da hecho, todo está acabado. Y la escultura es el arte más clásico de todos.

Tiene Sevilla el romanticismo de una intensa vida sentimental, nunca exteriorizado por completo; el romanticismo que deja en el alma el ensueño de un amor infinito, jamás saciado.

Y este vivir interior, como ensimismado, de una tan profunda riqueza ideadora y cordial, no puede moldearse, no puede ser contenida en una forma clásica, de contornos precisos, de líneas serenas.

Vaga, por su misma movilidad anímica, es la forma en que intenta definirse en un ambiente tan plástico. Vaga es también su alegría; esa alegría, sin reposo, que reina cuando se reunen las mujeres y los hombres de Sevilla.

He aquí el conflicto para quien quiere artizar escultóricamente la vida sevillana. Y este conflicto sube de punto cuando se trata de un grupo.

Y sin embargo, Sevilla también puede ser representada por la escultura. Mas para ello hay que aguardar a que esté en calma su vida exterior. Y Sevilla sólo está inmóvil cuando está sola y sueña, cuando sueña a solas recostada en un barandal... o reclinada en una mecedora...

La risueña visión

En las páginas de una revista andaluza, ilustrando la canción de un poeta a los «Jardines del Alcázar», se ostentan, sobre las estrofas, como los capiteles floridos de dos columnas, como las gotas irisadas de dos surtidores, los dibujos de un díptico de un joven pintor: Alfonso Grosso, el pintor de los patios y jardines de Sevilla.

Ante los ojos reidores, rientes, de este risueño pintor, todo ríe y sonríe... Todo ríe y sonríe con la risa ingenua y fresca de la juventud; con la sonrisa aquella que Martínez Sierra puso en nuestra seria y seca literatura... Todo en los cuadros de Grosso—la línea

grácil y la grata entonación—ríe y sonríe con la gracia de los patios y de los jardines sevillanos...

La gracia de los patios y de los jardines—en las casas—, de las plazas y de los parques—en las ciudades—, es la gracia—la magia, el milagro, la maravilla—de todo lo que se espera... de lo que está lejano, y el amor y el ensueño lo aproxima...

Un jardín para enamorar, para ensoñar... Un patio para mecer los sueños y gozar del amor... Un patio es un suspirar por el cielo y un descender del cielo al corazón del hogar... Hay en todo jardín la ilusión de una promesa, de un anhelo de campiña; la ilusión de un recuerdo, de un retorno del campo a la ciudad... El campo verde y el cielo azul..., el firmamento, la naturaleza virgen..., lo infinito que se nos entra en casa...

...Alfonso Grosso parece vivir en un patio iluminado por la risa de los niños, que, al abandonar sus juegos, hubieran dejado su alegría prendida en un rayo de sol, en las hojas de los árboles, presa en el cristal de las fuentes. Alfonso Grosso ve el mundo como si todo el mundo fuera un jardín... donde la sonrisa de las flores—mariposas posadas—nos hiciera olvidar el ocaso en que perderán la luz de sus alas... Alfonso Grosso pinta como vive, y pinta lo que ve... la risa y la sonrisa de un patio y de un jardín...

Toda su vida se reduce a ver... y a reir, y a sonreir. Y ve sin mirar, porque la vista en él no es un sentido, sino toda su vida. Y ríe y sonríe ingenuamente, porque no hace más que ver... con ojos de niño, con ojos de artista. Porque no es más que artista... es además un «buen chico». (En cambio, otros buenos artistas, cuando salen de su arte, no son sino malas personas).

A Grosso le liberta de la vida su visión. Visión que no es visionaria, fantástica, sino viva y real; pero vida con emoción, con sentimiento, y así es ilusionada. Y

al dar vida a sus visiones con el arte de la pintura, lo hace sencillamente... pintando, coloreando, matizando, entonando la risa y la sonrisa de sus jardines y patios. Así como otros pintores hacen literatura con la pintura, o pintan arquitectónicamente, o tienen una técnica pictórica completamente decorativa, o están dotados de un profundo espíritu musical, tizianesco, de la música—como Miguel A. del Pino—, así Grosso pinta... pictóricamente, pintorescamente...

Todo para él es un paisaje. Las mismas personas están tratadas como figuras del paisaje. El paisaje no es en él un estado de alma, sino su alma entera... toda su alma que ríe y sonríe encantada en los patios y en los jardines de Sevilla.

Sevilla es la ciudad de los patios, la ciudad-jardín por excelencia... Un patio de Sevilla es más patio que en parte alguna: es «el patio»... Un jardín en Sevilla no parece obra del cultivo, sino una cosa natural; la Naturaleza, la creación misma, hecha jardín, recreación de los sentidos y del alma. Patios y jardines de Sevilla... Patios y jardines regios, principescos, ducales, monacales... Patios y jardines del Alcázar, de la Casa de Pilato, del Convento de la Merced, del Hospital de San Lázaro...

He aquí los patios y jardines que ha pintado este joven pintor de alma risueña y ojos reidores.

LA BUENA SOMBRA

Un humorista de buen humor:
Juan Lafita, el bien humorado

El 1913 ha sido un año de gracia para Juan Lafita. Este artista de la risa se ha hecho un gran cartel. El cartel de las fiestas primaverales de la *Ciudad de la Gracia*—el *affiche* que ha fijado en su óvalo toda la

maravilla de Sevilla anunciada ya en sus anteriores carteles—. Y el cartel que ha ganado como ingenio festivo, con la publicación de sus «cartas desde la Ciudad de la Alegría.»

El primero de nuestros cronistas—Alfredo Carmona—ha cantado un madrigal a las pantorrillas de la simbólica gitana—la maja desnuda y velada sultana—. Y el último de los divagadores pretende esquiciar en estas páginas el arte del más jocundo de los humoristas sevillanos.

En el aire suave y grácil de los abanicos femeniles iba la fama de sus dibujos intencionados—figuras de un «paisaje entre visto y soñado»—. Y al son de las carcajadas en que se quebraba el retozar de la risa, chispeaban sus frases facetadas, de una diafanidad diamantina, y, como el diamante, de muchas caras.

Sus diseños corrían de mano en mano; sus dichos volaban de boca en boca... Y cuando el año pasado tocaba a retirada y las hojas caían y se daban las castañas, llegó a noticias del gran público lo que ya no era un secreto para los amigos que conocían los apuntes de este ingenioso gozador de la vida.

Juan Lafita se reveló como un literato de *primo cartello.*

Esto era ir de Goya a Mark Twain; o mejor, de Juan Lafita al mismo Juan Lafita. Así como Thackeray se servía de la novela y de la caricatura para sus sátiras, así a Juan Lafita no le bastaba el dibujo, ni el color, para desplazar su *vis* cómica; necesitaba también de la palabra para traducir toda su fuerte y clara jovialidad. Y así, además de caricaturista, de cartelista, de *panelista... se* ha manifestado como un felicísimo escritor de cuentos droláticos y regocijados artículos; divertido cronista de modas, teatros y toros. Y sobre todo un honrado humorista, un humorista de buen humor.

Este muchacho alegre, sano, de franca fisonomía y corazón de oro, tanguea en el *Liverpool* con el mis-

mo frac con que ha valsado en el Círculo; esboza sobre una mesa de *Novedades* la silueta de una *bailaora* con idéntica atención con que en el Archivo de Indias hubiera copiado una escritura de concesión de tierras americanas; conversa con igual *sprit* en el palco de un teatro elegante que en la contrabarrera de la Plaza de Toros; y con iguales ganas ríe y hace reir siempre y en todas partes, en la biblioteca del Ateneo como en un aristocrático automóvil...

Y luego para regodearse con el recuerdo—y recrear a sus amigos con el cuento—nerviosa y rápidamente traza unas líneas, escribe unas frases, en unos cuadernitos que siempre lleva en el bolsillo.

En estos cuadernitos—que tanto recomendaba Leonardo de Vinci a sus discípulos—lo va registrando todo, todo, hasta lo más íntimo—lo que ha hecho y lo que ha de hacer—con una franqueza que sólo pueden permitirse los que están muy seguros de su conciencia y de su alegría. Al lado de la cuenta de la patrona de la casa de huéspedes, unos versos a la mujer amada; junto a una receta, el croquis de un anuncio; un asunto literario para un cuadro, que no se pintará nunca, tras el esquema gráfico de una divagación, que no se ha de escribir jamás...

La colección de estos apuntes podría denominarse con el mismo título que Robert Seymour dió a su obra: *Esquisses humouristiques.*

Juan Lafita es un humorista; un humorista que siempre está bien-humorado; un humorista de buen humor.

Este buen humor natural—hijo de la buena sombra que siempre le ha acompañado y del genio alegre con que Dios le ha dotado—explica el humorismo de su arte.

«El humorismo de los hechos y de las ideas—dice Owen Seeman—es común a todos los pueblos. Pero hay un humor de la forma y de la expresión que di-

fiere según las razas». El humorismo *lafitiano* más que sajón es español, y andaluz, mejor que castellano. Netamente sevillano por la gracia y el donaire con que se engalana.

En este humorismo no hay otro contraste que el del llorar de risa. El «ideal grotesco» de Ruskin y lo «cómico romántico» de Richter se hallan disueltos en la sal que sazona la vida fácil y plácida de la siesta andaluza. «El humor es la gracia que hace la salud de las gentes»—ha dicho Georges Belcher.

Hay quien para ser profundo tiene que descender a las simas; y quien quisiera contemplarlas desde las cimas cercanas; y quien se contenta con mirar desde el borde el abismo. Juan Lafita es de estos últimos. El día que se pueda volar acostado será a un tiempo elevado y profundo.

Profundiza con ligereza espiritual, con benevolencia... Ahonda, ahonda, sí; pero al ahondar llega a lo vivo, a las entrañas; y, como las suyas son buenas, no quiere hacer pasar un mal rato a nadie, ni dar a nadie un triste espectáculo; y se pone a contar en un tono impasible y con una serenidad que sería imperturbable... si pudiera contener la risa, «una historia regocijante que ha empezado por hacerle reir a él mismo».

Todo el que tiene en el lado izquierdo esa cosa absurda que se llama corazón, siente pudor de expresar lo que siente; porque estas cosas no interesan a nadie, y pueden hacer sufrir a las almas sensibles. Con sus sentimientos hacen los humoristas una infusión de flores cordiales para hacer sudar a los que tienen frío en el alma.

Como todo humorista, Juan Lafita es un sentimental. «Los buenos humoristas, son sensibles, sencillos, tímidos. No hay humorista que no guarde en sus cajones centenares de versos». Yo no sé lo que guarda en los suyos Juan Lafita; pero en sus cuadernos he

visto unos versos a una mujer... Juan Lafita es un sentimental. Pero su sentimentalismo no es sensiblería: procede *ex abundantia cordis.*

Sus humoradas son corazonadas o viceversa. Por eso la penetración intelectual y el sentido crítico que a otros conduce a la burla, al sarcasmo, en él quedan contenidos dentro de los límites de una inocente broma. No busca tanto el ridículo como lo que hay de gracioso en el mundo. Y si no puede menos de ver el lado cómico de las acciones humanas, sabe reir de modo que aun los que provocan la risa llegan a divertirse con ellas. Aunque a veces pretende corregir con la sátira los vicios y las flaquezas del prójimo, se siente tan humano y es tan artista y lo hace tan desinteresadamente, que la misma moral que quiso introducir en su arte se convierte en belleza, y la ética vuelve a ser puramente estética.

A él con más razón que a ningún otro pueden aplicarse las palabras que Albert Engstroom pronunció refiriéndose al humorista: «Es un hombre que está siempre contento de la existencia: un hombre que no puede ser pesimista. Sonríe benévolamente a todo lo que la vida ofrece de grotesco. Sus motivos son exclusivamente buenos; sus intenciones también. No satiriza, no ironiza; penetra y perdona. En la sátira y en la ironía puede haber humor; mientras que en el humor no hay sátira ni ironía». A lo más, el humorista aporta a su trabajo una ironía despojada de maldad. Es un espíritu sutil, variado y amplio para una crítica sin acritud.

A la manera de Tristán Bernard, Juan Lafita ha llegado a ser humorista a fuerza de sinceridad. Pero su sinceridad tiene tal gracia, que la verdad dicha por él no sabe amarga. Es la verdad sentida por un «corazón sencillo»; vista por «una imaginación llena de energía e ingenuidad»; y dicha «con una alegría infantil unida a una bonachería que se complace en exageraciones, imposibilidades y rarezas sin cuento,

y con un arte infinito para no exponer de un rasgo el pensamiento, sino velarlo sutilmente».

Hasta ahora, hasta el año de gracia de 1914, Juan Lafita sólo se ha servido de dos artes para dar forma a su humorismo, para estilizar sus humoradas: la Pintura y la Literatura.

De la obra pictórica llevada a cabo por Juan Lafita apenas si los fotograbados pueden dar una sensación aproximada. ¡Es tan múltiple y multiforme, tan incopiable!... Nadie mejor que el autor—este artista, que tan bien se conoce a sí mismo—puede darnos una idea de la estética y de la técnica de su pintura. Y así lo ha hecho en una especie de autocrítica que ha intitulado: «*Notas literarias a modo de resumen de lo que yo pienso, siento y quiero que sea la pintura, basada en la práctica propia y el consejo ajeno*».

De la obra literaria, hasta ahora inédita, de Juan Lafita, apenas si lo publicado puede dar una idea acabada, y merecía que fuera apreciada en todo su valor. Y nadie mejor para ello que el primero de nuestros escritores eutrapélicos—Alfredo Carmona—, quien con gracia tan soberana acierta a descubrir cotidianamente el aspecto risueño de la vida. El humilde divagador que ha pretendido esquiciar la personalidad de aquel humorístico gozador de la vida, se contenta con desear que por alguien se recojan y publiquen las «*Notas pintorescas que a modo de diario, de memorandum o de confesiones ha ido escribiendo* Juan Lafita».

Por ahora, nos limitaremos a indicar la íntima fusión de estas dos formas artísticas—la pintura y la literatura—, a que ha llegado por la virtud expresiva de su buen humor, y con que ha sabido traducir todo su sevillanísimo humorismo.

Así como su pintura tiene mucho de literaria—por la intención y la composición—, así su literatura es una literatura pictórica, tiene el encanto de lo que

todavía vive en el ensueño y ya ha sido desvelado, de lo que se escribe para ser pintado y queda dicho en palabras preñadas de ilusión.

Esta revista de Sevilla tiene como ideal el ser el eco sincero, el espejo fiel del alma y la vida de la *Ciudad de la Gracia*. Hoy ha querido presentar a una personalidad representativa de la buena sombra sevillana, a un artista de la gracia plástica, pintoresca, pictórica, a un pintor de la gracia. Y al escoger a Juan Lafita—el bienhumorado—como el humorístico pintor de caricaturas, carteles, retratos y paneles, ha descubierto en él a un escritor lleno de gracia, a un humorista de buen humor...

EL TEATRO DE LA GRACIA

En este divagar por Sevilla, la *Ciudad de la Gracia*, ¿cómo no recordar con grata emoción y reconocida gratitud, cómo no tener presente a cada instante y en todo lugar el teatro quinteriano, el arte inimitable de estos dos hermanos, artistas enamorados de la gracia de nuestra ciudad?

Quisiera que el reciente estreno de *Malvaloca* no prestara a mi divagación la relativa actualidad de una crónica teatral; y que este recuerdo del teatro quinteriano no se estimara como una crítica literaria. Otro día estudiaré. Hoy quiero divagar.

El teatro de los Quintero es siempre de actualidad en Sevilla; tiene la transcendencia de un presente intemporal, la de una actualidad que nunca pasa. Y esto no sólo por su valor literario, técnico, sino por su valor representativo, simbólico.

El teatro de los Quintero es algo más que una obra literaria, es una realidad de nuestra vida; una producción natural tanto como una proyección artís-

tica; mejor, algo que después de artizado se ha incorporado a nuestra existencia cotidiana, connaturalizándose con nuestro modo de ser y convirtiéndose en algo nuestro, como nuestro cielo, como nuestro río, como nuestros cantares, como nuestros monumentos... Muchas veces he pensado que este teatro podría ser mi mejor guía en este divagar por la *Ciudad de la Gracia.*

Y fué pensando en la gracia del arte quinteriano, en la gracia de su teatro, como se me ocurrió considerar a Sevilla cual la ciudad y el teatro de la gracia.

Esta gracia de que hablo no es solamente aquella que mueve a risa por humor o habilidad, con un decir chistoso o una situación cómica, con una agudeza o una ocurrencia. Si así fuera, el encanto de Sevilla sería harto superficial y su teatro no pasaría de sainete. Esta gracia podrá hacer gracia, pero no comunicarla...

La gracia de que predico excelencias es aquella que mueve a gratitud, por amor de caridad y amor de poesía, con sonrisas de piedad y lágrimas de gozo; es a un tiempo creación recreadora y activa contemplación; es virtud sin esfuerzo, ciencia infusa, arte espontáneo y natural, don divino, superior en calor humano a la belleza presentida y a la justicia pensada por los hombres; realidad más pura que toda utopía, simpatía de la mente y luz del sentimiento, razón del corazón, poder y conocimiento que por modo sobrenatural recibimos y por grande amor comunicamos a cuanto nos rodea... alegría divina de los hombres, que hace de la tierra cielo...

...Y así es Sevilla, la ciudad de la gracia. Y así es el teatro de los Quintero, el teatro de la gracia, el teatro de Sevilla...

...Sevilla tenía su lírica, su leyenda, su novela... acaso su drama; pero no su teatro. ¿Recordáis las

«Rimas», recordáis «La hermana San Sulpicio»—para mi gusto, una de las tres mejores novelas españolas del siglo XIX?

...Sevilla había sido descrita, había sido cantada... pero no representada en la escena, al menos, como ciudad, como la ciudad de los sevillanos.

Nada, en efecto, menos teatral que nuestra vida, que nuestro carácter,... si por teatral se entiende lo que vulgarmente así se llama... Aquí no solemos prodigar el *ecce enim,* ni el *¡voilá!...* Aquí hablamos de Sevilla y del Guadalquivir «sin darle importancia ni al Guadalquivir ni a Sevilla», como el personaje de la comedia quinteriana.

Para que Sevilla—su alma y su ambiente, sus tipos y costumbres, sus dichos y sus hechos, su vida—fuera artizada dramáticamente, sería menester: o que Sevilla dejara de ser lo que es, o que el teatro se hiciera sevillano... Lo primero aún no se ha conseguido, afortunadamente, a pesar de los esfuerzos en contra de los innovadores desgraciados y de los *arcaizantes* sin gracia. Lo segundo, sí. Y ha sido por obra y gracia de la artística hermandad quinteriana.

¿Y cómo es este teatro que llamamos nuestro?

La dramaturgía sevillana no puede tener por base el interés efectista de la acción por la acción misma—que ahora vuelve a estar de moda con el género cultivado por Bernstein, Lorde..., y con el melodrama de nuevo cuño de detectives o apaches...—; ni la abstracta preocupación por los problemas sociales, que supone el drama de tesis—puesto en boga por quienes no comprendieron a Ibsen, a Suderman, a Shaw, e imitaron a Capus y Bourget...

¿Cabe imaginar siquiera que la intriga folletinesca, o un problema doctrinario sean la trama de un drama aquí donde todo es claro, sencillo, real; donde la acción es lo de menos y donde la aventura más extraordinaria no conmueve como no vaya signada con

un rasgo de ingenio o animada por una vibración sentimental; donde no pasa nada como no sea el profundo pasar del tiempo, y eso cuando el corazón nos advierte que pasa el amor; y donde el místico y poético optimismo y serena filosofía de nuestro pueblo diluye en una sonrisa o en un cantar todo el dolor de la tragedia y no da importancia a otros conflictos sino a los que, como los nacidos de la pasión, entrañan una razón de vida... o muerte?

Por otra parte, el buen gusto natural y la fina percepción artística de los sevillanos, de igual manera que les hacen considerar que el teatro no es lo teatral, les llevan a rechazar por antiartístico el drama ideológico—hibridismo que sólo pudo ser concebido en estos tiempos seudo-científicos, en que todo es ciencia menos la ciencia misma, y por quienes sin tener nada de artistas ni de pensadores, se creyeron en posesión del talismán que convierte los conceptos en intuiciones puras.

El teatro de Sevilla ha de serlo de la realidad de nuestra vida, pero de la verdadera realidad, que mientras más verdadera y más vida nuestra contenga, más teatro poético y más teatro de ensueño habrá de parecer. Será un teatro de amor. Será el teatro de la gracia...

El teatro de la gracia es teatro de amor.

Con amor fué creado por los hermanos Quintero; y así pudo ser alegre y poético, con todo el encanto de una amable ilusión, sin dejar de ser real y verdadero; ya que la fuente amarga de la verdad se torna piadosa y dulce cuando es alumbrada con un rayo de amor. La verdad se debe decir siempre, pero con el alma en gracia.

La gracia es amor; y el amor, la esencia y el perfume de nuestra vida. Es en Andalucía, la región de «lo eterno femenino», donde suena para el alma «la hora romántica» de la «comedia sentimental». Es An-

dalucía el escenario y la jornada del amor, el teatro de la gracia.

He aquí la clave del teatro quinteriano. Teatro de sano optimismo y plácido ensueño, teatro de la realidad andaluza, sevillana...

Examinando la copiosa y lozana producción quinteriana observamos, a simple vista, un hecho altamente significativo.

En aquellas obras en que la gracia o el amor no son el asunto capital, el tema único, el argumento entero, o no aparecen como tales y en primer término, la escena donde el drama tiene lugar no es Andalucía. Andalucía aparece en la escena cuando el amor se revela en toda su plenitud, como la pasión soberana, como la acción básica, como la idea madre, dominándolo todo, los personajes, los actos, el diálogo, con el hechizo invencible de su gracia.

Así, por ejemplo:

Es en una ciudad castellana, en *Guadalema,* donde anida la estéril envidia de la *dicha ajena;* donde se ofrece el espectáculo triste y ridículo de la vanidad que produce entre los suyos el *niño prodigio;* donde *Doña Clarines* se recluye para llorar y vengar el engaño, la traición con que un hombre truncara su vida...

Por el Norte, por Cantabria, Aragón, Castilla..., se limitan a pasar algunos tipos peregrinos, nostálgicos, solitarios; es por donde corre el *agua milagrosa* y se desliza *la escondida senda...*

Es Madrid lugar de muchos casos y fondo de muchas cosas; que no en balde, además de ser la corte de España, es corte de los milagros. Madrid ha sido para los Quintero el marco de sus primeros *juguetes cómicos* y de esos cuadros del mundo oficinesco y de entre bastidores, donde se refleja *la vida íntima* de los comediógrafos incipientes y *la musa loca* de algún empleado con su poco de poeta, y donde a veces se

desenvuelve la silenciosa tragedia de una *Pepita Reyes*... Los Quintero han gustado hacer teatro del teatro, que tan bien conocen.

Como el *diablo cojuelo,* los Quintero escogieron a Madrid para campo de sus ensayos y experiencias; «y levantando a los edificios los techos por arte diabólica, lo hojaldrado, se descubrió la carne del pastelón de Madrid»; y de esta guisa escribieron *Las de Caín,* comedia de *diablo cojuelo,* en que se ha levantado «la fermosa cobertura de las cosas» para ver el mecanismo interior de los motivos y el secreto resorte de las intenciones.

También ha sido Madrid la escena de algún acto de toda la acción de algunas comedias; pero de una manera accidental; más que por ser Madrid, por ser el centro de España.

Fué allí, y en una librería, donde los Quintero dramatizaron el capítulo de *Los galeotes,* del libro inmortal de Cervantes; como fué en el *Monasterio del Valle,* donde dieron vida plástica a la *Rima Eterna*, de Bécquer.

De allí partió ese viaje fantástico—y real—a la región de *las mil maravillas;* y allí terminaron los *amores y amoríos* que nacieron en la tierra del amor. Allí vino a morir aquella simbólica *flor de la vida,* que germinó líricamente en un solar de la Montaña y dió su perfume pasional en una quinta de recreo de Sevilla.

En el Retiro madrileño una *mañana de sol,* la dolora campoamoriana, que dijeron unos labios ancianos, fué como la añoranza de la rima becqueriana que en la primavera de la vida vivieron dos corazones *a la luz de la luna.*

Lejos de la patria española, el amor de una andaluza fué salvación de sus compatriotas y evocación de *la patria chica*...

Pero cuando los Quintero soñaron mostrar la gra-

cia del amor en toda su vida, les bastó llevar a la escena el alma y el ambiente de Andalucía, de Sevilla...

Así, por ejemplo fué artizada:

La arquitectónica de nuestra morada: *La reja, El patio, La azotea, El patinillo...*

La gracia de nuestros tipos, de nuestras costumbres, de nuestros dichos, de nuestro acento: *Los borrachos, Las buñoleras, Sangre gorda, Fea y con gracia, Rosa y Rosita. La reina mora, El traje de luces, Los piropos, Los chorros del oro, El flechazo, El mal de amores, El ojito derecho, El chiquillo, La buena sombra, La mala sombra...*

La aureola de nuestra alma: *El genio alegre, El centenario...*

El ambiente de nuestros pueblos: Olivares, Arenales del Río, Alminar de la Reina, Cuevas del Río, Canteras y Puebla de las Mujeres...

El amor que pasa por nuestra vida...

El amor de nuestros amores, nuestras mujeres, llenas de gracia: *La zagala, Malvaloca, Las flores* de nuestro jardín...

En toda la portentosa creación quinteriana, un solo tipo, un solo personaje hallo algo desdibujado y descolorido. Se llama Alvaro, Adolfo, Adalid, Trino, Julio, Leoncio... Es el único que aparece como esfumado, entre las nieblas de la perfección soñada, con esa indecisión de todo noble espíritu que siente el ansia de culminar y sufre la necesidad de no remontarse muy alto por no parecer irreal, extraño y lejano; el único que tiene la vaguedad de la ilusión en el cuadro de fuerte, vigoroso y poético realismo del teatro quinteriano.

Y sin embargo ese personaje es verdadero; pero es sevillano, y ningún sevillano se ufana públicamente de su bondad.

Acaso sea en ese personaje en el que los autores idearon fundir su ideal, donde mejor se desdoble su

espíritu, donde mejor podrá desentrañarse la psicología de su inspiración, donde podrá hallarse la clave de la misteriosa colaboración de los hermanos.

Y cuando pase el tiempo y se depure la perspectiva, cuando la crítica periodística se haga histórica, algún Menéndez y Pelayo del año 2000 dirá a sus lectores: Lo que en el siglo de oro de la España aventurera fueron Lope de Vega y Calderón, fueron en el siglo de oro de la España... los hermanos Quintero y Benavente.

La intuición y el concepto, lo típico nacional y lo universal humano, el ambiente y el espíritu, el *pathos* y el *ethos* del *draoo.*

Palabras que animó la emoción y palabras que subrayó el pensamiento.

Actos y escenas de tan intensa poesía que sólo pueden pasar en una región de la tierra: Andalucía. Actos y escenas que por acaecer en todas partes parece que sólo pudieron haber acontecido en un encantado país de ensueño.

Personajes tan característicos que evocan en nosotros el recuerdo de personas conocidas, de personas queridas, en tal día y en tal lugar. Personajes que por humanos son simbólicos, y como símbolos los admiramos y como hombres los juzgamos.

La sonrisa de la alegría, la sonrisa del corazón, consoladora de los dolores de la vida. La sonrisa de la ironía y de la piedad, la sonrisa del intelecto inquieto que llora riendo por no resolver el problema y ríe llorando la disolución de la vida ante el misterio.

Teatro de la gracia inefable. Teatro de la elegancia suprema.

LAS MIL MARAVILLAS

El arabesco sevillano

Las leyendas arábigas

Las leyendas que, como inscripciones, decoran los zócalos y artesonados, arrocabes y arrabás... del Alcázar, de la Casa de Pilato, del Palacio de las Dueñas..., son como símbolo de la leyenda andaluza, mejor, de la leyenda sevillana.

Para los que no saben leerlas, aquellas leyendas son un mero adorno, un motivo ornamental, un «arabesco», algo que recrea la vista y no dice nada al entendimiento.

Y sin embargo, aquellas leyendas tuvieron y tienen su sentido. Acaso algunas se copiaran mecánicamente; pero otras debieron escribirse para que fueran leídas y entendidas por la posteridad.

Y todas, todas las inscripciones, para quien sabe leerlas, son signos, son letras; letras y signos que forman palabras, que encierran ideas; palabras e ideas en que cristalizaron creencias y amores, emociones vivas y vívidas imágenes, toda una vida. Toda una vida, toda una historia, toda una leyenda se cifra en estas inscripciones arábigas, que son como el símbolo de la leyenda sevillana.

Sevilla tiene una leyenda. Sevilla ha sido llevada al arte, a la literatura. Pero...

Para comprender la razón de su fama y gozar el encanto de sus maravillas, necesitamos que el espíritu vivifique la letra, que la literatura no impida percibir la gracia interior del arte. Y así llegaremos a descubrir en la leyenda el sentido de la tradición y a describir en la vida la traducción de la leyenda.

Quien venga a Sevilla con los solos sentidos del cuerpo, o con la sola preocupación literaria, tal vez

no acierte a encontrarla. No verá sino lo exterior, los arabescos. Quizás no vea nada.

La realidad de hoy no es la que fué, o la que fingieron algunos creyendo a sus fantasías más bellas que la belleza inefable de la realidad.

La realidad de Sevilla no tiene nada de literaria por demasiada poética. La vida de Sevilla hay que vivirla. Y su alma es eso, alma; y las almas no se muestran sino cuando el amor las evoca. El amor no es una cosa literaria. El amor es la poesía de la vida.

Las inscripciones del Alcázar

«La felicidad cumplida», «La prosperidad continuada», «La ventura eterna», «La salvación permanente», «La bendición perfecta», «El cumplimiento de las esperanzas»...

Estas y otras frases como estas, que son como un saludo y una invocación; que hablan del poder de Allah—causa de todo—y del esplendor de las moradas—donde se da hospitalidad y se celebran las fiestas—; estas y otras frases, son las que, como inscripciones, decoran las puertas, las columnas, las arcadas, las techumbres y los muros del Alcázar, de la Casa de Pilato, del Palacio de las Dueñas...

En otros tiempos los pueblos hablaban de «dicha», de «felicidad», de «bienaventuranza»... Hoy se habla de «progreso», de «civilización», de «cultura»...

El deseo es el mismo, pero los nombres—y las ideas—son diversos. Cada uno responde a un concepto distinto del mundo y de la vida.

Sería curioso estudiar el cambio de las palabras por el valor representativo, ideológico, que tienen. Así, por ejemplo, se ha hablado de ilustración cuando se ha preferido a la inteligencia; de evolución, cuando se ha mirado al hombre como un sér natural; de civilización, cuando se ha tomado como tipo a la ciudad; y de cultura, cuando, quizás por la expansión de

aquélla, hemos tornado a considerar el cultivo del campo...

Las palabras se mudan como todo lo humano. Hay modas de pensamientos, de estilo, de trajes, de modales, de hábitos, de leyes, de necesidades... Sólo no hay mudanza en el mudar.

Las palabras se gastan con el uso. Unas se degradan, otras se olvidan. Con los días pasan las ideas; y así las palabras pierden significado, y quedan como sonidos sin sentido, como inscripciones que nada dicen... como una «música», como un «arabesco», como un motivo ornamental.

Así las inscripciones arábigas... Así los lemas modernos...

Por ello sabemos que los hombres unas veces han buscado el placer y otras la sabiduría. Pero también sabemos que el Reino de Dios no es de este mundo, que es un más allá de la vida.

Sevilla así lo cree, y, por eso, espera...

Mas también recuerda que un proverbio árabe decía: «el hombre feliz es el que engendra un hijo, planta un árbol y escribe un libro»; y Sevilla que sueña... ama también la felicidad de la vida.

«La felicidad cumplida»

«Escribir un libro, plantar un árbol, engendrar un hijo»... decía el proverbio árabe. ¡Y cuánto dice con tan pocas palabras!

Notad cómo las voces no llegaron a donde el deseo. La intención llegó a la meta de la felicidad cumplida; pero la expresión, por sabia inconsciencia, se ha limitado a indicarnos el camino. No es preciso que el hijo viva y el árbol fructifique y el libro se publique... Todo eso no es sino la «añadidura»...

Notad asimismo cómo el proverbio árabe sólo nos habla del «hombre feliz»; pero el hombre feliz es el hombre sabio, el hombre laborioso, el hombre amante.

La ciencia y la experiencia, el arte y la industria, el hogar y la patria...

La ilustración: el libro; la cultura: el árbol; la civilización: la patria, el hijo; el progreso: la vida; la felicidad: la poesía de la vida.

¡Cuántas ideas en tan pocas palabras! ¡Cuánta filosofía, cuánta poesía, en un sencillo proverbio árabe!

¡Cuán evocadora puede ser una inscripción que sólo tomamos como un motivo ornamental!

El Triunfo

Y muy siglo diez y ocho y muy antigua
y muy moderna . . . .

Hay en Sevilla una plaza—la Plaza del Triunfo—que es un triunfo toda ella. Trofeo glorioso de las victorias ganadas por el espíritu, a través de las generaciones, en el mundo de las formas. Arca santa de la tradición; joyero, relicario del arte; corazón de la ciudad.—«Allí donde está tu tesoro está tu corazón»—. Silenciosa y señera, mas nunca sombría; y siempre evocadora, cuando lunática y cuando soleada. Plaza aquietada en un remanso de eternidad. Plaza para ser mirada en perspectiva; y que es por sí misma una perspectiva, abierta a todas las visiones del espíritu. Lejanía. Plaza emblemática, la Plaza del Triunfo.

Un poeta sevillano ha cantado en un romance el simbolismo de esta Plaza, que es todo un poema:

Un templo al Dios Soberano,
una lonja a la Riqueza,
y un alcázar, sobrehumano
prodigio, a la Realeza...

El Alcázar, la Catedral, la Casa Lonja... y como adivinándose, la Giralda.

Lo mudéjar, lo ojival, lo renaciente... y lo etéreo.

Las tres Gracias... y la Gracia.

He aquí el misterio de nuestra vida.

La fe hispalense, el misticismo mariano, es una Catedral gótica, edificada al florecer el Renacimiento...

Las genuínas leyes tartésidas fueron aquellas escritas en verso, que se han perdido... Leyes en verso de una vida rítmica... Hoy la vida de este pueblo—leal y liberal—se desliza, plácida a veces, a veces trágica, por entre una mansa anarquía, sellada de aristocracia. Su ética—estética, hedonística—se halla compendiada en el deseo que expresan las inscripciones arábigas del Alcázar: «La felicidad cumplida», que no es de la tierra. Y de ahí nuestro suspirar por el cielo... La política de este pueblo es un alcázar mudéjar, labrado en tiempos de un rey justiciero, legendario y popular.

La economía del vivir sevillano es la de una sobria y severa mansión... Donde antes hubo una lonja, ahora hay un archivo, el de Indias, registro civil de los pueblos hispanoamericanos. El mismo espíritu de nuestra economía es el que ha presidido a nuestra especulación...

No es ciencia la ciencia sevillana, sino sabiduría. Filosofía, poesía. Y esa sabiduría es algo que escapa al sistema arquitectónico.

Nuestra filosofía, como nuestra poesía—alada, ingrávida, sutil, armoniosa, serena, diáfana, recatada, recóndita, trágica—es el saber no aprendido, el tácito y hondo sentir del pueblo; un algo difuso y difundido, espontáneo y vivo, que no ha llegado a concretarse en monumento alguno. Florece en un decir, en un cantar... a la sombra sin sombra de la Giralda.

La poesía erudita—la escuela poética sevillana—es demasiado literaria para ser sevillana; la construcción *herreriana* de los versos, más que andaluza parece neorromana; muy ponderada, con muchas bellezas retóricas y muy poca gracia. La línea recta, que en economía es sobriedad, es frialdad en poesía... Se-

villanas son las coplas populares, los cantares... Y, por la suavidad y delicadeza de su inspiración, por su gracia fragante, los madrigales de Cetina y las canciones de Rioja... Y, por la virtud de su serena y contenida emoción, de su grave y elegante melancolía, la *Epístola moral a Fabio* y la *Oda a las ruinas de Itálica.*

Muy pocos momentos musicales hay en la Plaza del Triunfo. La música viene a ella desde lejos. A través de las ojivas de la Catedral, la polifonía del órgano; el ritmo de la danza sacramental e inocente de los *seises,* en las tardes blancas y azules de la Purísima y en las tardes aurirrojas del Corpus; y en las noches centrales de la Semana Santa, cuando han desfilado las cofradías...—cornetas, tambores, saetas...—la melodía del *Miserere,* que en el *Auditui,* nos da la sensación de que los huesos se estremecen y danzan al son de las castañuelas... En las noches calladas, a través del Patio de Banderas, una guitarra rasgueada en el Barrio de Santa Cruz... Y en Abril, el rítmico rumor de la feria... Siempre a lo lejos, suena la música en la Plaza del Triunfo. Sin embargo, diríase que en ella hay una recóndita armonía; una música celestial: la música aérea de la Giralda.

Todo nuestro arte ha sido curiosamente plástico. Y la plástica curiosamente realista, con ascético realismo. En rigor, el ascetismo no puede ser idealista; sufre la realidad como algo decaído; y no intenta idealizarla.

Nuestros escultores no han hecho estatuas para jardines, sino imágenes, efigies, para altares; los pedestales han sido sustituídos por las andas de los *pasos*... El «Triunfo» del paseo, el monumento que da nombre a la plaza, se alza como un viril; es la conmemoración de una misa peregrina.

La escuela pictórica sevillana, ha tenido también

su *herrerismo*... Mas ha habido un pintor—el pintor de la gracia—que no ha necesitado idealizar para ser idealista, porque ha dado a sus cuadros el suave y dulce encanto de esta bendita tierra, nimbada por la gloria dorada de su cielo. El arte de Murillo—como el de Bécquer—podrá ser un arte de una técnica desvanecida, pero está tan lleno de emoción, que la misma emoción le asegura vida perdurable.

Toda la arquitectura de la Plaza del Triunfo—que es la quintaesencia de la arquitectura de toda la ciudad—se sintetiza y estiliza en la Casa de Pilato. Una portada renaciente, un patio mudéjar y una capilla ojival.

Lo mudéjar, lo ojival, lo renaciente... se convierten a su vez en motivos ornamentales... Nuestra decoración—nuestro decoro—es de mayor riqueza íntima que de brillante apariencia, por maravillosa y espléndida que ésta sea. Una vidriera gótica, un zócalo de azulejos, son para admirados desde el interior de una iglesia o en el interior de una mansión. Sólo en el Renacimiento se adornaron las fachadas con piedras labradas al modo de los orfebres. El sol que había iluminado las vidrieras y los barros vidriados, proyectaba ahora su buena sombra entre los altos y bajo-relieves platerescos.

Todas nuestras artes suntuarias, todas nuestras industrias artísticas, son un pálido reflejo del poder decorativo de nuestro cielo azul y de nuestro suelo florecido. Flores sobre sedas—sobre la seda de los mantones—; flores entre forjas—entre los hierros de una cancela o de una celosía...—Guirnaldas, colgaduras, enredaderas...

Hay en medio de la Plaza del Triunfo, un jardín de palmeras y naranjos... He aquí la naturaleza, lo natural, dando su fragancia a lo mudéjar, a lo ojival, a lo renaciente; poniendo la nota fresca, ondulante,

musicalina del color de la esperanza entre la Lonja, la Catedral y el Alcázar... Rhea entre las Gracias.

Así es la Plaza del Triunfo, y así es Sevilla... «Y muy siglo diez y ocho, y muy antigua, y muy moderna...» Así es la Plaza del Triunfo, la síntesis emblemática de la *Ciudad de la Gracia.*

Lo barroco sevillano

Un artículo publicado en la revista *Bética* ha sido el motivo de estas líneas. Su autor, un culto arquitecto apasionado por la música, ha tratado un punto que varias veces nos hemos propuesto desarrollar en relación eurítmica con el *arabesco sevillano.* Nada hemos de añadir al estudio hecho por Jesús Yanguas Santafé, que puede reputarse como una reivindicación estética de «el arte barroco en Sevilla.» Unicamente hemos de indicar algunas consideraciones acerca del valor característico de este arte...

El arte moderno se halla penetrado de dos tendencias—la decorativa y la sintética—que pueden reducirse a una, porque sus efectos coinciden. En una síntesis artística—plástica, acústica, &.—, las artes particulares devienen adornos, atavíos, del conjunto o de la que ha pasado a ser fundamental. El arte ha vuelto, como en otros tiempos, a lo ornamental.

El decoro—ético y estético—es algo genuino del alma sevillana. En Sevilla hasta lo constructivo es suntuario; pero hay en todo tal gracia, que la más humilde decoración adquiere una perspectiva infinita, un sentido trascendental.

Ruskin simbolizó en *las piedras de Venecia* el alma de la ciudad de los Duces. Pero las piedras de Sevilla son tan inconsistentes como el barro cocido de sus ladrillos. Nuestra Catedral se mantiene erguida por un divino milagro. Las piedras de la *Ciudad de la Gracia* esperan siempre un revestimiento.

De Sevilla, como de toda Andalucía, se tiene un concepto demasiado literario, demasiado pintoresco para que se ajuste a la realidad de la tradición o del presente. Y en estas tierras besadas por el sol y acariciadas por dos mares, la realidad ofrece aspectos inéditos de una belleza no superada por la más loca fantasía.

Se ha dicho que Sevilla es una ciudad morisca. Y hay alrededor de la Mancha, ciudades que son más morunas que Sevilla. Lo morisco de Sevilla es lo que hay en ella de meridional... o de arqueológico. Y a esta luz a través de lo mauritano, lo que se percibe tiene más de oriental que de africano. Lo que los mahometanos nos dejaron fué el espíritu aristocrático de los árabes... Pero en Sevilla había un gran fondo clásico, que reapareció con el Renacimiento...

El arte clásico parece vivir siempre entre dos romanticismos: el oriental y el gótico. Al arte clásico de Roma sucedió el románico de la Edad Media; el arte neoclásico de los romanistas derivó en un romanticismo formal muy parecido al de los pueblos orientales. Este fué el arte barroco.

Cuando nadie pensaba en este estilo sino para denigrarlo, alguien afirmó y exaltó públicamente el valor histórico y estético del barroquismo en Sevilla. Barroco es el siglo que va desde fines del XVII a mediados del XVIII. El barroco—decoración romántica sobre un fondo clásico, retorno de una arquitectura sabia a una profusa ornamentación—, es un arte que, olvidado de las leyes de su naturaleza constructiva, busca en la naturaleza el artificio de una lujuriante floración, tiene la magia esplendorosa y ambigua de un crepúsculo. El valor del barroco, como arte suntuario del detalle—de *arquitectura esculpida,* de *orfebrería arquitectónica*—, depende exclusivamente de la personalidad genial del artista que lo concibe e informa.

Esto es lo que se olvida hoy en Sevilla. Y de un arte de atavío y circunstancial, se hace algo constitutivo y característico. De un arte libre, anárquico, se ha hecho un arte de imitación. Así se ha pasado del desconocimiento y del desprecio a una admiración irrazonada e inartística. Si los monumentos churriguerescos abundan en Sevilla, ello débese a que la época en que se levantaron fué la última en que se edificó en nuestra ciudad de una manera artística, aunque de una manera amanerada. Debemos tener presente, por otra parte, que en Sevilla no ha de buscarse lo retrospectivo, porque en ella lo arqueológico no yace, vive, se renueva. Es verdad que Sevilla es muy siglo diez y ocho, pero también es muy antigua y muy moderna. Y el siglo XVIII sevillano, más que barroco es musical. El senequismo, el gongorismo, el flamenquismo, en fin, serán muy andaluces, pero no son sevillanos.

Lo sevillano es lo etéreo, la gracia, la Giralda. Mas la Giralda mecere capítulo aparte.

ENTRE EL PASADO Y ÉL PORVENIR

Perspectivas

«Hoy puedo decir que he sido ciudadano del ensueño, porque a mi ciudad la he visto entre su pasado y su porvenir».

Estas palabras exaltadas y visionarias del puro y genial poeta que cantó *la Ciudad del Ensueño*, recuérdalas hoy mi alma con unción de rezo y emoción de epinicio, con gratitudes de laudes y alegrías de esperanza y de himno triunfal. Y las palabras del poeta son tan definitivas, que al querer expresar sus ideas este humilde divagador sólo acierta a decir aquéllas como se repiten las palabras de un verso o de una oración. No intenta siquiera glosarlas, ni tomarlas co-

mo lema o hilo conductor de sus divagaciones, ni considerarlas como verbo de sus fantasías... Unicamente se atreve a balbucirlas...

Cierto que Juan Maragall pensó en Barcelona... Pero nosotros podemos pensar en Sevilla. Aunque él pensara en *su* ciudad, al revelar su pensamiento, habló de la *Ciudad del Ensueño,* del ensueño de toda ciudad... ¿Acaso el ensueño tiene otra patria que la del amor? Y si nosotros amamos a Sevilla, ¿no será para nosotros la *Ciudad de la Gracia,* la ciudad del ensueño nuestro?... Donde Maragall puso «Barcelona», pongamos nosotros «Sevilla»...

En este día de Mayo he visto a Sevilla desdoblarse entre su pretérito y su futuro, como una ciudad de ensueño...

Como una ciudad de ensueños... ¿Te acuerdas, mujer—mujer de ojos azules y cabellos áureos?—Tres veces me lo dijiste *aquella* noche estival, dulce, serena, luminosa. Cruzábamos el prado, donde por Abril se alza el encanto de la Feria; allá a lo lejos, por entre la doble hilera de árboles, una fábrica iluminada prestaba a la escena un aspecto teatral; era como el telón de fondo de una decoración fantástica. Y tú murmuraste:—Parece como si nos aproximáramos a una de esas grandes ciudades que por la noche se divisan desde el tren; a una de esas ciudades de ensueño de que tú me hablas.

Salíamos de la Avenida del Parque; en el río rielaba la luz lunática—violácea y verde—de los focos; por entre el bosque flotante de los barcos, columbrábase en la otra orilla la magia veneciana del arrabal. Y tu voz se oyó de nuevo:—Triana dormida tiene el misterio atrayente de esas ciudades de ensueño, que yo sueño...

Ibamos por la orilla del río; y ya próximos a dejar el paseo, sin saber por qué, miramos hacia atrás, girando sobre el eje del corazón... En el cielo percibía-

se como el resplandor de un pueblo en fiesta—en la fiesta del trabajo—; eran las luces de las obras del nuevo curso del río, cual iluminaria de un gran día... Tu mirada era azul, y en torno de tu rostro tenías un nimbo de oro pálido... Y sin poderte contener, exclamaste:—Mira, mira, aquello sí que es una ciudad de ensueño...

Es la ciudad de nuestro ensueño...

El ensueño de nuestra futura ciudad se me ha hecho hoy presente al espíritu, gracias a la visión proyectada en la Memoria de un prócer artista, ciudadano del ensueño.

Al hablar del sueño y del soñador quisiéramos ser breves. Hemos de ser breves porque no queremos soñar a nuestra vez, sino sugerir... lo que nos ha sido sugerido. Fáltanos el conocimiento técnico, positivo, que da claridad a las ideas y permite exponerlas ampliamente, sin divagar. Nos sobra, en cambio, fuerza emotiva; y, a su calor, las palabras habrían de colorearse con matices de ensueño. Hemos de ser breves, además, porque no adjetivaremos. Cuando los méritos de una persona son reales, basta emplear el nombre propio—el nombre de su titular y el de su linaje—. Y cuando se habla de cosas para lo porvenir, ¿qué epíteto mejor que el de sustantivar lo que anhelamos?

Lo mejor sería decir, como si formuláramos un enunciado: El día de San José del año MCMXII, reinando S. M. C. Don Alfonso XIII, don Miguel Sánchezdalp publicó su *Anteproyecto de reformas de Sevilla,* que contenía la *Memoria del plan general de urbanización de los alrededores de Sevilla y de prolongación y ensanche de algunas de sus calles, acoplado al nuevo puente.* Y a continuación transcribir, como el comentario más adecuado, el artículo mencionado de Juan Maragall.

La arquitectónica ciudadana

Nada menos poético que las metáforas cerebrales, artificiosas, de los poetas retóricos; nada, en cambio, más bellamente sugeridor que muchas de las metáforas de que nos valemos cotidianamente para hablar. Metáforas elaboradas y como engastadas en los recónditos alvéolos de las palabras, al parecer más sencillas, y que en medio de su simplicidad son cual madréporas, cual madreperlas de ideas. Metáforas que dejaron de serlo, y se convirtieron en meras acepciones de un vocablo, cuando el sentido traslaticio se nos apareció, por la fuerza de la costumbre, tan recto, tan sin rodeos como el literal. Unamuno ha dicho que todo el lenguaje humano es una metáfora; y en rigor casi todas las filosofías no son en el fondo sino el desenvolvimiento de un tropo, la sistematización tropológica de algo que no sabíamos... que sabíamos.

«Todo en metáforas»... Tal es la fórmula que, como lema, debía haber estampado Salillas al frente de su libro sobre *La Teoría básica*. Este tratado de biosociología, que es una continuada alegoría a lo científico, un tropo lógico, descansa sobre una expresión figurada. El concepto básico, la base, es un concepto metafórico, tomado en parte del arte y de la ciencia de construir, de la arquitectura. Y lo mismo las demás nociones que sobre esta base descansan o se elevan.

Lo arquitectónico es una de las representaciones de la realidad más fecunda en interpretaciones ideales. Más de un sistema científico ha buscado en lo arquitectónico símbolos para sus especulaciones y teorías. Una cierta filosofía religiosa, que tiene algo de secta, y es muy aficionada a los misterios, y se cree poseedora de la clave de la sabiduría antigua, puede reducirse, en suma, a una doctrina que tiene por toda substancia un esquema arquitectónico. Y son muchos los autores de Sociología—y entre ellos Izoulet en

La cité moderne—que estimando insuficiente la consideración de la sociedad como un organismo, han intentado dar una explicación arquitectónica de lo social.

Hay entre las categorías arquitecturales una, que al referirse al mundo moral, al pasar del orden de las fuerzas físicas al de las leyes éticas, presta a las palabras que la envuelven una luminosidad y una transparencia inefables... Edificar, edificación... ¿No os habéis conmovido profundamente al sorprender los amplios horizontes que se os abren, al penetrar, mejor, al penetraros del riquísimo contenido que atesoran esas palabras que todos los días pronunciamos cuando aludimos a la morada de nuestro espíritu, a la mansión futura de nuestra vida, a la obra de nuestro destino por venir?... Edificar, edificación.

¿En virtud de qué misterioso proceso, el sentido figurado ha convertido a estas voces—que etimológicamente significaban la materialidad de la fabricación—en verbos de una alta ejemplaridad moral?

El hombre que edifica su vida como una *federis arca*, y en el mundo edifica un hogar, un palacio, un monumento, un templo, &, para dar albergue a la encarnación de todos sus sentimientos; edificará luego a sus semejantes con el ejemplo de su conducta y con las virtudes adquiridas en aquellas estancias que son las sedes de la familia y de la ley, donde se veneran a los antepasados y se tributa culto a Dios.

La arquitectura es un arte eminentemente social... Etimológicamente supone una jerarquía, un algo jerarquizado. Jerarquía de conocimientos, de esfuerzos, de trabajadores; jerarquía en la obra misma. Y así es: técnicamente, un arte que se mueve desde ese mundo en que el trabajo es una necesidad sometida a las leyes y a los imperativos de la naturaleza, hasta esa región en donde se enseñorea el libre juego de la belleza; y estéticamente, un teatro de las artes, y como

el arte del teatro, un compendio de todas ellas. Pero así como el teatro es una representación, su síntesis lo ha de ser de las artes representativas de la vida; la arquitectura, es construcción de la vida y para la vida, y las demás artes vienen a ser respecto a ellas, un adorno, un ornato. En este sentido puede ser considerada la arquitectura como una sociedad de artes bellas...

He aquí un carácter que diferencia esencialmente la arquitectura de otra arte constructiva, la ingeniería. Al apropiarse y aprovecharse ésta de las fuerzas naturales, aunque las humaniza, no las hace antropomórficas, y se adapta demasiado a ellas, para que su resultante goce de esa independencia propia de la obra artística. La síntesis entre la naturaleza y el espíritu humano que revela toda obra arquitectónica no es una suma, sino un producto, o mejor, una elevación de potencia. En el medio físico—suelo, atmósfera y cielo—la arquitectura produce una como estilización del espacio, una espiritualización del ambiente. Diríase que lo arquitectónico es una naturaleza mediatizada por el hombre; humanizada, socializada. No olvidemos que la naturaleza ha sido concebida por algunos como una divina arquitectura, y que podría imaginarse como una humanización de lo creado. A este respecto toda construcción alcanza con el tiempo, y para el pensamiento, un significado arqueológico y un sentido emblemático. La arquitectura de un pueblo puede explicarnos su historia y su geografía, en cuanto ha sido modelada por una y otra; y a su vez moldear el alma de una raza y trazar el lugar de la escena donde ha de cumplirse su destino. Y es que la arquitectura, al lado de su aspecto estético y técnico, tiene un valor ético y político: además de construir, edifica.

Si esto puede predicarse de toda arquitectura ¿qué no se afirmará de aquella que hasta hoy, y sin metáfora alguna, es la forma más sociable, socializada y so-

cializadora de este arte eminentemente social: la arquitectura ciudadana? Decimos «hasta hoy y sin metáfora», porque hasta el presente no se han dado otras arquitecturas que la de la casa y la de la ciudad, y si las obras de ingeniería han llegado a ser regionales, nacionales y hasta internacionales, sólo de una manera tropológica puede hablarse de una arquitectura supra-urbana.

Y esa arquitectura ciudadana ¿en qué consiste? Al mero enunciado en estas palabras, tan llenas de sentido, ¿no sentís vibrar vuestras almas, como si de nuevo se hallaran ante lo inefable? Ciudadanía, civilidad, civilización... A todo eso y a mucho más alude la arquitectónica ciudadana. Porque la arquitectura de la ciudad no se limita al conjunto de casas y calles, penetra más hondo y sube más alto...

«La arquitectura—se ha dicho—no establece el principio de edificación, que ya se halla establecido muy anteriormente a su desenvolvimiento; lo único que hace es contribuir a evidenciarlo representativamente.»

Decía Hartzenbusch: «Tres cosas pueden conocerse a primera vista de una ciudad: en qué estado se halla la educación, cuál es el gusto artístico de sus habitantes, cuál el concepto que merece su policía. ¿Véis paredes tiznadas, rayadas y descascaradas, efigies sin narices ni dedos, álamos y acacias heridos y con tiras de corteza colgando? Allí es defectuosa la educación, no hay amor, ni artes, no hay policía diligente.»

«Ninguna justa moralidad, felicidad o arte es posible en país alguno donde las ciudades están así construídas, o así engumecidas y coaguladas, como manchas de un horrible moho», decía Ruskin.

He aquí tres citas dignas de figurar en una antología del «Manual del perfecto ciudadano...» Porque... si la ciudad no tiene aspecto agradable ¿cómo puede

ser atractivo el deber cívico? Y sin una conducta ejemplar de todos los ciudadanos ¿cómo puede levantarse y constituirse una ciudad modelo—ciudad evocada y ciudad ensoñada, ciudad típica y ciudad ideal?

He aquí una nueva síntesis que nos ofrece este arte, eminentemente social...

Recordando la expresión con que Kant planteó el problema de la filosofía crítica, podemos preguntar: ¿Es posible una arquitectónica ciudadana *a priori?*

Esto implica: primero, la existencia de una arquitectura ciudadana—una construcción cívica, una edificación urbana—; segundo, la posibilidad de planearla y proyectarla—soñarla y amarla, pensarla y exponerla—*por lo que precede* y para lo por venir.

ANTE LA CRUZ DE MAYO

La ilusión desvanecida

Aquí quiero poner fin a las divagaciones de esta primavera por la *Ciudad de la Gracia*... Y ojalá no divague nunca más. ¡Para lo que sirve divagar!... Los que lo saben todo... en todo aprenden. Los que creen saberlo todo... como no saben nada... nada quieren aprender... Pude terminar estas periódicas—periodísticas—divagaciones sin decir nada a nadie. Aunque a nadie debería importar mi despedida... Sin embargo, hubiera deseado confesarme a mí mismo... Y hacer testamento de lo que pensé escribir y no llegué a publicar.

Las notas periodísticas—periódicas—que pensé escribir y no llegué a publicar siguiendo nuestra nomenclatura inspirada en el Teatro de la Gracia, tendrían un título que aludiese a lo que es la esencia de la vida y recordase la fragancia del mes en que esto

se escribe. Sería como la flor de nuestras divagaciones. Y sería...

La flor de la vida

Del arte sevillano: «Los balcones de la Giralda.» *Del saber sevillano:* «Nuestra sabia y amable filosofía.» *De la vida sevillana:* «El placer de lo inesperado», «El ángel de las almas», «El aura aromada», «El concierto de la vida», «Lo pintoresco y lo típico», «La gracia y el gracejo», «La donosura, la sombra, la sal y el humor», «Los chistes y los piropos.» *De la alegría de nuestras fiestas:* «Las cruces de mayo.»

La flor deshojada

...De las cruces de Mayo quise hablar, sobre todo... Pero mi cruz es cruz de mayo, florecida con flores de sangre, con la sangre de mi corazón. Es mi corazón el altar de mi cruz. Llevo mi cruz—3 de Mayo—en el alma, demasiado dentro para poderla traducir al papel. Es todavía alma de mi alma para que pueda exteriorizarla, escribirla, artizarla. Es vida de mi vida para que haga literatura de ella.

El adiós esperanzado

Mas... Seamos optimistas. Todo lo que deba hacerse se hará. Nada de lo que deba decirse, quedará inédito. Si no hoy será mañana. ¿Por quién? No importa quién ni cuándo. Dios dirá...

FIN DEL VOLUMEN PRIMERO

ÍNDICE

Páginas

DIVAGANDO POR LA CIUDAD DE LA GRACIA

DIVAGACIONES PRELIMINARES

DE LA CIUDAD DE LA GRACIA

DE UN OTOÑO

(1908)

DE UNA PRIMAVERA

(1909)

DE UN INVIERNO

(1910)

DE PRIMAVERA A OTOÑO

(1911)

DE PRIMAVERA A PRIMAVERA

(1912-1914)

Páginas